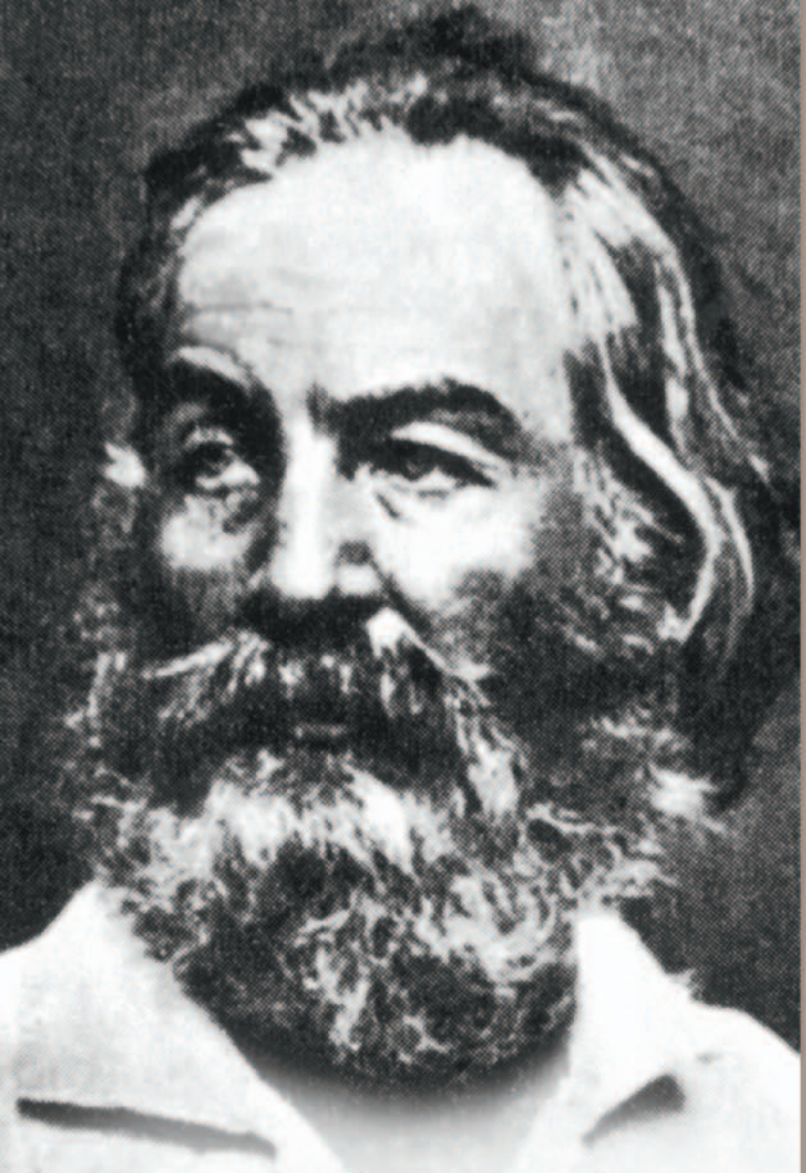

# José Martí
## Escenas norteamericanas

COLECCIÓN "LA EXPRESIÓN AMERICANA"

# PRÓLOGO

ACUMULANDO DESTIERROS desde 1871, llega el cubano José Martí (1853-1895) a Nueva York en 1880. A partir del siguiente año, y hasta 1891, publicará más de doscientas crónicas sobre los Estados Unidos en diarios y revistas como *La Opinión Nacional* de Caracas (primero bajo el seudónimo de "M. de Z.", luego con o sin su firma), *La Nación* de Buenos Aires, *La Pluma* de Bogotá, *La Opinión Pública* de Montevideo, *El Partido Liberal* de México y *La América* neoyorquina, reproducidas –sin consultarle ni pagarle, como se queja en alguna carta– en otra docena de órganos de prensa latinoamericanos. En los mismos años –de hecho, comenzando ya en 1880– entrega varios cientos de artículos de temas latinoamericanos y europeos, o sobre economía, política exterior y educación norteamericanas, a las publicaciones mencionadas y a *The Sun, The Hour* –en ambos casos en inglés–, *El Economista Americano, El Avisador Cubano, La Juventud, El Porvenir* –editados todos en Nueva York–, *La Estrella de Panamá*, etcétera. Si tenemos en cuenta que, además, traduce; dirige *La América* desde 1883; edita y redacta *La Edad de Oro* en 1889; escribe sus *Versos sencillos* (publicados en 1891) y sus *Versos libres* (que deja inéditos); envía quizás un millar de cartas; realiza actividades –comerciales y consulares– de sobrevivencia económica; funda el Partido Revolucionario Cubano en 1891, podremos calibrar el ritmo febril de producción de estas crónicas norteamericanas, que sin embargo denotan un enorme esfuerzo de lectura y de síntesis y sobresalen por la riqueza de su estilo.

En su carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui de 10 de abril de 1895, desde Montecristi, en República Dominicana, y camino de la Cuba en que moriría el 19 de mayo, Martí propone a su albacea literario la recolección, "para cuando yo ande muerto", de sus artículos sobre los Estados Unidos en tres tomos, dos de ellos bajo el título de "Norteamericanos", el tercero con el de "Escenas norte-

americanas" que, como más comprensivo y englobante, hemos adoptado para esta selección. "¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos?", le dice, aunque exhortándolo a que sea riguroso en la escogencia de los textos a salvar de la dispersión: "Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto".

Un Martí aparentemente maravillado ante el *vértigo* de los acontecimientos que ocurren a su alrededor, da siempre a los sucesos que reseña una magnitud descomunal, como si estuviera empeñado en leer a cada paso los signos anunciadores de cambios radicales en esos Estados Unidos que son, para él, el escenario privilegiado en que se ensaya un *mundo nuevo*, de alcance mundial: "En esta colosal redoma, por maravillosa alquimia se renueva la vida". Y: "Con la entrada del año ¡qué acopio de sucesos! ¡Si parece panorama de mágico, banquete de gigantes, ruido de entrañas de monte, creación de mundo! —Y esto último es: creación de mundo". La prensa, por su parte, es "¡lente inmensa que, en este siglo levanta y refleja con certidumbre beneficiosa e implacable las sinuosidades lóbregas, las miserias desnudas, las grandezas humildes, las cumbres resplandecientes de la vida!".

No hay, a sus ojos, nada pequeño o banal ("¿Hechos menores? ¡Pues si cada día es un poema!"). Por lo tanto, todo llama su atención, todo cabe –con mayor o menor detenimiento– en sus crónicas, que suelen constelar, en torno a un suceso central, numerosos acontecimientos: incendios, terremotos, sequías, inundaciones se alternan con ferias ganaderas, agrícolas o industriales, peleas de boxeo o juegos de béisbol, estrenos teatrales, conciertos, exposiciones de pintura, festejos patrióticos y fiestas como la Navidad, la Pascua, el Día de gracias, el carnaval o los Valentines; las novedades científicas y tecnológicas dan paso al circo de Barnum, el espectáculo de Búfalo Bill, la visita de celebridades como Oscar Wilde, dos oropéndolas fabricando su nido en el Central Park, la joyería de Tiffany, las modas en el comer, el beber o el vestir. Con agilidad desconcertante, su pluma retrata ahora unas elecciones y luego, en la misma crónica, comenta el teatro de Shakespeare

y hace la semblanza de un predicador. Pero, siempre, dentro de lo variopinto de las manifestaciones, se detiene en el detalle humano que ilumina socialmente los hechos: un funeral chino le sirve para registrar la miserable condición de los asiáticos; un invento lo lleva a destacar lo que implica de inteligencia, imaginación, audacia y esfuerzo de uno o muchos hombres; los oropeles del invierno en la gran ciudad lo conducen a las ásperas viviendas de los pobres. Y hasta articula narrativamente, en un verdadero montaje ideológico, dos secuencias polares, como en su crónica de *La Nación* del 30 de mayo de 1889: la represión a tiros de una huelga ("La policía padece de la locura del uniforme, y dispara antes de que la conviden") se prolonga en la imagen de los burgueses visitando restaurantes, joyerías, teatros, salas de concierto, cuyos fulgores se nos detallan, para volver a lo primero, cuando los ricos abandonan sus lujosos refugios: "Y al salir, la policía montada carga en la esquina, revólver en mano, contra los huelguistas", que llenan, con sus presos, heridos y muertos, el resto del artículo.

Es, al cabo, el *estudio* de un pueblo paradigmático lo que mueve a Martí en sus "escenas norteamericanas", hecho de cara a Latinoamérica para que no repita sus errores: "En lo que peca, en lo que yerra, en lo que tropieza, es necesario estudiar a este pueblo, para no tropezar como él. (...) Gran pueblo es éste, y el único donde el hombre puede serlo; pero a fuerza de enorgullecerse de su prosperidad y andar siempre alcanzando para mantener sus apetitos, cae en un pigmeísmo moral, en un envenenamiento del juicio, en una culpable adoración de todo éxito" (*La Nación*, 22/10/85), lo que resume, además, el sentimiento de Martí hacia los Estados Unidos.

Así, por encima de la diversidad (que se extiende a las semblanzas de personajes norteamericanos: escritores, generales, políticos, millonarios, filántropos, predicadores y oradores, pero también Jesse James y Búfalo Bill), y estructurándola incluso, varios temas centrales se repiten a lo largo de las crónicas.

La democracia es el primero de ellos. Martí sigue en detalle cada elección en los Estados Unidos, sea munici-

pal, estadal, parlamentaria o presidencial. Explica el funcionamiento de los partidos. Expone las grandezas y miserias de un sistema cuyo saldo, calibrado todo, es positivo, aunque se muestre paulatinamente pesimista al respecto. Pues si la denuncia de la corrupción de las maquinarias políticas, de su alianza con los poderosos, del reparto de puestos que instala el cohecho a múltiples niveles, de la compra de votos y otros males, queda compensada por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos, cuya manifestación en las urnas canta en tonos exaltados, insistiendo en el sufragio como *deber* y en los periódicos despertares con que el "gigante dormido" de la voluntad popular se sacude a los políticos corruptos en "las batallas de la paz" que son las elecciones, se refiere cada vez con mayor amargura a una evolución negativa que va convirtiendo la democracia norteamericana en una especie de despotismo: "Y lo que se ve es que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que, bajo los nombres viejos de republicanos y demócratas, sin más novedad que los accidentes de lugar y carácter, la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clases de las monarquías, a las formas monárquicas" (*La Nación*, 28/2/89).

A esta desgraciada decadencia contribuyen algunos factores que son otros tantos de los temas reiterados en las crónicas. Así, los apetitos imperialistas de los Estados Unidos, que carecen del "respeto que un pueblo libre ha de tener por las libertades de otros".

También, contradictoriamente, la inmigración. Saludada por Martí como un "ejército de la paz" cuyo constante aflujo a los Estados Unidos considera "el secreto de la prosperidad" de "este pueblo que no cabe aún juzgar como nación definitiva, sino como casa de pueblos", en perpetua formación, es para él igualmente un elemento de distorsión de una democracia cuyas leyes y hasta idioma desconocen los inmigrantes, marginándose de los deberes ciudadanos, vendiendo frecuentemente su voto en esquinas y tabernas, acantonándose en cerrados grupos nacio-

nales, trayendo a veces las peores costumbres de sus lugares de origen y sobre todo los odios sociales de Europa.

Odios, sin embargo, justificados: el inevitable enfrentamiento "de los hombres de la labor contra los hombres del caudal", cuyo encontronazo futuro "habrá de estremecer a la tierra", es quizás el tema más repetido de las crónicas martianas. Nuestro testigo le toma el pulso mes a mes, por momentos semana a semana, registrando cada huelga con acentos frecuentemente apocalípticos. Y aunque mantiene la objetividad ("Hay huelgas injustas. No basta ser infeliz para tener razón") y se declara partidario de las actuaciones pacíficas, de los cambios graduales, del recurso a las urnas, en una tesitura que hoy llamaríamos "reformista" y que se manifiesta en sus matizados elogios al Marx recién fallecido ("Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña medio blando al daño", *La Nación*, 13 y 16 de mayo de 1883), es fácilmente detectable su alborozo ante la creciente organización de los trabajadores: "Nótase ahora, en los grandes lugares de labor, como oleaje de cólera. Los que se rebelan son hombres fuertes, de espaldas anchas, que dejan sin encender la fragua, y sin batir el hierro sobre el yunque; y mujeres débiles, de manos flacas y hábiles, que se niegan a que se les merme el ruin salario que les pagan por hilar el lino. A un tiempo estallan huelgas entre los molineros de Chicago, los mineros de Cumberland, los terrapleneros de Omaha, los herreros de Pittsburgh, las hilanderas de Lawrence" (*La Opinión Nacional*, 31/3/82).

Llevado el problema al plano del funcionamiento de la democracia, Martí resaltará lo que califica de "terror social" y que no es otra cosa que el "terrorismo de Estado" de nuestros días, planteando, en la crónica magistral que dedica a la condena a muerte de los anarquistas de Chicago ("Un drama terrible", *La Nación*, 1/1/88), lo que un siglo más tarde esgrimirá Heinrich Böll en defensa de los miembros de la "Fracción del Ejército Rojo" o "Banda Baader": el Estado, movido por el miedo, se convierte a su vez en criminal, en terrorista, castigando desmesuradamente a una

minoría para amedrentar en verdad a la mayoría. Con lo que vuelve Martí a señalar la decadencia de la democracia norteamericana: "Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos".

La situación de los indios y de los negros, minorías brutalmente oprimidas, es igualmente registrada con regularidad por nuestro testigo. Resume, así, la situación de los primeros: "burlados sus derechos, engañada su fe, corrompido su carácter y sus revueltas frecuentes y justas (*La Nación*, 4/12/85). Respecto a los segundos, critica el racismo cotidiano como los linchamientos que sufren con similar puntualidad ("la caza de negros que va de creces en el Sur. No hay día sin choque de armas", *La Nación*, 10/11/89). La misma atención se dirigirá hacia los chinos, perseguidos, asesinados, expulsados y, por entonces, de entrada prohibida en el país.

En cuanto a las mujeres, Martí por una parte subraya su acrecentada explotación ("Hacen la labor de un hombre, y ganan un jornal mezquino, mucho más bajo que el de un hombre", *La Opinión Nacional,* 18/2/82); por otra, saluda su acceso a los estudios y el trabajo, pues, aunque tema francamente que ellas pierdan ciertos valores femeninos, más necesarios aun en la ruda sociedad norteamericana, esta misma dureza hace precisa la formación de la mujer, mientras que la convierte en "compañera" y no en "juguete" del hombre.

En la presente selección, hemos querido dar cuenta tanto de la curiosidad multiforme de Martí como de los grandes temas reiterados en sus páginas. No quisiéramos dejar de señalar, finalmente, un aspecto significativo pero cuya aparición fugaz y dispersa pudiera convertirlo en invisible para los lectores de esta antología: el de los ¿deslices? autobiográficos con que, de cuando en cuando, marca su autoría imponiéndose a la función del mero cronista. Puede ser una alusión a la *soledad* que se siente en la *ciudad grande*; una toma de partido ("Yo estrecho con gozo toda mano callosa"); un recuerdo de su prisión en Espa-

ña; y, con mayor frecuencia, una explicitación de su condición de *desterrado*. Esto suele ocurrir en invierno. No nos privamos de terminar citando su fragmento más extenso:

> Despiértase en las mañanas de nevada el hombre del trópico cuyo cráneo parece natural aposento de la luz, que lo engalana y arrebola todo, como hombre que viviese hambriento y sediento; y huraño como lobo encerrado en las paredes fosforescentes de una vasta sepultura. Imagina que su cabello ha encanecido. Amenaza con el puño aquel enemigo inmenso y alevoso. Su mano hecha a grabar en el papel los relámpagos que iluminan su mente pósase en él hinchada y aterida y aletean, en su cráneo encendido, las águilas rebeldes. Fuera es el regocijo y la algazara (*La Opinión Nacional*, 18/2/82).

JULIO MIRANDA

Esta antología recoge algunos trabajos contenidos en los tomos 9-13 de las *Obras completas* de José Martí (Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1964 y Editora de Ciencias Sociales, La Habana, 1975). Aquí se han corregido las erratas advertidas, normalizado y actualizado usos. Como la mayor parte de los textos lleva el nombre de "Crónica de Nueva York", aquí se han creado títulos y colocado intertítulos que faciliten la lectura. (N. de E.)

# UNA CAMPAÑA ELECTORAL

*Días de vértigo*

DÍAS DE DRAMA, de ansia de victoria y derrota, de brillo y sorpresa, han sido en Nueva York estos últimos días. Vivir en nuestros tiempos produce vértigo. Ni el placer de recordar, ni el fortalecimiento de reposar son dados a los que, en la regata maravillosa, han menester de ir mirando perpetuamente hacia adelante. Sofocados, cubiertos de polvo, salpicados de sangre, deslustradas o quebradas las armas, llegamos a la estación de tránsito, caemos exánimes, dejamos, –ya retempladas en el calor de la pelea–, a nuestros caros hijos las golpeadas armaduras, y rueda al fin, en los umbrales de la casa de la muerte, el yelmo roto al suelo. Al que se detiene en el camino, pueblo u hombre, échanlo a tierra, pisotéanlo, injúrianlo, despedázanlo, o, –para que limpie el camino–, húrtanlo los apresurados, embriagados, enloquecidos combatientes. Y en vano ya, si queda vivo, arrepentido de su flaqueza, levántase el caído, repara su abollada coraza, intenta mover el oxidado acero. Los grandes batalladores, empeñados en la búsqueda de lo que ha de ser, han traspuesto el magnífico horizonte. Y el perezoso ha sido olvidado. Van ya lejos; ¡muy lejos!

Ni de las riendas de su caballo debe desasirse el buen jinete; ni de sus derechos el hombre libre. Es cierto que es más cómodo ser dirigido que dirigirse; pero es también más peligroso. Y es muy brillante, muy animado, muy vigorizador, muy ennoblecedor el ejercicio de sí propio. Estas cosas venían olvidando las gentes de este pueblo, y como que era comprar y vender los votos, ley suprema, implacable señor y cuna de todo poder, –hallaban los elegantes caballeros y altos potentados, menos trabajoso que coligarse para votar honradamente, coligarse para comprarlos y venderlos. Elecciones las hay aquí todos los años, mas estas de ahora han sido como el despertar arrogante y colérico de hombre robusto que sabe que se ha abusado de él en sueño.

*La campaña en Nueva York*

Tienen en Nueva York, como en toda la Unión, tipo especial las elecciones, y en las más, que son las de Presidente de la República, salen a la batalla los más reacios, señoriles o perezosos elementos, y se combate con angustia, con fiereza, con rabia, con toda la fuerza de la voluntad y todos los músculos del brazo; y en las otras, que son llamadas "de año aparte", –aparte del gran año de la elección presidencial– ciertos esfuerzos dejan de hacerse, ciertos resortes, más necesarios para la lucha magna, son dejados, temerosos de irritarlos, en descanso; los partidos locales, compactos ante el rival compacto en la gran lucha cuatrienal, se subdividen y desatan; las simpatías personales ponen en peligro la fidelidad y disciplina de los sectarios del partido; como se vota por hombres conocidos de cerca, y de la casa, y cuya influencia se ha de sentir más en la casa, se les duda, se les pregunta, se les analiza, se les despedaza, o se les ama más. Las pasiones toman formas cómicas, un instante después de haber tenido amenazantes formas. "¡Quisiera que se quemase esta noche la buena ciudad de Brooklyn, y el buen Low con ella!" –decía al bajarse de un carro el día de las elecciones un partidario rival de Low, vencido. Ya a la madrugada, un pobrecillo muchacho mensajero, un gran trabajador de pocos años, volvía con su lindo uniforme, sus ojos cargados de sueño, y sus manos llenas de telegramas por repartir aún a las dos de la mañana, a su casita pobre a la que lleva cada día un peso, y de la cual sale cada día, para tornar a su faena, no bien el sol, –que ve tantas maravillas calladas–, como hostia de oro, generadora de vida, se alza en el cielo. Y como hablándosele de la elección se le dijese: "pero la gente pobre quiere a Seth Low, el *mayor* electo". "Oh, no señor: ahora tendremos que pagar más renta: él es un rico y no cuidará de los pobres." "Pues Henry Ward Beecher dice que pocos aman a los pobres como Low." "Yo sé, decía con aire grave el mensajero, tanto sobre Henry Ward Beecher, como pueda saber nadie en esta localidad. Su mujer mandó una vez a un mensajero a buscar un centavo de leche, le dio una moneda de dos centavos y le pidió el cambio".

Y la puerilidad y suficiencia de aquel niño reflejan en gran modo la lucha electoral. Talmeg, un orador elocuente, aunque epiléptico, censuraba con razón en plática religiosa reciente, las ruindades, las deslealtades, los voluntarios olvidos de la verdad, de que se hace arma, con deliberado propósito, en las elecciones. Se conspira, se anatematiza, se ridiculiza, se desfigura al rival candidato. Mas esta vez tenían las elecciones, no ese encono local, ni esa menor significación que las usuales elecciones de año aparte tienen; sino aquella grandeza de la rebeldía, y aquella virtud singular de las vindicaciones, y aquel hermoso empuje con que los hombres engañados se alzan al fin contra los que comercian con su decoro y beneficio. El buen espíritu de Jefferson, que amó la libertad de una manera ardiente y majestuosa, infundió brío al pueblo adormecido. De dejar las urnas en manos de vagabundos ebrios y politicastros, o de votar humildemente por los candidatos señalados por los omnímodos caciques que en cada partido de ciudad reinan, se ha venido de súbito a repeler presiones bochornosas y corregir olvidos fatales, que resultaban en la elección de hombres menguados, criaturas y siervos del cacique; a cerrar la entrada a puestos públicos, a los hombres por el cacique recomendados; y a elegir, con voto enérgico y mayoría grande, hombres probados, sanos, útiles, capaces, –como un noble diputado mexicano–, de ceder su alto puesto a sus rivales, por estimar que el calor de sus amigos, o el interés de su partido, habían llevado a la elección manejos que descontentan a un hombre virtuoso. La infiel memoria no quiere ahora recordar el nombre de este buen diputado de México. ¡Debiera la memoria olvidar las vilezas que sabe, y recordar sólo las nobles acciones!

Elecciones de estado y municipio han sido estas de ahora, y su importancia —ésa: la de despertar el pueblo a la conciencia y uso de sí y arrancarlo de las manos de traficantes osados o dueños soberbios que venían disponiendo, como de hacienda propia, de los votos públicos. Para muchos puestos se elegía: para senadores del Estado, para diputados al Congreso de la Nación, para altos oficiales del Estado: fiscal, ingeniero, tesorero público; y en Broo-

klyn, ciudad democrática, se elegía *mayor* de la ciudad. Y en otros estados hubo también elecciones varias, mas no tan reñidas ni tan trascendentales, ni tan imponentes como las de la ruidosa Nueva York y la doméstica Brooklyn. En Nueva York, una recia, apretada, interesantísima contienda atraería a sí los ojos: un millonario luchaba contra un trabajador. En Brooklyn, aparte de todo personal accesorio, que diera amenidad y brillo a la lidia, peleábase cerradamente por la libertad electoral. En Nueva York, un hombre alto, imponente, delgado, elegante, Astor, disputaba la elección de representante en el Congreso de la Unión a un hombre robusto, espaldudo, jovial, llano, humildísimo, Roswell Flower. En Brooklyn, el *mayor* de la ciudad, que en su término de gobierno ha probado inteligencia y honradez, pero que era cera blanda en las manos del *boss* formidable, del cacique dominador de las organizaciones políticas de la ciudad, se presentaba a ser reelecto, contra un hombre joven, caritativo, justo, impetuoso, acaudalado, el buen Seth Low.

*Aristocracia política y aristocracia pecuniaria*

Es necesario, es necesario seguir la contienda de Flower y de Astor. Como una, son todas; pero ésta fue más agitada, más palpitante, y más reflejadora del espíritu y prácticas de este pueblo que otra alguna. Astor es un gran caballero, que ha dado en ser político, y tiene palacios, y anhelos de gloria, que son otros palacios, y, sobre sus riquezas, la rica dote de no ver su caudal como derecho al ocio. Es pobre de años, mas no de millones. Es senador del Estado. Pero es miembro, y aspira a ser representante, de esa singular aristocracia de la fortuna, que pretende, para tener pergaminos, hacer olvidar los únicos que la honran: sus modestos pañales. Los ricos de la primera generación recuerdan con cariño aquella época en que fueron mozos de tienda, cuidadores de caballos, cargadores de lana, mandaderillos miserables, criadores de vacas. Pero los ricos de la segunda generación, que montan galanamente en los caballos que llevaron de la brida sus padres, ven como blasón de indecoro en los neorricos aquello que fue para sus padres bla-

són de honra: la creación de sí. Un acaudalado que se está haciendo, es un ser bajo y desdeñable para un rico ya hecho. Y hay abismo hondísimo entre los poderosos por herencia, delgados, pálidos, y a modo de luenga flauta –porque es la usanza de la señoría inglesa– aderezados; y los poderosos del trabajo, saludables, castos, decididores, rollizos, y extremadamente limpios, con la antigua limpieza americana, sobria y sólida.

Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente. De éstos es apoyado y a éstos apoya Astor. Los amigos de lo que se llama aquí en política "gobierno fuerte", son sus amigos. El ceñudo Grant y el desdeñoso Conkling lo defienden. Es para él cosa de código que su familia, su millonaria familia, debe estar representada, como en los antiguos brazos del Estado en las antiguas Cortes, en el Congreso de la Unión. Y era éste como un ensayo inoportuno del sistema aristocrático de Inglaterra, cuyos jóvenes nobles aprenden, como ineludible deber e inabandonable derecho, el arte de gobierno.

El competidor de Astor es un modesto, un rico de la primera generación, que guarda aún, como trofeo de victoria, su sombrero sin alas y sus zapatos rotos. Anda hoy en coche, pero él dice que anduvo mucho tiempo descalzo. "Yo sé a lo que sabe" –decía en días pasados magníficamente– "esa pobre comida traída de la casa en cantina de lata, sobre la cual se inclina el trabajador al medio día con tanto regocijo". Roswell Flower tiene el imán, el ímpetu, la fragancia, el poder de atracción de las fuerzas nuevas. Hoy dirige un Banco, donde le aman: en otro tiempo tendía en vano los brazos desesperado en busca de trabajo. Dice la verdad; desdeña a los hipócritas; ama a los

infortunados. Tiene el orgullo de su humildad, que es el único orgullo saludable. En su campaña electoral, su única arma ha sido su historia. "Los trabajadores me votarán porque he sido trabajador: muchos años anduve sin ver mis pies libres de heridas y cicatrices. Los hombres jóvenes me votarán porque ha de regocijarles ver a un hombre cuya vida les demuestra que desde el más bajo principio se puede alcanzar el fin más alto." Los trabajadores y los hombres jóvenes le votaron, y le votaron sus copartidarios demócratas, y sus adversarios republicanos. Era de ver el distrito en la semana anterior a la elección. Leíase en grandes carteles, en letras negras: "Votad por Astor".

*El costo de la campaña*

Y en carteles no menos grandes, en letras rojas, verdes y azules: "Roswell Flower". Postes, cercas, montones de ladrillos, muros muertos, todo estaba lleno de altísimos carteles. Cada hotel era un hervidero: cada cervecería una oficina de elección. Entraban y salían por las calles del distrito carruajes cargados de agentes electorales, y ponían-se a la obra gentes nuevas, y no pagadas, a labrar el triunfo del candidato democrático. Gran casa de telégrafos parecía, o tienda de estado mayor en campamento, la oficina electoral de Astor. Oíanse, en incesante movimiento, cerrar de sobres, doblar de cartas, rasguear de plumas. Un mensajero que salía chocaba con un mensajero que entraba. Afluían, como mariposas sedientas a flor cargada de miel, los electores, e influyentes de oficio, de los distritos. Y se pesaban, estimaban y pagaban los servicios de cada mariposa. Se hablaba bajo; se entraba por puertas secretas; se estrechaban las manos con misterio; se sonreía maliciosamente. Los unos salían tristes, y como con poco peso sobre sí; y los otros jocundos, y como cargados de un peso reciente. Porque una elección de representante al Congreso no ha venido costando menos de $16.000, al candidato o a su partido; y esta de Astor ha costado al rico luchador $80.000. Doscientos pesos pagaba cada día a sus escribientes. Cuarenta mil circulares envió a sus electores, por correo. En grandes carros salían las cartas y circulares de la

casa en que tenía el candidato su campo de elecciones. Ciento cinco distritos cuenta la demarcación en que se recogió el voto, y $100 se dieron para pequeños gastos a cada distrito. Del gran número de ofrecedores de sí, como gentes de valía entre los votantes, se cercenaron los inútiles, y a los útiles, por su habilidad, práctica o influjo, se regalaba con $50 diarios. Cantinas y cervecerías, eran al paso del millonario, fuentes de champán, cerveza y whisky. Salía de mañanita, no hecho a tales paseos ni a visitas tales, el inquieto candidato. Le acompañaba su ministerio electoral, formado de gentes probadas en el amoldamiento, violación y seducción del voto público. Le seguían de cerca por las calles lodosas, bajo la recia lluvia, los reporteros voraces. Sobre su última pisada ponían ellos el pie; no decía Astor palabra, ni echaba moneda sobre el mostrador de una cervecería, que no resonasen al punto sobre las cajas de impresión de los periódicos. Como tábanos seguían al joven rico los periodistas, –y lo ha vencido esta guerra de tábanos. A captarse simpatías, a mezclarse con los electores, a deslumbrarles con la frase cordial, la promesa oportuna, el modo llano o la plática amena; a cautivar con generosos dones a los dueños de las casas de bebida, que votan, y empujan a los que votan, a esto van habitualmente los candidatos a las cervecerías. En ese horno se venían calentando aquí las elecciones. Allí, sobre el mostrador de madera, se ofrece, regatea y ajusta el precio de los votos; allí, en un rincón de las oscuras salas, llenas de humo, háblase misteriosamente en pequeños grupos; allí descienden a triviales gracejadas, complacencias impropias y llaneos indecorosos los que andan en solicitud del voto popular; allí un candidato, escaso de dinero, insinúa a los vagabundos, que lo reciben con estruendosas risas, la bebida humilde, y dice: "—¿Qué querrán estos caballeros? ¿Cerveza?" Allí otro, que es hoy embajador en Europa, en ausencia del mozo de la cervecería, despréndese de su gabán, da vuelta a la llave del barril, sirve la cerveza a sus invitados, choca vasos y manos con ellos y los seduce con su gracia y llaneza. Allí entraba, con guantes de cabritilla, humilde continente y sonrisa afable, el poderoso Astor. A champán, no

a menos, invitaba a los perezosos; a vinos caros, a licores exquisitos. Echaba en el mostrador, sin aceptar cambio, gruesas monedas de oro de a veinte pesos. Ochenta fábricas de cerveza, llenas de obreros que votan, tiene la ciudad; y visitó casi todas las ochenta. Apuraban la copa los invitados, y el invitador llevaba apenas el vino a los labios. Cautivaba a un vendedor de cerveza, porque le hablaba con soltura en la lengua del idolatrado Vaterland; mas otro alemán le recibía duramente, y otro le negaba faz a faz, luego de haber vaciado a cambio de mal vino su bolsa, el voto que el millonario le pedía. A un baile de gentes bajas fue el candidato, y tapizó el mostrador de monedas brillantes, con las cuales se dio de beber a los bailadores largamente, y danzó con las más humildes mozas. Acá defendía un acto suyo en el Senado; allá se excusaba de haberse opuesto a medidas útiles, de cuya advocación en el Congreso empeñaba ahora promesa. ¡Oh, desdichada gloria, que a tales cosas y a tales prácticas rebaja a los que anhelan sus pasajeros beneficios! "—¡Pues ni un centavo daré para ser electo!" –decía a esto el honrado Seth Low en Brooklyn– "ni iré a pagar a los demás cerveza que no bebo; ni a comprar votos que no me honran". Y Roswell Flower, el adversario de Astor, no hacía eso que llaman, en el lenguaje político de la ciudad, "campaña personal", "campaña de cervecerías": negábasele ya la voz fatigada a emitir pensamientos robustos, a decir a los electores congregados en casas de reunión sus frases netas, crudas y honradas. Deteníase en las aceras; visitaba a sus amigos; explicaba en esta y aquella tienda, y a este y aquel grupo, las razones de la actual lucha, y su conducta en las lidias del Congreso, caso de lograr ser electo. Iban a su oficina electoral puñados de votantes a asegurarle que, a pesar de haber recibido de los agentes de Astor, redondas y pesadas monedas, no por Astor que les hería pretendiendo comprarlos, sino por él votarían. Los agentes de Astor pagaban con monedas de cinco pesos un vaso de agua de Seltz, y dejaban al dueño de la tienda el cambio "para que regalase a los muchachos cuando vinieran". Y Roswell Flower rechazaba a un grupo de trabajadores demócratas

que le pedían un pequeño premio de dinero; –y a quien le hablaba de la posible compra de algunos votos republicanos respondía bravamente: "No espero mi derrota; pero prefiero ser derrotado a deber mi victoria a la compra de votos republicanos. Quiero sacar mi honra en salvo de esta campaña". "Vencerme puede, y me vence mi competidor en riqueza y piernas largas, pero ya salvarán esa diferencia mis leales electores demócratas. Como un pobre muchacho del pueblo empecé mi vida: votará por mí el pueblo; votarán por mí los republicanos honrados." Y llegó el día solemne. Como gavilanes en espera de presa, merodeaban junto a las tiendecillas en que suelen colocarse, guardadas por policías, las urnas; –los agentes electorales. Y es fama que los republicanos mismos, lastimados de aquella obra de compra de hombres y vergonzante visiteo a que se había abandonado el candidato republicano, descartaban del grupo de papeletas de voto la que llevaba el nombre de Astor, –e iban sin ella a las urnas, o se proveían de una papeleta que llevase el nombre de Flower. Al caer la noche, un joven triste, sentado en el sillón presidencial de una ancha mesa, en un salón casi vacío, movía febrilmente una mano nerviosa, cuajada de magníficos brillantes: era Astor, que rodeado de sus tenientes humillados, recibía en telegramas y cartas las nuevas de su ingloriosa y radical derrota.

Con más de dos mil votos de mayoría le venció Flower, en un distrito donde las anteriores elecciones habían dado mayoría igual sobre los copartidarios demócratas de Flower a los copartidarios republicanos de Astor. Y era ley, que en la ciudad del trabajo, fuese electo el hombre del trabajo. No están en el fondo de los barriles de cerveza, ni en la voluntad ruin de unos cuantos vagabundos o menesterosos mercadeables, las leyes venideras de un pueblo fuerte y bueno. Se sienta mal el que se sienta sobre hombros pagados; porque, acabado el goce del dinero, para servir a nuevo señor, o para recobrar decoro ante sí propios, los hombres pagados dan, de una sacudida de su espalda, en tierra con los pagadores.

*El poder de la prensa*

Y la prensa, la reina nueva, la amable reina poderosa, a quien Flower ha dado ardientes gracias, ha sido arma de muerte contra el millonario. No era el odio insano a la riqueza, sino repugnancia viril de verla de tan bajo modo empleada. Los periódicos educados se dolían y airaban de aquella tentativa de abuso de los hombres ineducados. Lastimaba a su decoro de hombres aquella manera de comprar hombres. Jóvenes, y aspiradores, y soñadores de gloria, los periodistas que vigilaban de cerca la contienda, y la narraban con realidad sangrienta e implacable, erguíanse con cólera contra aquel espectáculo, que tan baja cuna preparaba a las leyes, y tan vil empleo a las libertades, y de tales amenazas henchía el porvenir de un pueblo en que las llaves de la casa de la ley pueden ser así compradas y vendidas.

Y han sido las crónicas de esta campaña, verduguillos, saetas, lenguas acusadoras, espadas penetrantes, hachas de armas. De desprecio y desconocimiento de los hombres ha venido al vencido millonario esta lección áspera e inmisericordiosa; y de abuso del poder en el Estado ha venido a los republicanos este ruidoso comienzo de pérdida de poder. "—Pues, si es necesario –decía en pujante exabrupto un diario de la ciudad respondiendo a otro– elegir entre los jóvenes de casas ricas nuestros representantes al Congreso –¿cómo tendremos entonces entre nuestros hombres por venir a Henry Clay, a Abraham Lincoln y a James Garfield? Pues no venía de casa rica Garfield, cuya madre viuda plantaba cercas en las haciendas de campo para ganar el alimento de sus hijos."

Y los que así han flagelado al rico corruptor, han mantenido en brillante pavés, y alzado entre himnos de victoria, a un rico virtuoso. A Seth Low, heredero de la mayor fortuna de Brooklyn, y electo *mayor* de la ciudad por mayoría avasalladora, lo han alabado, defendido, congratulado. Campaña animadísima le hicieron sus secuaces; apiñábanse en las casas de reunión los brooklynianos, para oír al joven bueno; de seis a ocho discursos pronunciaba

cada noche, nutridos de pensamiento honrado, y dichos lentamente, en frase llana: –no caudalosa por cierto, ni castigadora, ni culebreadora, como la de Beecher, sino coloquial, serena y sin aliño, más atenta a decir las cosas, que a la manera de decirlas. En odio a la presión política que en la ciudad venía ejerciendo un cacique demócrata, y en respeto a sus no usuales bondades, ha sido electo por demócratas y republicanos, Seth Low. Es de aquellos ricos que pudieran, sin merma del amor que gozan, perder su riqueza: que él, con su virtud y actividad, sabría hacerse otra. Le viene la fortuna de su padre, y la de ser resignado, humilde, laborioso y benéfico, le viene de sí. Le parece que no ha de ser un rico, dorado parásito que crezca en taza de oro, sino criatura animada y arpa sonante al viento humano, y combatiente útil en la enorme y complicada liza de la vida. Hele ya preparado a ocupar su alto asiento, y a trabajar desde él por el bien público, el voto libre, la escuela útil, las comunicaciones rápidas, y a no hacer cosa que resulte hecha fuera del temor de Dios y de sí mismo, sin miedo a la censura de los hombres.

*Juicios y escándalos*

Ya sobre los anuncios de elecciones, tiéndense en luengos trozos de papel, nuevos anuncios. Ya, dado punto a este reñidísimo torneo, –en que los malos caballeros, que es justicia que en ocasiones no acontece, han sido humillados por los buenos–, ábrese en Washington el torneo lúgubre, cuyo juez tendrá ante los implacables ojos el arma con que un vulgar ambicioso dio muerte al bravo Garfield. Ya se asegura que el presidente monta en cólera porque no cree su ministro de Justicia que debe el Gobierno mostrarse parte en el proceso de Guiteau, sino abandonar su fortuna a la justicia ordinaria, por cuanto influir en ella en este caso, fuera tacharla de parcialidad, torpeza o lenidad en los demás. Ya se afirma que al fin de este proceso y al de alguno de los de desfalco en la administración de Garfield, iniciados contra amigos políticos del actual presidente, aguarda Arthur para la reforma definitiva de su Gabinete. Ya se van camino de Francia, luego de ser obse-

quiados con lujosos bailes, los caballeros franceses que vinieron a conmemorar en Yorktown las hazañas de sus mayores. Ya, luego de chocar vasos de cerveza en los "comers", la fiesta de los bebedores alemanes, y de ser con germánica alegría festejados en la casa de las sociedades de canciones, que son para los hijos de Alemania templos amados, donde es diosa la lejana patria, –se vuelven también, camino del país de los hombres de hierro, los descendientes del barón de Steuben. Ya se vinieron abajo dos casas de pobres, que aquí parecen nidales de gusanos, y mueren por la incuria de los avarientos propietarios nueve míseras criaturas, y se salvan las demás que habitaban la casa, por verdadera maravilla. Ya se mueve grandísimo escándalo porque el cajero del banco más rico de una ciudad vecina, prestó y negoció con valores del banco dos millones de pesos; –y llamó una mañana a los directores de la casa arruinada a darles cuenta del hurto colosal.

La traviata *en Nueva York*

Ya, al cabo, Rossi ha representado en el teatro de Booth, a Hamlet, y Adelina Patti ha cantado en la sala de Steinway "Ah, forse è lui" de *La traviata*, y "Ombra leggera" de la *Dinorah*: que es, dicho al terminar este cúmulo de cosas terrenas, como empezar un viaje en el lomo de un insecto, y acabarlo en el ala de un ángel.

La naturaleza, como frutas perfectas, como paisajes de rematada corrección, crea seres humanos avasalladores. Llevan en sí, por hermosura extrema, o genio extremo, un poder que deslumbra, desvanece y ciega. Negarlos es vano. En ellos, aparecer es dominar. Si las criaturas de la tierra, celosas de estos seres mejores, hincan en su mano blanca el diente airado, su manera de llevar el dolor aumenta la vida gloriosa que la mordida intentó arrebatarles. De estos hombres, la frente resplandece como nieve no hollada. De estas mujeres, tiene el cutis perlados matices, y la mirada intensidad de llama; semeja el pie juguetoncillo cisne; el talle, caña alada; la mano, beso de niño; la voz, promesa de otros mundos, venidos a verter consuelo y fuerzas en éste. Así Adelina Patti. ¿Qué parece, sino un

vellón de nieve? ¿Qué se busca en la escena, luego de haberla visto, sino un ser sobrehumano? Ni ¿qué tienen los ojos sino lágrimas? Después de oírla, palpa uno aterrado, como palparía honduras de abismo y trozos de cadenas, el sillón en que se sienta, la ropa que se viste, el vecino que le codea, el muro que le cerca. ¡Se viene de tan lejos! ¡Se estuvo en país tan bueno! ¡Volvió a oír al fin el alma palabras a que parece ella tan acostumbrada! Luego, ¿qué es el cielo, sino un viaje de vuelta? Ni ¿qué ha de decirse ahora que es cantante maravillosa, y alada mujer Adelina Patti? Ella aquí fue a la escuela, y cantó por primera vez *Lucía*; y arrebató a las gentes con aquella tristísima manera de entonar las baladas del país, con su mirada plena, misteriosa y profunda; con su esbeltez aérea, que le añadía encantos angélicos; y con aquella voz sonora, límpida, amplia, que nace como manantial inmaculado de monte hondo, y crece a arroyo revoltoso, a riachuelo veloz, a río opulento, a océano. Y así vuelve. Nunca, con sus alas de entusiasmo, volaron vítores más ardientes por el aire. Perfumes de elegancia aromaban la atmósfera del inolvidable concierto de inauguración. De gentes, –no había muchedumbre– que costaban diez pesos los buenos asientos. Mas ese común ruido de teatros vulgares; esos altos matices de los trajes de las damas; esa antiartística mezcla de profanos e iniciados; creyentes verdaderos y falsos adoradores; ese parlear de pájaros que precede a las fiestas teatrales, –no ofendían allí la mente preparada a cosas grandes. Se sentía la cercanía de lo solemne. Luego, en admiración frenética y unánime, se fundieron todos aquellos arrebatados corazones.

Mas ella viene a dar conciertos, y en la majestuosa ópera quieren oírla los neoyorquinos. Quieren a la gallarda Juana de Arco, cuya elegante armadura de oro y acero, ocupa el centro de un rico trofeo en el palacio de hadas que Adelina Patti tiene en su castillo de Inglaterra. Quieren verla, como a la triste Dinorah, persiguiendo a su cabrita blanca, menos juguetona que su voz, cuando danza a los rayos suaves de la luna. Quieren oírla cantar de amores con el conde de Almaviva; pasear, plegar, ondear, ha-

cer gemir a extremo no escuchado la voz humana en la *Sonámbula*. Su *Elixir d'amore* es muy famoso. En *Fausto* aún alcanza las altas notas que en vano persigue ya la arrogante Nilsson. Oír se quiere de nuevo esa música quebrada, vibrante, chispeante de Rossini. Ni a Nicolini, el tenor de voz potente y artística escuela; ni a la señorita Castelani, a quien las cuerdas del violín obedecen galantes y sumisas; ni a un buen barítono, ni a un buen pianista, que con la Patti vienen, quieren oír los neoyorquinos. Templo quieren digno de la sacerdotisa. ¡Bien sería! Mejora oír cantos dulces.

*Shakespeare en Nueva York*

En el teatro de Booth trabaja Rossi. Booth –un trágico. Rossi, otro trágico. De fama se sabe que Yago, este hijo siniestro de la mente insondable de Shakespeare, vasta y varia como el mundo en que vivía, es la creación acabada de Booth. Y Hamlet es para el apasionado Rossi el personaje favorito.

¿Por qué es esto revista, y no libro?

Artax es en la India asiática todo lo sumo y no excedible: y hay artax-hombres: Shakespeare es uno. Rompió todos los moldes de la tragedia, y ajustó las suyas a un molde nuevo: el corazón humano. Debió ser su espíritu como seno de montaña, en que la rica veta de ónix se une al carbón negro. De singular bondad no hay huella en sus obras; mas sí las hay de no igualado poder de examen de la combatida mente, y los voraces y ciegos afectos humanos. Fue como si un hombre, víctima anterior de todas las enfermedades, se sentase en la altísima cúspide a dar la ley de todos. Abunda más en lo divino satánico que en lo divino celeste. Echó a andar por la tierra criaturas tremendas; mas no creó una gran figura llorosa, afligida de amor sobrehumano, perdonadora. A Shakespeare van los anglos a buscar aguas de inspiración como a inexhausta fuente, y como a Grecia y Roma vamos nosotros. De sus maravillas casuales, y de los caprichos de su exuberante genio, rico en creaciones como la atmósfera en celajes, han hecho los comentadores maravillas intencionales; y partos de mente laboriosa, allí donde no hubo más que una colosal y

deslumbradora florescencia. Fue una selva, con todos los ruidos, luces lúgubres, castos matices, penetrantes aires, y fantasías enfermizas de la noche. Faltóle paz de alma, que es el fulgor del día. Mas no hubiera habido con ella este poeta dramático, que es montaña humana.

*No es Booth, es Yago*

Es Booth para los americanos un hombre venerado. Están orgullosos de él, y hoy más orgullosos, porque ya Inglaterra, enamorada de Irving, que es actor muy famoso, sanciona y aplaude al trágico americano. Estiman un tanto suya la gloria de este hombre a quien miran como gloria patria. No se le escatima, antes se le prodiga admiración. Los poderosos de la Iglesia celebran su teatro, y le acatan en público; los poderosos de la fortuna le miman y regalan; los poderosos de las letras lo ven como a mayor hermano; sus cofrades en arte lo tratan con respeto supersticioso. Parece de naturaleza hecho, –no para decir rimas de amores, ni dar cuerpo a pasiones generosas, que iluminan la faz de luz muy bella, y truecan la más grande fealdad en hermosura–, sino para sacar a luz lo frío y sombrío del alma. Pálido es su color; anguloso su rostro; violenta su sonrisa; magnífica su honda mirada; vasta, y batida por cabellos lacios, su huesosa frente; va por las calles y anda por los salones, como ser de otros mundos, o rey de éste. A un ánimo grave disgusta su afectado continente. Tiene, en su más sencillo movimiento, aire de Macbeth y de rey Lear. Sus piernas, en vez de parecer partes importantes y olvidadas del cuerpo, parecen personas sabias. Se mueven, lenta, acompasada, juiciosamente. No cometen la menor imprudencia. Saben en todo momento, qué les toca hacer, y cómo se han de colocar y a dónde han de ir. El rostro mismo del actor, que revela espíritu ahondador y mente lúcida, es olvidado ante la teatral personalidad de sus graves piernas. Mas en escena, este actor desaparece. Ni se pinta, ni se aliña, para hacer de Yago; y no es Booth sino Yago. Yago, el falso amigo de Otelo; el teniente envidioso del favorito de su capitán Michael Cassio; el que infunde, con astucia de sierpe, celos salvajes en el ardiente espíritu

del moro; el que origina con trama mentirosa, por causar la ruina a su rival y cebarse en los tormentos de su egregio Otelo, la muerte de la desdichadísima Desdémona. El que al fin, como zorro villano, es convicto de haber ideado falsos amores de la veneciana mísera y el leal teniente Cassio: el muy vil Yago. Es Booth, sutil en la escena, como el espíritu de la calumnia. No parece hombre, sino satánico fantasma. Es flexible, móvil, rápido, impalpable. Una lengua de escamas de acero no es más flexible que él. Se desliza como culebra en la grieta de un palacio, en el alma del moro. Como veneno por estrechas venas, échale las palabras, encendidas cual espadas ardientes, en el espíritu ya puesto en llamas. Sus miradas parecen dagas, y sus frases silbos. Deja aquel hombre, a cada aparición suya en la escena, la impresión de un relámpago fúnebre. Parecen oírse luego de verle, golpes de florete que azotase rápidamente el aire vacío. Propiedad, verdad, seguridad, fidelidad, gracia, realzan esa pasmosa encarnación. Ha dado cuerpo visible al alma luminosa y ruin que en Yago puso Shakespeare. Ya, luego de vivir este hombre, vive Yago. ¡Y entre qué accidentes resaltaba esta límpida, perfecta figura! ¡Qué grupo de menguados actores! ¡Qué singular excepción es Booth entre los hijos del arte en su pueblo! Parecía aquello, no casa consagrada a la veneración y loa del que se sienta al lado de Esquilo entre los que han puesto la batalla humana en drama, sino tienda ambulante, pabellón de saltimbanquis, feria de gitanos. A no ser por aquella criatura mefistofélica que encadenaba los ojos a la escena, con ira hubiérase salido de aquella cueva iluminada de osados profanadores. ¡Qué hacer estribo en una vocal, y arrastrar en creciente una nota, para alcanzar efecto dramático! ¡Qué matar a Desdémona, con el mayor respeto, y la más cuidadosa caballeresca cortesanía! ¡Qué vestir a Otelo como el extravagante bellaco que se ha tragado espadas, o exhibido de gigante chino, en compañía de acróbatas! ¡Qué reducir a nivel bajo, de puro no entenderla, la que, no por ser creación poco acabada del soberano poeta, es menos una de las más vigorosas y fieles síntesis del espíritu del hombre, fiera nacida a vivir, con los

dientes con que ha de morder, y las riendas con que ha de enfrenarse!

Pues en el teatro de Booth, que es en su parte exterior de arquitectura monumental y digna, y en lo interior joya graciosa, y sala cómoda, resuenan ahora las altas voces del rival de Salvini, del ardiente Rossi. Es de ociosos repetir lo que de él cuenta la fama; que lleva a la vida real el nervio y juego que despliega en sus caracteres teatrales; que es amigo de reyes; que maravilló a Oporto; que con *Zaira* y *El Cid* admiró a los parisienses; que defendió la libertad en la desventurada Lima; que en fogosos transportes de elocuencia habló de derechos y movió a guerra al pueblo de Cádiz; que es gallarda persona; que lleva en el robusto pecho honrosísimas órdenes; que aprendió arte del majestuoso maestro Módena, hombre grave y generoso que amó la libertad, peleó por ella, fue actor severo y perfecto educador de actores. De ovaciones innúmeras; de calles sembradas de rosas a su paso; de saludos de monarcas, a él ofrecidos por los cañones italianos; de la viva amistad con que lo vio Víctor Manuel y le ve Humberto, de la brillantísima manera con que da vida en la escena a los fogosos héroes de Pietro Cossa, cuyo féretro aún caliente, acaban de coronar de palmas y rosas los romanos; de su vehemente amor al profundo teatro shakespeariano; de una medalla de plata, finamente labrada, en que se ve un hermoso barco que, combatido por las olas, no naufraga, –medalla que como talismán de ventura acompaña a este actor brioso, inquieto, célebre, rico, bello, y ya entrado en cincuenta y dos años: de todo esto, y de obras dramáticas de Rossi que calza coturno y blande péñola, habla la fama.

*Ahora Hamlet*

Y hele ahí, en Hamlet. Fue Hamlet su primera creación shakespeariana. Demasiado humano lo hallaron los críticos de Boston en su encarnación del desventurado Otelo, que no es en sus manos nobilísimo espíritu, traído a crimen por deficiencias de educación y arterías de traidor, sino mercenario jovial y afortunado, que ama ardien-

temente y mata brutalmente. Trino de pájaros pareció a los de Boston el habla de amores de Rossi, en Romeo, y resonó con vehementes aplausos el austero y magistral teatro del Globo. Y hele aquí vestido de negro, penetrado de dolor, y más que de dolor, de la convicción de que es en realidad aquel profundo y bello príncipe de Dinamarca, hijo de aquel rey bueno que murió de tósigo a manos del hermano ambicioso que le robó trono y dama. Prueba Rossi en el Hamlet que ha concebido, ser gran actor. Mas no es ese amante débil, ese amante recitador, sentimental, ese afeminado príncipe, aquella figura sobrenatural y compleja en que vació Shakespeare las más grandes dudas, las más venturosas osadías, los más amargos juicios de su magna mente. El soplo de lo divino falta en Rossi al acabado personaje humano. No es su Hamlet incompleto en lo que es, sino rematada e irreprochablemente bello: mas no es su Hamlet lo que debe ser. No es aquella alma serena, turbada de manos de los hombres por maldades extremas; y de sí misma por el mal humano, que consiste en creer como cierto o dudar como probable un cielo que no abarcan nuestros brazos. La soledad de un alma honrada en la pequeña tierra, esto es Hamlet. La brava rebeldía de hijo de rey, de rey de mundos, que se siente sin culpa conocida, echado abajo de su trono: esto es Hamlet. Y todo lo divino que cabe en lo humano: esto es Hamlet. Mas es en Rossi un errabundo poeta, un fidelísimo hijo, un implacable vengador, un apasionado amante, un hombre tierno, infortunado, inteligente y bello. Aquella frase aguda que como lanza de templado hierro va derecha al cielo; aquella garra de león clavada para escarmiento, en la faz lívida de todos los hipócritas; aquel perseguidor de sí, que va buscando, tendidas las crispadas manos, el secreto de la vida en las tinieblas; aquella entidad universal que toma pretexto de una trama oportuna para dar vida teatral a pensamientos aislados, adoloridos y maravillosos; aquella criatura lúgubre como el desencanto de la grandeza; utilidad y pureza de esta vida, y la duda de la realidad y justicia de la otra; aquel soplo eterno, providente como el soplo cargado de vida y de frescores aromados, de la pri-

mera mañana de la tierra, y frío y preñado de querellas, como las entrañas de la noche; aquel personaje místico que invade, engrandece, ahoga y se enseñorea del príncipe danés, no aparece en el Hamlet, amoroso, caliente, dramático, activo, plástico de Rossi. Y es hermoso hombre, leal sentidor y elegante caballero. Todo es en su naturaleza gallardo y lozano. Escena de duelo hay al final del drama; y en ella, aunque falta ese terrífico y sobrehumano aliento que empuja al príncipe por el drama vasto, cual si llevase en los pies alas negras; de gracia, arte de esgrima y energía, es modelo Rossi. Y arrebatado de su dramática creación, se le ve ir como alma de hijo tras alma de padre, tras el fantasma del rey muerto que viene a revelarle cómo lo envenenó su propio hermano, esposo hoy de su esposa. Y con vigor magnífico arranca del cuello de su madre el retrato del asesino, y lo despedaza con admirable arrebato bajo sus pies. Nunca artista católico ideó más bello al arcángel Gabriel. Y con voces desgarradoras envía a un convento a su gentil Ofelia. Y con arte sumo dirige y presencia aquella famosísima escena en que los comediantes recitan ante el rey cercado de su corte, un trozo de tragedia en que Hamlet ha intercalado versos que cuentan el crimen del monarca. Mas no resplandece en su gallardo príncipe el misterioso príncipe del drama, con su claridad pálida de luna, y su dolor nocturno, y la ira santa de la soledad irrevocable en una tierra que, por estar preñada de elementos ruines, parece, mientras más rebosante, ¡más vacía!

*Noticias y sucesos*

Y ahora, ¿qué viene? ¿A qué contar que un mísero estudiante chino, prendado de una veleidosa criatura, se ha arrebatado, la que ya estimaba, por incapaz de goces, inútil vida? ¿A qué repetir con los periódicos americanos, cómo en contienda electoral, murieron en formal batalla, a manos de hombres armados, de color, cuatro hombres blancos? ¿A qué decir, si no ha de poder ser dicho sin dolor, que en el día mismo en que se escriben estas líneas, tres hombres han perecido ahorcados por crímenes distintos en comarcas diversas de esta tierra; y por la muchedum-

bre enfurecida ha sido un hombre de color, culpable de grave delito, despedazado a la vista de los oficiales de justicia? Ya se acerca, tras adecuada preparación de los nobles defensores, el proceso del mísero malhechor que, por ruin motivo de provecho propio, privó a los Estados Unidos de un ilustre jefe: ya se acerca el día de huelga y recogimiento público, el día de gracias al Hacedor magnánimo por los beneficios que en el año dispensa a este pueblo infatigable y laborioso. Es día de banquetes familiares, y juntas de corporaciones y grandes pláticas en los templos, y narraciones en los diarios, de los orígenes de esta piadosa costumbre añeja. Nos sentaremos en el Día de Gracias a la mesa de pobres y de ricos, y oiremos los himnos de los templos, y pediremos al buen Dios que libre de inútil muerte a la desamparada criatura que como insecto humano vive entre los recios muros de la cárcel de Washington. Si por justicia se le mata, de la más grande de las muertes está muerto. ¡Abridle las puertas de la cárcel, y se refugiará espantado y trémulo en su jaula de piedra! Si por venganza ha de matársele, ¿cómo se ha de ofrecer en holocausto a tan gran muerto tan ruin vivo?

*La Opinión Nacional*. Caracas, 26 de noviembre de 1881.

# CONEY ISLAND

En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal, lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenil, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.

Hoy por hoy, es lo cierto que nunca muchedumbre más feliz, más jocunda, más bien equipada, más compacta, más jovial y frenética ha vivido en tan útil labor en pueblo alguno de la tierra, ni ha originado y gozado más fortuna, ni ha cubierto los ríos y los mares de mayor número de empavesados y alegres vapores, ni se ha extendido con más bullicioso orden e ingenua alegría por blandas costas, gigantescos muelles y paseos brillantes y fantásticos.

Los periódicos norteamericanos vienen llenos de descripciones hiperbólicas de las bellezas originales y singulares atractivos de uno de esos lugares de verano, rebosante de gente, sembrado de suntuosos hoteles, cruzado de un ferrocarril aéreo, matizado de jardines, de kioscos, de pequeños teatros, de cervecerías, de circos, de tiendas de campaña, de masas de carruajes, de asambleas pintorescas, de casillas ambulantes; de vendutas, de fuentes.

Los periódicos franceses se hacen eco de esta fama.

De los lugares más lejanos de la Unión Americana van legiones de intrépidas damas y de galantes campesinos a admirar los paisajes espléndidos, la impar riqueza, la variedad cegadora, el empuje hercúleo, el aspecto sorprendente de Coney Island, esa isla ya famosa, montón de tierra abandonado hace cuatro años, y hoy lugar amplio de reposo, de amparo y de recreo para un centenar de miles de neoyorquinos que acuden a las dichosas playas diariamente.

Son cuatro pueblecitos unidos por vías de carruajes, tranvías y ferrocarriles de vapor. El uno, en el comedor de uno de cuyos hoteles caben holgadamente a un mismo tiempo 4.000 personas, se llama Manhattan Beach (Playa de Manhattan); otro, que ha surgido, como Minerva, de casco y lanza, armado de vapores, plazas, muelles y orquestas murmurantes, y hoteles que ya no pueblos parecen, sino naciones, se llama Rockaway; otro, el menos importante, que toma su nombre de un hotel de capacidad extraordinaria y construcción pesada, se llama Brighton; pero el atractivo de la isla no es Rockaway lejano, ni Brighton monótono, ni Manhattan Beach aristocrático y grave: es Gable, el riente Gable, con su elevador más alto que la torre de la Trinidad de Nueva York –dos veces más alto que la torre de nuestra Catedral– a cuya cima suben los viajeros suspendidos en una diminuta y frágil jaula a una altura que da vértigos; es Gable, con sus dos muelles de hierro, que avanzan sobre pilares elegantes un espacio de tres cuadras sobre el mar, con su palacio de Sea Beach, que no es más que un hotel ahora, y que fue en la Exposición de Filadelfia el afamado edificio de Agricultura, "Agricultural Building", transportado a Nueva York y reelevado en su primera forma, sin que le falte una tablilla, en la costa de Coney Island, como por arte de encantamiento; es Gable, con sus museos de a 50 céntimos, en que se exhiben monstruos humanos, peces extravagantes, mujeres barbudas, enanos melancólicos, y elefantes raquíticos, de los que dice pomposamente el anuncio que son los elefantes más grandes de la tierra; es Gable, con sus cien orquestas, con sus risueños bailes, con sus batallones de carruajes de niños, su vaca gigantesca que ordeñada perpetuamente produce siempre leche, su sidra fresca a 25 céntimos el vaso, sus incontables parejas de peregrinos amadores que hacen brotar a los labios aquellos tiernos versos de García Gutiérrez:

*Aparejadas*
*Van por las lomas*
*Las cogujadas*
*Y las palomas;*

es Gable, donde las familias acuden a buscar, en vez del aire mefítico y nauseabundo de Nueva York, el aire sano y vigorizador de la orilla del mar, donde las madres pobres, –a la par que abren, sobre una de las mesas que en salones espaciosísimos hallan gratis, la caja descomunal en que vienen las provisiones familiares para el *lunch*– aprietan contra su seno a sus desventurados pequeñuelos, que parecen como devorados, como chupados, como roídos, por esa terrible enfermedad de verano que siega niños como la hoz siega la mies, –el *cholera infantum*. Van y vienen vapores; pitan, humean, salen y entran trenes; vacían sobre la playa su seno de serpiente, henchido de familias; alquilan las mujeres sus trajes de franela azul, y sus sombreros de paja burda que se atan bajo la barba; los hombres en traje mucho más sencillo, llevándolas de la mano, entran al mar; los niños, en tanto con los pies descalzos, esperan en la margen a que la ola mugiente se los moje, y escapan cuando llega, disimulando con carcajadas su terror, y vuelven en bandadas, como para desafiar mejor al enemigo, a un juego de que los inocentes, postrados una hora antes por el recio calor, no se fatigan jamás; o salen y entran, como mariposas marinas, en la fresca rompiente, y como cada uno va provisto de un cubito y una pala, se entretienen en llenarse mutuamente sus cubitos con la arena quemante de la playa; o luego que se han bañado, –imitando en esto la conducta de más graves personas de ambos sexos, que se cuidan poco de las censuras y los asombros de los que piensan como por estas tierras pensamos–, se echan en la arena, y se dejan cubrir, y golpear, y amasar, y envolver con la arena encendida, porque esto es tenido por ejercicio saludable y porque ofrece singulares facilidades para esa intimidad superficial, vulgar y vocinglera a que parecen aquellas prósperas gentes tan aficionadas.

Pero lo que asombra allí no es este modo de bañarse, ni los rostros cadavéricos de las criaturitas, ni los tocados caprichosos y vestidos incomprensibles de aquellas damiselas, notadas por su prodigalidad, su extravagancia, y su exagerada disposición a la alegría; ni los coloquios de enamorados, ni las casillas de baños, ni las óperas canta-

das sobre mesas de café, vestidos de Edgardo y de Romeo, y de Lucía y de Julieta; ni las muecas y gritos de los negros *minstrels*, que no deben ser ¡ay! como los *minstrels*, de Escocia; ni la playa majestuosa, ni el sol blando y sereno; lo que asombra allí es, el tamaño, la cantidad, el resultado súbito de la actividad humana, esa inmensa válvula de placer abierta a un pueblo inmenso, esos comedores que, vistos de lejos, parecen ejércitos en alto, esos caminos que a dos millas de distancia no son caminos, sino largas alfombras de cabezas; ese vertimiento diario de un pueblo portentoso en una playa portentosa; esa movilidad, ese don de avance, ese acometimiento, ese cambio de forma, esa febril rivalidad de la riqueza, ese monumental aspecto del conjunto que hacen digno de competir aquel pueblo de baños con la majestad de la tierra que lo soporta, del mar que lo acaricia y del cielo que lo corona, esa marea creciente, esa expansividad anonadora e incontrastable, firme y frenética, y esa naturalidad en lo maravilloso; eso es lo que asombra allí.

Otros pueblos –y nosotros entre ellos– vivimos devorados por un sublime demonio interior, que nos empuja a la persecución infatigable de un ideal de amor o gloria; y cuando asimos, con el placer con que se ase un águila, el grado del ideal que perseguíamos, nuevo afán nos inquieta, nueva ambición nos espolea, nueva aspiración nos lanza a nuevo vehemente anhelo, y sale del águila presa una rebelde mariposa libre, como desafiándonos a seguirla y encadenándonos a su revuelto vuelo.

No así aquellos espíritus tranquilos, turbados sólo por el ansia de la posesión de una fortuna. Se tienden los ojos por aquellas playas reverberantes; se entra y sale por aquellos corredores, vastos como pampas; se asciende a los picos de aquellas colosales casas, altas como montes; sentados en silla cómoda, al borde de la mar, llenan los paseantes sus pulmones de aquel aire potente y benigno; mas es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven, que se buscan en vano y no se hallan; que por mucho que las primeras impresiones hayan halagado sus sen-

tidos, enamorado sus ojos, deslumbrado y ofuscado su razón, la angustia de la soledad les posee al fin, la nostalgia de un mundo espiritual superior los invade y aflige; se sienten como corderos sin madre y sin pastor, extraviados de su manada; y, salgan o no a los ojos, rompe el espíritu espantado en raudal amarguísimo de lágrimas, porque aquella gran tierra está vacía de espíritu.

Pero ¡qué ir y venir! ¡qué correr del dinero! ¡qué facilidades para todo goce! ¡qué absoluta ausencia de toda tristeza o pobreza visibles! Todo está al aire libre: los grupos bulliciosos; los vastos comedores; ese original amor de los norteamericanos, en que no entra casi ninguno de los elementos que constituyen el pudoroso, tierno y elevado amor de nuestras tierras; el teatro, la fotografía, la casilla de baños; todo está al aire libre. Unos se pesan, porque para los norteamericanos es materia de gozo positivo, o de dolor real, pesar libra más o libra menos; otros, a cambio de 50 céntimos, reciben de manos de una alemana fornida un sobre en que está escrita su buena fortuna; otros, con incomprensible deleite, beben sendos vasos largos y estrechos como obuses, de desagradables aguas minerales.

Montan éstos en amplios carruajes que los llevan a la suave hora del crepúsculo, de Manhattan a Brighton; atraca aquél su bote, donde anduvo remando en compañía de la risueña amiga que, apoyándose con ademán resuelto sobre su hombro, salta, feliz como una niña, a la animada playa; un grupo admira absorto a un artista que recorta en papel negro que estampa luego en cartulina blanca, la silueta del que quiere retratarse de esta manera singular; otro grupo celebra la habilidad de una dama que en un tenduchín que no medirá más de tres cuartos de vara, elabora curiosas flores con pieles de pescado; con grandes risas aplauden otros la habilidad del que ha conseguido dar un pelotazo en la nariz a un desventurado hombre de color que, a cambio de un jornal miserable, se está día y noche con la cabeza asomada por un agujero hecho en un lienzo esquivando con movimientos ridículos y extravagantes muecas los golpes de los tiradores; otros barbu-

dos y venerandos, se sientan gravemente en un tigre de madera, en un hipogrifo, en una esfinge, en el lomo de un constrictor, colocados en círculos, a guisa de caballos, que giran unos cuantos minutos alrededor de un mástil central, en cuyo torno tocan descompuestas sonatas unos cuantos sedicientes músicos. Los menos ricos, comen cangrejos y ostras sobre la playa, o pasteles y carnes en aquellas mesas gratis que ofrecen ciertos grandes hoteles para estas comidas; los adinerados dilapidan sumas cuantiosas en infusiones de fucsina, que les dan por vino; y en macizos y extraños manjares que rechazaría sin duda nuestro paladar pagado de lo artístico y ligero.

Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase.

Y este dispendio, este bullicio, esta muchedumbre, este hormiguero asombroso, duran desde junio a octubre, desde la mañana hasta la alta noche, sin intervalo, sin interrupción, sin cambio alguno.

De noche, ¡cuánta hermosura! Es verdad que a un pensador asombra tanta mujer casada sin marido; tanta madre que con el pequeñuelo al hombro pasea a la margen húmeda del mar, cuidadosa de su placer, y no de que aquel aire demasiado penetrante ha de herir la flaca naturaleza de la criatura; tanta dama que deja abandonado en los hoteles a su chicuelo, en brazos de una áspera irlandesa, y al volver de su largo paseo, ni coge en brazos, ni besa en los labios, ni satisface el hambre a su lloroso niño.

Mas no hay en ciudad alguna panorama más espléndido que el de aquella playa de Gable, en las horas de noche. ¿Veíanse cabezas de día? Pues más luces se ven en la noche. Vistas a alguna distancia desde el mar, las cuatro poblaciones, destacándose radiosas en la sombra, semejan como si en cuatro colosales grupos se hubieran reunido las estrellas que pueblan el cielo y caído de súbito en los mares.

Las luces eléctricas que inundan de una claridad acariciadora y mágica las plazuelas de los hoteles, los jardines ingleses, los lugares de conciertos, la playa misma en que pudieran contarse a aquella luz vivísima los granos de

arena parecen desde lejos como espíritus superiores inquietos, como espíritus risueños y diabólicos que traveseasen por entre las enfermizas luces de gas, los hilos de faroles rojos, el globo chino, la lámpara veneciana. Como en día pleno, se leen por todas partes periódicos, programas, anuncios, cartas. Es un pueblo de astros; y así las orquestas, los bailes, el vocerío, el ruido de olas, el ruido de hombres, el coro de risas, los halagos del aire, los altos pregones, los trenes veloces, los carruajes ligeros, hasta que llegadas ya las horas de la vuelta, como monstruo que vaciase toda su entraña en las fauces hambrientas de otro monstruo, aquella muchedumbre colosal, estrujada y compacta se agolpa a las entradas de los trenes que repletos de ella, gimen, como cansados de su peso, en su carrera por la soledad que van salvando, y ceden luego su revuelta carga a los vapores gigantescos, animados por arpas y violines que llevan a los muelles y riegan a los cansados paseantes, en aquellos mil carros y mil vías que atraviesan, como venas de hierro, la dormida Nueva York.

*La Pluma*. Bogotá, Colombia, 3 de diciembre de 1881.

# INSTANTÁNEAS DE UNA CIUDAD

*Vértigo urbano*

VUELA LA PLUMA, como ala, cuando ha de narrar cosas grandiosas; y va pesadamente, como ahora, cuando ha de dar cuenta de cosas brutales, vacías de hermosura y de nobleza. La pluma debiera ser inmaculada como las vírgenes. Se retuerce como esclava, se alza del papel como prófuga y desmaya en las manos que la sustentan, como si fuera culpa contar la culpa. Aquí los hombres se embisten como toros, apuestan a la fuerza de su testuz, se muerden y se desgarran en la pelea, y van cubiertos de sangre, despobladas las encías, magulladas las frentes, descarnados los nudos de las manos, bamboleando y cayendo, a recibir entre la turba que vocea y echa al aire los sombreros, y se abalanza a su torno, y les aclama, el saco de monedas que acaban de ganar en el combate. En tanto el competidor, rotas las vértebras, yace exánime en brazos de sus guardas, y manos de mujer tejen ramos de flores que van a perfumar la alcoba concurrida de los ruines rufianes.

Y es fiesta nacional, y mueve a ferrocarriles y a telégrafos, y detiene durante horas los negocios, y saca en grupos a las plazas a trabajadores y a banqueros; y se cambian al choque de los vasos sendas sumas, y narran los periódicos, que en líneas breves condenan lo que cuentan en líneas copiosísimas, el ir, el venir, el hablar, el reposar, el ensayar, el querellar, el combatir, el caer de los seres rivales. Se cuentan, como las pulsaciones de un mártir, las pulsaciones de estos viles. Se describen sus formas. Se habla menudamente del blancor y lustre de su piel. Se miden sus músculos de golpear. Se cuentan sus hábitos, sus comidas, sus frases, su peso. Se pintan sus colores de batalla. Se dibujan sus zapatos de pelea.

*Los boxeadores*

Así es una pelea de premio. Así acaban de luchar el gigante de Troya y el mozo de Boston. Así ha rodado por

tierra, ante dos mil espectadores, el gigante, inerte y ensangrentado. Así ha estado de gorja Nueva Orléans, y suspensos los pueblos de la Unión, y conmovido visiblemente Boston, Nueva York y Filadelfia. Aún veo, prendidos como colmena alborotada a las ruedas y ventanas del carro donde les venden los periódicos, a esas criaturillas de ciudad, que son como frutas nuevas podridas en el árbol. Los compradores, en montón, aguardan en torno al carro, que ya anda, arrebatado por el grueso caballo a que va uncido, en tanto que ruedan por tierra, revueltos con paquetes de periódicos, míseras niñas cubiertas de harapos, o pequeñuelas bien vestidas, que ya desnudan el alma, o irlandesillos avarientos, que alzan del lodo blasfemando el sombrero agujereado que perdieron en la lucha. Y vienen carros nuevos, y luchas nuevas. Y los que alcanzan periódicos, no saben cómo darlos a tiempo a los compradores ansiosos que los asedian. Y la muchedumbre, temblando en la lluvia, busca en los lienzos de noticias que clavan en sus paredes los diarios famosos, las nuevas del combate. Y lee el hijo, en el diario que trae a casa el padre, a qué ojo fue aquel golpe, y cuán bueno fue aquel otro que dio con el puño en la nariz del adversario, y con éste en tierra, y cómo se puede matar empujando gentilmente hacia atrás el rostro del enemigo, y dándole con la otra mano junto al cerebro, por el cuello. Y publican los periódicos los retratos de los peleadores, y sus banderas de combate, y diseños de los golpes. Y se cuenta en la mesa de comer de la familia, que este amigo perdió unos cien duros y aquél ganó un millar, y otro otros mil, porque apostaron a que ganaría el gigante, y sucedió que ganó el mozo. Eso era Nueva York la tarde de la lucha.

¿Y en el campo de la lucha? Fue allá, en tierras del Sur, junto al mar, bajo cedros y robles. No son éstas querellas de bribones, que la ira encona, el azar cansa, y el capricho legisla: son troncos de antemano concertados, en que se dividen –como en las justas antiguas– el campo y la luz, y se determina, como para los caballos de carrera, el peso y el modo de justar y se acuerda en tratado formal y manera minuciosa, que los peleadores pelearán de pie, y sin

piedras ni hierros en la mano, ni más que tres espigas de punta redonda y media pulgada de largo en la suela del zapato, y se establece, como mejora de decoro, que aquella vez no muerdan, ni se rasguen la carne con las uñas, ni se dé golpe al que ya tiene una mano y una rodilla en tierra, y a aquel a quien se sujeta por el cuello contra las cuerdas o estacas del circo, que ha de ser prado llano, y no mayor de 24 pies en cuadro, y ha de ostentar al sol, enarboladas en las estacas del centro, los colores de pelea de ambos rufianes, los cuales fueron esta vez arpa, sol, luna y escudo, y águila de anchas alas sobre esfera tachonada de estrellas para el gigante de Troya, y águila que sustenta en las nubes un escudo americano, cercada de banderines de Irlanda y Norteamérica, para el mozo fuerte de Boston. Porque de Irlanda vino a esta tierra, con la poblada numerosa, la bárbara costumbre.

*Caín en la ciudad*

Los tiempos no son más que esto: el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre. ¿No hay horas de bestia en el ser humano, en que los dientes tienen necesidad de morder, y la garganta siente sed fatídica, y los ojos llamean, y los puños crispados buscan cuerpos donde caer? Enfrenar esta bestia, y sentar sobre ella un ángel, es la victoria humana. Pero como el Caín de Cormon, en tanto que los aztecas industriosos y los peruanos cultos hacían camino en la cresta de los montes, echaban por canales ciclópeos las aguas de los ríos, y labraban para los dedos de sus mujeres sutilísimas joyas, los hombres de aquellas tierras del Norte, que opusieron a los dardos de los soldados de César el pecho velludo, y las espaldas cubiertas de pieles, alzaban tienda nómade en la tierra riscosa, y comían en su propia piel, ahumada apenas, la res ensangrentada que habían ahogado con sus brazos férreos. Los brazos de los hombres parecían laderas de montaña, sus piernas troncos de árboles, sus manos mazas, sus cabezas bosques. Vivir no fue al principio más que disputar los bosques a las fieras. Mas hoy la vida no es montaña áspera, sino estatua tallada en la montaña.

Así se espantan los ojos, como si de súbito se viera pasar por las calles de una ciudad moderna a Caín, de ver cómo las artes de la pintura y de la imprenta lamen sumisas los pies rugosos de estas bestias humanas, y copian y celebran al bruto magnífico, y le espían anhelantes en el instante en que, desnudo el torso montuoso, y encrespado el brazo troncal, ensaya en una bola de cuero, que envía bamboleando al techo de que cuelga por fajilla de cuero, los golpes que ha de dar luego, entre hurras y vítores, en el cráneo crujiente, en los labios hinchados, en el cuerpo tambaleante de su adversario estremecido. Se educan para la pelea, se fortalecen, se consumen en la carne superflua que pesa y no resiste, se recogen en población de campo, en casa apartada, con sus educadores, que les enseñan golpes excelentes, y les prohíben excesos corporales, y los muestran a los que apuestan de oficio, y quieren ver, antes de apostar a su hombre, porque "ellos van de negocio" y deben apostar "al mejor hombre". Y de negocio también van los peleadores, que jamás se vieron a veces, y van a verse por primera vez en la arena del circo. Pero un chalán ha puesto a los brazos de uno, dos millares de pesos, y un diarista ha puesto a los brazos de otro, dos millares, y ajustan la pelea, la sangrienta pelea, porque no viene mal ganar, rompiendo huesos y sacudiendo en los cráneos los cerebros, los dineros y la fama de "campeón del peso grande de la América", porque hay menguados que pesan ciento treinta libras, y se baten por la fama de ser los más ricos golpeadores entre los de poco peso; mas hay mancebos que pesan doscientas libras, y éstos lidian por merecer el derecho de campeón entre los de peso grande.

Y no bien se publica que se ha ajustado la batalla, hácense cargo del peleador los que le "educan", que se llaman "sus segundos", e impiden que por el beber o el mocear comprometa "el hombre de pelea" la ganancia del que ha puesto dinero "a su espalda". Y es la nación circo de gallos. Van los dos hombres enseñándose por los pueblos, y peleando con guantes, desnudos de cinto arriba, en teatros, plazas y tablados de cantina, donde ondean sus colores, y narran sus hazañas, y palpan sus músculos y

balancean las condiciones de ganancia o pérdida, antes de cruzar con el jugador vecino la apuesta de dinero. Créanse bandos en las poblaciones, que suelen parar en que ambos contendientes saltan, revólveres al aire y cuchillos en alto, al circo o al tablado: y Troya, que ama a su gigante, que es dueño de un teatro, y padre de familia, y pródigo de fama, como buen rufián, arde en celos de Boston, que está orgullosa de su bestia, porque no se ha puesto hombre en frente del mozo bostonés que no haya caído ensangrentado en tierra. No se pregunte quién lo impide, que cuando acontece en plazas públicas, un mes tras otro mes, no lo impide nadie. Hay leyes, mas como en México, donde prohíben las lidias de toros, buenas para hacer toros de los hombres, en el recinto de Tenochtitlán, y dejan las que haya en el pueblecillo cercano de Tlalnepantla, donde un tiempo oró en su torre alta el gran Netzahualcoyotl, poeta, rey y capitán excelso, y hoy desjarretan brutos, vestidos de toreros de comedia, hombres nacidos, por la grandeza de la tierra que los cría, a más glorioso empleo.

*Apuestas en Nueva Orléans*

Cuando se acerca el día fijado para el combate, como cada estado tiene ley diversa, y abundan entre los hombres distinguidos, que hacen las leyes, los abominadores de esta pelea de hombres, suelen los pugilistas andar de salto en salto, en fuga de las cárceles. Mas hallan siempre estados que los amparen, y allí, es fiesta pública. Vienen los trenes, de comarcas lejanas, cargados de apostadores, que ponen punto a sus negocios, y dejan sin padre sus casas, por venir a centenares de millas, a apiñarse en la muchedumbre vociferadora que con el rostro encendido y las manos en alto, y el sombrero a la nuca, rodeará en la mañana anhelante, el circo de la lidia. Son banqueros, son jueces, son graves personas, miembros de las iglesias de su pueblo, son jóvenes ricos, de dinero que debiera trocarse en yugo para sus frentes: no son sólo bribones ni chalanes. Hay en toda ciudad un centro de estos juegos, y en algunas ciudades muchos centros. Cada agrupación envía sus diputados; cada postor que puso precio, envía su hombre a ver;

cada amador del ejercicio va a gozarse en sus lances. No tienen cierre las puertas de los hoteles y cantinas. Los hijos pródigos del azar asombran con su fausto, y los boxeadores de oficio con sus fuertes músculos, a las damas y damiselas de la villa, que no apartan de ellos los ojos, como de seres aborrecibles, sino que les miran con curiosidad y con regalo, como a hombres magnos y seres de privilegio.

En Nueva Orléans, en cuyas cercanías fue este combate, se abrieron las bolsas viejas, muy atadas desde los tiempos de la guerra terrible, para poner los ahorros mohosos a la bravura de los jayanes. Las calles parecían corredores de casas; y el suceso, suceso de familia. Todo era chocar de vasos, hablar en voces altas, discutir en tiendas y plazas los méritos de los mozos, en cohorte ir a saciar los ojos avarientos en la espalda robusta, el hombro redondo, y la cadera desenvuelta de los atletas. Y volvían los unos, mohínos porque su jayán tenía demasiada carne sobre las costillas, y los otros alborozados porque su hombre era todo huesos y músculos. Iban los médicos en grupos, a ver aquel ejemplar rico de bruto humano. Y las damas iban a poner su mano delgada en la mano huesosa de los héroes.

Toda la ciudad parecía de viaje en la noche que acabó en la madrugada de la marcha. En sillas, y en sofás y de codos en los balcones, dormían, temerosos de que partiese el tren sin ellos, los que habían comprado, a cambio de diez pesos, el derecho de ver la anhelada lucha. Vaciaban en los mostradores de los hoteles, porque no se las robasen en el camino, las joyas, a que son los rufianes muy aficionados. Y allá va al fin, cruzando los llanos pantanosos de la Luisiana, el tren veloz con los peleadores, con sus segundos, con la esponja y menjurjes de curar, con los dineros de la lidia, con sus vagones repletos, techados de gente, rebosada de los carros. Allí el beber; allí el vocear; allí el proponer apuestas y aceptarlas. Allí el decir que un buen peleador ha de tener arrojo, agilidad y resistencia. Allí al hacer memoria de cómo en otros tiempos se libraban al vigor del puño las contiendas electorales de los neoyorquinos; cómo un Mc Coy mató en el circo a un Chris

Lilly; cómo cuando Hyer venció a Sullivan, en "pelea de huracán se encendieron luminarias en Park Row", que es la calle vieja y famosa, que da hoy al costado del correo, y se leyó por largo tiempo en un gran lienzo transparente: "Tom Hyer, campeón de América". Era allí el recordar entre sorbos de pócimas ardientes, que Morrisey dejó a Heenan por muerto; que cuando Jones peleó con Mc Coole recibió de él tal golpe en la frente, que rodó al suelo, víctima de náuseas y como con el cerebro desquiciado; y que Mace era un gran golpeador, que braceaba como aspa de molino, y quebró de un buen golpe el cuello de Allen. ¡Y el sol entraba a raudales por las ventanillas de los carros!

*El gigante de Troya y el mozo de Boston*

Ya en el lugar de la pelea, que fue la ciudad de Mississippi, estaban llenos de gente los alrededores del sitio elegido para el circo, y a horcajadas los hombres en los árboles, y repletos de curiosos los balcones, y almenados de espectadores los techos de las casas. Vació el tren su carga. Se alzó el circo en el suelo, y otro circo concéntrico, entre los que podían vagar los privilegiados; cantando alegres, se sentaron por la arena en batallón gozoso los cronistas, que cuando se pobló el aire de hurras, y fueron todas las manos astas de sombreros, era que venían el huraño Sullivan con su calzón corto y su camiseta de franela verde, y el hermoso Ryan, el gigante de Troya, en arreos blancos. En el circo, había damas. Y a la par que los jayanes se dieron las manos y ponían a hervir la sangre que iba a correr abundosa a los golpes, encuclillados en el suelo, contaban los segundos los dineros que se habían apostado a los dos hombres. ¿A qué mirarlos? A poco, ruedan por tierra; llévanlos a su rincón, y báñanles los miembros con menjurjes, embístense de nuevo, sacúdense sobre el cráneo golpes de maza; suenan los cráneos como yunque herido; mancha la sangre las ropas de Ryan, que cae de rodillas, en tanto que el mozo de Boston, saltando alegre y sonriendo, se vuelve a su "esquina". Atruena el vocerío, álzase Ryan tambaleando; le embiste Sullivan riendo; ásense de los cuellos y estrújanse los rostros; van tropezando a

caer sobre las cuerdas; nueve veces se atacan; nueve veces se hieren; ya se arrastra el gigante, ya no le sustentan en pie sus zapatos espigados, ya cae exánime de un golpe en el cuello, y al verlo sin sentido, echa al aire la esponja, en señal de derrota, su segundo. Se han cruzado $300.000, apostados en todas las ciudades de la nación a la pelea de estos mozos; se han alquilado hilos de telégrafo para dar cuenta menuda a todos los vientos de los detalles de la lidia; han recorrido las calles de las grandes ciudades, muchedumbres ansiosas que recibieron con clamores de aplausos, o ruidos de ira, la nueva del triunfo; se ha celebrado con músicas y fiestas al bostonés victorioso; y se exhiben de nuevo en circos y cantinas, agasajados y regalados, el mozo y el gigante. ¡Aún está roja y castigada de los pies, en la ciudad del Mississippi, la arena de la mar! Es este pueblo como grande árbol: tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos.

*El día de San Valentín*

¿Qué me trae este niño mensajero, con su uniforme y cachucha de paño azul, que llama a mi puerta? ¡Ah! Es la costumbre de estos días, en que se envían, en lindas tarjetas, sus saludos anónimos los enamorados y los amigos leales, que sufren de ver almas solas. En esta tarjeta bordada de fleco azul, me mandan un niño alado, sentado en un camello; y en esa otra, que tiene al pie dos hermosos versos, como es uso, aunque no todos los versos son hermosos, hay un águila, que mira a lo alto, posada en una roca... Y este niñuelo que viene ¿qué me trae ahora? ¡Me trae un Valentín de burlas en que está un hombre triste, vestido de navegar, de pie en la orilla de un océano en que no apunta un barco! Porque los Valentines, que son de una inglesa, llenan en estos días los mostradores de las tiendas, las bolsas de los fabricantes, los sacos de cuero de los carteros. No hay casa que no los envíe, y que no los reciba. Antes fue sólo hábito de enamorados, y en este día de San Valentín, en que es fama que los pájaros amanecen piando y aleteando en torno a la rama en que se posa aquella que eligen por compañera de su nido, no se acostaban

las doncellas de Inglaterra sin haber prendido cuatro hojas en las esquinas de su almohada, y una en el centro, porque tenían las hojas la virtud de hacer aparecer en sueños, a las doncellas, aquel de sus cortejadores a quien debían de elegir para su esposo, el cual poder era más cierto si luego de haber puesto a hervir un huevo a punto de endurecerlo, y sacándole la yema, llenaban de sal su espacio, y comían el resto, sin comer ni beber después, ni sacar la cáscara al huevo, porque esto le hubiera quitado la virtud. Y era también uso que el que había sido elegido Valentín, hiciese a su dama un regalo valioso, como el del duque de York, muy gentil duque, que regaló a la señorita Stuart, que fue luego duquesa de Richmond afamada, una joya que no le costó menos de ochocientas libras esterlinas: en tanto que las pastoras, "en este día en que los pájaros eran bondadosos", como reza el verso viejo, salían de mañanita a buscar leche, y tomaban de novio al primer pastor que encontraban sus ojos, lo cual, por de contado, haría muy mañaneros el día de San Valentín a los pastores. De este lado del mar, no fueron estos usos, sino enviar, explicados con versos, dibujos alegóricos a los defectos o peculiaridades de la persona a quien se encaminaban los dibujos, de lo cual, que fue al principio práctica de relacionados en amores, como que era anónima la práctica, tomó pie la malicia y cada jorobado, o bizco, o narigudo, o avaro, o fanfarrón, o vicioso, recibía de manos desconocidas una gran lámina coloreada, en que en menguados versos se hacía burla, vaga unas veces, y cruel y certera otras, del defecto del valentinado. Y no hay, aun hoy mismo, más que entrar en una tienda, y pedir un Valentín de sastre, para que el tendero busque en sus mostradores el manojo de los sastres, y saque de él un vejezuelo en pocas ropas, que enmienda y repara una casaca añosa, de modo que parezca de lienzo y corte nuevos. Ya queda para barrios bajos este uso de la malicia, que fue a tanto que no hay presunción humana ni hábito ridículo de estas tierras, que no tenga en estos Valentines de antaño su poema y su azote, tal como uno enviado a dama casera, que hace en la casa las faenas del servicio y luego va, enjoyada y envuelta en

sedas a lucir galas en su Jueves de salir, en el cual Valentín está la dama con cubo gigantesco por sombrero, delantal de pinche por frente de vestido, tenedores por pendientes, por abanico espumadera, y una cuchara de alfiler de pecho, a todo lo cual saludan, vestidas de galantes caballeros, un par de flacas tenazas. Pero los Valentines que aún quedan en boga, son dibujos caseros, hechos de mano amiga, para poner en curiosidad a un amigo bueno, o encantadoras figurillas, tiernas o cómicas, de variedad tan numerosa y rica, que no son más copiosas en arenas que los Valentines en tiendas, las playas de la mar. Son de fino cartón, franjado o cercado de encaje o de flecos; son almohadillas azules y rosadas, en que sonríe, con su gorro francés un niño candoroso; son ángeles, amantes, ramos de flores silvestres, lirios, margaritas, un negrillo que se hunde como quien tropieza en los aleros del gorro colosal que ata a su barba una negrilla, o girasoles, que están ahora en boga, por ser la flor de los estetas, o tulipanes, que es flor que se ha pagado aquí a tal precio que se compraban por acciones. Y al pie de todos ellos, versos rientes, versos de día de pájaros, versos azules, de esos que se escriben antes de entrar en lo recio de la vida, y no rojos, como se escriben luego, y no negros, como se suelen escribir, hasta que luego los años buenos tiñen del color blanco de la luz los cabellos y el alma.

*Contra la poligamia de los mormones*

Las gentes andan contentas, ocupadas, activas. El Senado, tras debate brillante, aprueba una ley que deja sin capacidad de elegir ni de ser electo a los polígamos mormones. La Academia de Música resuena con el clamor de alegres enmascarados que, ora son niños que llevan de reyes en carroza tirada por cabras a Esmeralda y a Febo, ora son actores que imitan en la escena aquel carro de Tespis en que nació la comedia, y echan a danzar, aparejados por la sala a Frou Frou y al duque de Buckingham, y a Camille y Luis Onceno. Nueva Orléans celebra sus carnavales con procesión suntuosa en que reviven las maravillas magnas de los poemas indostánicos.

Portland corta de sus jardines las rosas mejores, para ornar con ellas la casa en que ha de celebrarse el aniversario próximo del poeta Longfellow. Ya en la casa se limpia el asta de las banderas de festejo, para honrar con ellas a aquel hombre resplandeciente y sereno, menos infortunado que Bolívar, porque fue menos grande: a Jorge Washington. Oiremos esos himnos, y les pondremos alas de buena voluntad, y cruzarán la mar.

*La Opinión Nacional.* Caracas, 4 de marzo de 1882.

# IGUALDAD DE LA MUJER

*Mujeres en el bufete*

La vida humana está harta, como la tierra, de montes y de llanos. ¡Y a las veces de criptas siniestras y de abismos! Y es fuerza a cada paso sacar los ojos de los montes, que son los hombres altos, y ponerlos en llanuras. Está en el Congreso de debates y de fiesta la dama de Massachusetts. Ve el Congreso si debe sacar provecho de tanto hombre de Europa como viene a estas tierras; y ya se dijo en la asamblea de Massachusetts que pueden abogar damas en los tribunales del Estado. Nótase en esta tierra nueva, gran premura por dar a la mujer medios honestos y amplios de su existencia, que le vengan de su propia labor, lo cual le asegurará la dicha, porque enalteciendo su mente con sólidos estudios, vivirá a par del hombre como compañera y no a sus pies como juguete hermoso, y porque, bastándose a sí, no tendrá prisa en colgarse del que pasa, como aguinaldo del muro, sino que conocerá y escogerá, y desdeñará al ruin y engañador, y tomará al laborioso y sincero. Pues en ese mismo estado que acepta ahora las damas como abogados en sus tribunales, hay una señorita Robinson que dirige, con éxito notable, su bufete de letrado, lo cual es honra en Boston, capital de Massachusetts, donde trabaja la señorita, porque es Boston tierra de sabihondos y censores y no luce allí quien quiere sino quien puede. Y uno de los periódicos de leyes que más crédito goza en toda esta tierra, está también dirigido por una culta dama. En nueve de los Estados de la Unión, puede ya la mujer abogar como letrado, en casos criminales y civiles. Y en otro estado, que es Vermont, las damas que pagan contribución votan por aquel que más les place de los candidatos a los empleos de las escuelas, cuyos candidatos pueden ser también mujeres, –aunque cuentan los murmuradores que gozan poco de este beneficio las damas vermontesas, porque en este año, hubo pueblo en que sólo votaron cinco damas.

Mas no es sólo en los tribunales y en las urnas, en donde quieren los pensadores de esta tierra ver a las mujeres. Es en la administración pública, en la dirección de cada casa de caridad, en el consejo de cada taller correccional. Pues, ¿dos gobernadores de Nueva York no nombraron para altos puestos a dos damas? Nombráronlas, y no hay en el estado más inteligentes oficiales, ni mejor servidos puestos. ¿Quién no ve en las casas, y más en nuestras casas que en éstas, a la esposa siempre tímida y ahorradora, y al esposo, siempre pródigo y fantaseador, como si fuera la tierra Sésamo, y él, Montecristo, y a cada clamor suyo, de esos terribles que no hallan respuestas, hubiese de abrir a sus ojos la tierra obediente, el seno de oro? Somos un tanto hebreos en punto a fortuna, y esperamos siempre un Mesías que nunca llega. Y no hay más que un modo de ver llegar al Mesías, y es esculpirlo con sus propias manos. No hay en la tierra más riqueza que la que viene precipitadamente por medios de indecoro o lentamente por medios de trabajo. ¿Quién ha de ser mejor guía para las mujeres extraviadas que una dama buena? Ni ¿quién que ve una madre y la ve cómo ama, y prevé, y endulza, y perdona, duda de ese caudal de maravillas que yace ignorado en cada alma de mujer? Es una mano de mujer, vara de mago, que espanta búhos y sierpes, y ojos de Midas, que trueca todo en oro. Pues ¿cómo no ha de ser justo que en las juntas en que se ha de aconsejar sobre el modo de dirigir maestras, o alumnas, o pobres presos, aconsejen mujeres, que saben de achaques de mujer, o del modo de reformarlos o curarlos? El hombre es rudo e impaciente, y se ama más a sí que a los demás. Y la mujer es tierna, y goza en darse, y es madre desde que nace, y vive de amar a otros. ¡Llámenla, pues, a que sea consejera en todas esas juntas de consejo, y donde haya niños o mujeres a quienes dirigir, o cuidar, o curar, sea mujer la que dirija, con lo que será más suave y rápida la cura!

*Educación de la mujer*

¿Y en colegios? ¿Se han de cerrar acaso los altos colegios a estas mujeres que han de ser luego compañeras de

hombres? Pues si no tienen los pies hechos al mismo camino, ni el gusto hecho a las mismas aficiones, ni los ojos a la misma claridad ¿cómo los acompañarán? Vive todo ser humano de verterse, y es el más suave goce el comercio de las almas. ¿Qué ha de hacer el marido sabedor, sino apartar los ojos espantados y doloridos de aquella que no entiende su lenguaje, ni estima sus ansias, ni puede premiar sus noblezas, ni adivinar sus dolores, ni alcanzar con los ojos donde él mira? Y viene ese divorcio intelectual, que es el mal terrible.

Ni es verdad, a lo que dicen maestros y observadores, que sea cosa probada la flaqueza de la mente femenil para llevar en sí hondas cosas de artes, leyes, y ciencias. Inglaterra les ha abierto sus colegios, y están orgullosos de ellas los colegios de Inglaterra. Altas cosas estudian las mujeres en el colegio de la Universidad en Londres, donde una tercera parte de los discípulos son doncellas atentas y estudiosas, y no hay año en que no saquen ventaja relativa a los donceles estudiantes. Cuatro universidades viejas y famosas tienen los ingleses, y en esa de Londres y en la de Dowham, invístese ya de la toga doctoral a las educandas; en Cambridge, se las recibe en cátedras y exámenes, los que les sirven como de títulos de honor, aunque no les dan derechos; y en Oxford, que es universidad reacia y severa, ya las admiten a cátedras, a que ellas van gozosas. Es cosa que alegra los ojos ver llegar a las puertas del colegio a los mancebos retozones, a la par que bajan gravemente de sus carruajes las jóvenes que vienen a la Universidad a aprender artes y ciencias. De la Universidad de Cambridge han salido maestras excelentes. Y en esta tierra misma, Harvard es universidad celebradísima, y tiene cátedra para mujeres, cuyos adelantos y aplicación encomia; y en la Universidad de Cornell, que goza también fama, no hay memoria de que haya hecho examen nulo ninguna de las numerosas estudiantes. Y ahora se quiere, que, como las de Harvard soberbio, y Cornell celebrado, se abran a las mujeres jóvenes las puertas del muy valioso colegio de Columbia. Cosas pueden ser éstas, para quien viva en otras riberas, singulares: mas si es verdad que ese

ir y venir por cátedras y calles, pudiera parecer en nuestros países como echar flores débiles al viento, no ha de verse el modo de enseñar ni a que sea de hombre el instituto en que se enseñe, sino que se ha de proveer, en forma que concierte con nuestras costumbres a la urgentísima necesidad de esa enseñanza. Porque no suelen volar los esposos de la jaula de oro primaveral en busca de nueva primavera, o de belleza nueva, sino porque es dama sin mente como vaso seco, y busca el hombre sediento donde posar los labios ardorosos. Son las almas como las rosas, y han menester de sol ardiente, y de que caiga en ellas, con cada alba, rocío nuevo.

*El costo de los inmigrantes*

Nueva York, que quiere abrir su Universidad a las mujeres, no gusta de tener abierta su bolsa a todos los menesteres de los inmigrantes europeos, que llegan a las veces con hambre, y sin dineros, ni ropa, ni salud, todo lo cual acarrea gastos que Nueva York paga, porque a Nueva York llegan aunque luego se salen del estado, y fincan en otras comarcas que se benefician de ello, sin tener parte en sus costos. Ya fue uso en otro tiempo que cada inmigrante pagara un peso al erario, a modo de derecho de entrada, porque el estado de Nueva York había de reenviar a sus tierras los pordioseros y los criminales, de los que venían muchos, y esos pesos se empleaban en los costos del reenvío. Pero se dijo que era inconstitucional la ley, como se dijo también de otra semejante que la sustituyó, por lo que ahora trátase de que sea la ley de la nación, y no de un estado, y que cada atezado hebreo de Rusia, o fornido alemán, o irlandés belfudo, o francés bullicioso, o sueco de cabellos rojos que a estas playas lleguen, pague unos cuantos dineros, que se pondrán en caja, para pagar con ellos a los que vienen enfermos o a medio vestir, o en incapacidad de hallar rápido empleo. Y ésa va a ser la ley nueva para Castle Garden, que será nombre famoso en tiempos venideros, en que parecerá esta tierra maravilloso monstruo, y esa casa de emigrantes, con su ancha puerta abierta, será temida por su fauce enorme.

*La Opinión Nacional*. Caracas, 11 de abril de 1882.

# EMERSON

*Ha muerto Emerson*

TIEMBLA A VECES la pluma, como sacerdote capaz de pecado que se cree indigno de cumplir su ministerio. El espíritu agitado vuela a lo alto. Alas quiere que lo encumbren, no pluma que lo taje y moldee como cincel. Escribir es un dolor, es un rebajamiento: es como uncir cóndor a un carro. Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, deja tras de sí claridad pura, y apetito de paz, y odio de ruidos. Templo semeja el Universo. Profanación el comercio de la ciudad, el tumulto de la vida; el bullicio de los hombres. Se siente como perder de pies y nacer de alas. Se vive como a la luz de una estrella, y como sentado en llano de flores blancas. Una lumbre pálida y fresca llena la silenciosa inmensa atmósfera. Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras. Y esos carros que ruedan, y esos mercaderes que vocean, y esas altas chimeneas que echan al aire silbos poderosos, y ese cruzar, caracolear, disputar, vivir de hombres, nos parecen en nuestro casto refugio regalado, los ruidos de un ejército bárbaro que invade nuestras cumbres, y pone el pie en sus faldas, y rasga airado la gran sombra, tras la que surge, como un campo de batalla colosal, donde guerreros de piedra llevan coraza y casco de oro y lanzas rojas, la ciudad tumultuosa, magna y resplandeciente. Emerson ha muerto: y se llenan de dulces lágrimas los ojos. No da dolor sino celos. No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo. El llanto es de placer, y no de duelo, porque ya cubren hojas de rosas las heridas que en las manos y en los pies hizo la vida al muerto. La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver como se abre el cielo. Y brillan de esperanza los rostros de los hombres, y cargan en sus brazos haces de palmas, con que alfombran la tierra, y con las espadas

de combate hacen en lo alto bóveda para que pase bajo ellas, cubierto de ramas de roble y viejo heno, el cuerpo del guerrero victorioso. Va a reposar, el que lo dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo, el que hizo mal su trabajo en esta vida. ¡Y los guerreros jóvenes, luego de ver pasar con ojos celosos, al vencedor magno, cuyo cadáver tibio brilla con toda la grandeza del reposo, vuelven a la faena de los vivos, a merecer que para ellos tiendan palmas y hagan bóvedas!

¿Que quién fue ese que ha muerto? Pues lo sabe toda la tierra. Fue un hombre que se halló vivo, se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar; y el sol su propio sol, y él patriarca. Fue uno de aquellos a quienes la naturaleza se revela, y se abre, y extiende los múltiples brazos, como para cubrir con ellos el cuerpo todo de su hijo. Fue de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada. Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fue su vida entera el amanecer de una noche de bodas. ¡Qué deliquios, los de su alma! ¡Qué visiones, las de sus ojos! ¡Qué tablas de leyes, sus libros! Sus versos, ¡qué vuelos de ángeles! Era de niño, tímido y delgado, y parecía a los que le miraban, águila joven, pino joven. Y luego fue sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar. Era su paso firme, de aquel que sabe adonde ha de ir; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecen aires puros. El rostro era enjuto, cual de hombre hecho a abstraerse, y a ansiar salir de sí. Ladera de montaña parecía su frente. Su nariz era como la de las aves que vuelan por cumbres. Y sus ojos, cautivadores, como de aquel que está lleno de amor, y tranquilos, como de aquel que ha visto lo que no se ve. No era posible verle sin desear besar su frente. Para Carlyle, el gran filósofo inglés, que se revolvió contra la tierra con brillo y fuerza de Satán, fue la visita de Emerson, "una visión celeste". Para Whitman, que ha hallado en la naturaleza una nueva poe-

sía, mirarle era "pasar hora bendita". Para Estedman, crítico bueno, "había en el pueblo del sabio una luz blanca". A Alcott, noble anciano juvenil, que piensa y canta, parece "un infortunio no haberle conocido". Se venía de verle como de ver un monumento vivo, o un ser sumo. Hay de esos hombres montañosos, que dejan ante sí y detrás de sí, llana la tierra. Él no era familiar, pero era tierno, porque era la suya imperial familia cuyos miembros habían de ser todos emperadores. Amaba a sus amigos como a amadas: para él la amistad tenía algo de la solemnidad del crepúsculo en el bosque. El amor es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor en que no crea deseos, ni la fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Cerca de él, había encanto. Se oía su voz, como la de un mensajero de lo futuro, que hablase de entre nube luminosa. Parecía que un impalpable lazo, hecho de luz de luna, ataba a los hombres que acudían en junto a oírle. Iban a verle los sabios, y salían de verle como regocijados, y como reconvenidos. Los jóvenes andaban luengas leguas a pie por verle, y él recibía sonriendo a los trémulos peregrinos, y les hacía sentar en torno a su recia mesa de caoba, llena de grandes libros, y les servía, de pie como un siervo, buen jerez viejo. ¡Y le acusan, de entre los que lo leen y no lo entienden, de poco tierno, porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal, y cosa de accidente, y ni de esencia, que no merece ser narrada! ¡Frinés de la pena son esos poetillos jeremíacos! ¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar contando en rimas desmayadas dolorcillos propios! El dolor ha de ser pudoroso.

Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada. Cuando vio hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de la Ley. Era moisíaco su enojo. Y se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar, como se sacude un león, tábanos. Discutir para él era robar tiempo al descu-

brimiento de la verdad. Como decía lo que veía, le irritaba que pusiesen en duda lo que decía. No era cólera de vanidad, sino de sinceridad. ¿Cómo había de ser culpa suya que los demás no poseyesen aquella luz esclarecedora de sus ojos? ¿No ha de negar la oruga que el águila vuela? Desdeñaba la argucia, y como para él lo extraordinario era lo común, se asombraba de la necesidad de demostrar a los hombres lo extraordinario. Si no le entendían, se encogía de hombros: la naturaleza se lo había dicho: él era un sacerdote de la naturaleza. Él no fingía revelaciones; él no construía mundos mentales; él no ponía voluntad ni esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos. Él veía detrás de sí al Espíritu creador que a través de él hablaba a la naturaleza. Él se veía como pupila transparente que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila. Parece lo que escribe trozos de luz quebrada que daban en él, y bañaban su alma, y la embriagaban de la embriaguez que da la luz, y salían de él. ¿Qué habían de parecerle esas mentecillas vanidosas que andan montadas sobre convenciones, como sobre zancos? ¿Ni esos hombres indignos, que tienen ojos y no quieren ver? ¿Ni esos perezosos u hombres de rebaño, que no usan de sus ojos, y ven por los de otro? ¿Ni esos seres de barro, que andan por la tierra amoldados por sastres, y zapateros, y sombrereros, y esmaltados por joyeros, y dotados de sentidos y de habla, y de no más que esto? ¿Ni esos pomposos fraseadores, que no saben que cada pensamiento es un dolor de la mente, y lumbre que se enciende con olio de la propia vida, y cúspide de monte?

*Hombre sin límites*

Jamás se vio hombre alguno más libre de la presión de los hombres, y de la de su época. Ni el porvenir le hizo temblar, ni le cegó al pasarlo. La luz que trajo en sí le sacó en salvo de este viaje por las ruinas, que es la vida. Él no conoció límites ni trabas. Ni fue hombre de su pueblo, porque lo fue del pueblo humano. Vio la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las pregun-

tas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fue tierno para los hombres, y fiel a sí propio. Le educaron para que enseñara un credo, y entregó a los crédulos su levita de pastor, porque sintió que llevaba sobre los hombros el manto augusto de la naturaleza. No obedeció a ningún sistema, lo que le parecía acto de ciego y de siervo; ni creó ninguno, lo que le parecía acto de mente flaca, baja y envidiosa. Se sumergió en la naturaleza, y surgió de ella radiante. Se sintió hombre, y Dios, por serlo. Dijo lo que vio; y donde no pudo ver, no dijo. Reveló lo que percibió, y veneró lo que no podía percibir. Miró con ojos propios en el Universo, y habló un lenguaje propio. Fue creador, por no querer serlo. Sintió gozos divinos, y vivió en comercios deleitosos, y celestiales. Conoció la dulzura inefable del éxtasis. Ni alquiló su mente, ni su lengua, ni su conciencia. De él, como de un astro, surgía luz. En él fue enteramente digno el ser humano.

Así vivió: viendo lo invisible y revelándolo. Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron a ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord, que fue el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. En Concord vivía, que es como Túsculo, donde viven pensadores, eremitas y poetas. Era su casa, como él, amplia y solemne, cercada de altos pinos como en símbolo del dueño, y de umbrosos castaños. En el cuarto del sabio, los libros no parecían libros, sino huéspedes: todos llevaban ropas de familia, hojas descoloridas, lomos usados. Él lo leía todo, como águila que salta. Era el techo de la casa alto en el centro, cual morada de aquel que vivía en permanente vuelo a lo alto. Y salían de la empinada techumbre penachos de humo, como ese vapor de ideas que se ve a veces surgir de una gran frente pensativa. Allí leía a Montaigne, que vio por sí, y dijo cosas ciertas; a Swedenborg el místico, que tuvo mente oceánica; a Plotino, que buscó a Dios y estuvo cerca de hallarlo; a los hindús [sic] que asisten trémulos y sumisos a la evaporación de su propia alma, y a Platón, que vio sin miedo, y con fruto no igualado, en la mente divina. O cerraba sus

libros, y los ojos del cuerpo, para darse el supremo regalo de ver con el alma. O se paseaba agitado e inquieto, y como quien va movido de voluntad que no es la suya, y llameante, cuando, ganosa de expresión precisa, azotaba sus labios, como presa entre breñas que pugna por abrirse paso al aire, una idea. O se sentaba fatigado, y sonreía dulcemente, como quien ve cosa solemne, y acaricia agradecido su propio espíritu que la halla. ¡Oh, qué fruición, pensar bien! ¡Y qué gozo, entender los objetos de la vida! –¡gozo de monarca!–. Se sonríe a la aparición de una verdad, como a la de una hermosísima doncella. Y se tiembla, como en un misterioso desposorio. La vida que suele ser terrible, suele ser inefable. Los goces comunes son dotes de bellacos. La vida tiene goces suavísimos, que vienen de amar y de pensar. Pues ¿qué nubes hay más bellas en el cielo que las que se agrupan, ondean y ascienden en el alma de un padre que mira a su hijo? Pues ¿qué ha de envidiar un hombre a la santa mujer, no porque sufre, ni porque alumbre, puesto que un pensamiento, por lo que tortura antes de nacer, y regocija después de haber nacido, es un hijo? La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta. No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma, calma; en la mente, alas blandas que acarician. ¡Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo. Y luego que se viene de él, se aparta con la mano blandamente, como con piedad de lo pequeño, y ruego de que no perturbe el recogimiento sacro, todo lo que ha sido obra de hombre. Uvas secas parecen los libros que poco ha parecían montes. Y los hombres, enfermos a quienes se trae cura. Y parecen los árboles, y las montañas, y el cielo inmenso, y el mar pujante, como nuestros hermanos, o nuestros amigos. Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza. La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas, y deja al aire el fuego. Se lee lo grande, y si se es capaz de lo grandioso, se queda en mayor capaci-

dad de ser grande. Se despierta el león noble, y de su melena, robustamente sacudida, caen pensamientos como copos de oro.

*El escritor*

Era veedor sutil, que veía cómo el aire delicado se transformaba en palabras melodiosas y sabias en la garganta de los hombres, y escribía como veedor, y no como meditador. Cuanto escribe, es máxima. Su pluma no es pincel que diluye, sino cincel que esculpe y taja. Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y al golpe de su cincel salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborrecía lo innecesario. Dice, y agota lo que dice. A veces, parece que salta de una cosa a otra, y no se halla a primera vista la relación entre dos ideas inmediatas. Y es que para él es paso natural lo que para otros es salto. Va de cumbre en cumbre, como gigante, y no por las veredas y caminillos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan abajo, ven pequeño al gigante alto. No escribe en períodos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones. Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo, o apareciese a una lumbre tan bella, que se sabe que ha de desaparecer. Y deja a los demás que desenvuelvan: él no puede perder tiempo; él anuncia. Su estilo no es lujoso, sino límpido. Lo depuraba, lo acrisolaba, lo aquilataba, lo ponía a hervir. Tomaba de él la médula. No es su estilo montículo verde, lleno de plantas florecidas y fragantes: es monte de basalto. Se hacía servir de la lengua, y no era siervo de ella. El lenguaje es obra del hombre, y el hombre no ha de ser esclavo del lenguaje. Algunos no le entienden bien; y es que no se puede medir un monte a pulgadas. Y le acusan de oscuro; mas ¿cuándo no fueron acusados de tales los grandes de la mente? Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee, que confesar nuestra incapacidad para entenderlo. Emerson no dis-

cute: establece. Lo que le enseña la naturaleza le parece preferible a lo que le enseña el hombre. Para él un árbol sabe más que un libro; y una estrella enseña más que una universidad; y una hacienda es un evangelio; y un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario. Para él no hay cirios como los astros, ni altares como los montes, ni predicadores como las noches palpitantes y profundas. Emociones angélicas le llenan si ve desnudarse de entre sus velos, rubia y alegre, la mañana. Se siente más poderoso que monarca asirio o rey de Persia, cuando asiste a una puesta de sol, o a un alba riente. Para ser bueno no necesita más que ver lo bello. A esas llamas, escribe. Caen sus ideas en la mente como piedrecillas blancas en mar luminoso: ¡qué chispazos! ¡qué relampagueos! ¡qué venas de fuego! Y se siente vértigo, como si se viajara en el lomo de un león volador. Él mismo lo sintió, y salió fuerte de él. Y se aprieta el libro contra el seno, como a un amigo bueno y generoso; o se le acaricia tiernamente, como a la frente limpia de una mujer leal.

*El filósofo*

Pensó en todo lo hondo. Quiso penetrar el misterio de la vida: quiso descubrir las leyes de la existencia del Universo. Criatura, se sintió fuerte, y salió en busca del Creador. Y volvió del viaje contento, y diciendo que lo había hallado. Pasó el resto de su vida en la beatitud que sigue a este coloquio. Tembló como hoja de árbol en esas expansiones de su espíritu, y vertimientos en el espíritu universal; y volvía a sí, fragante y fresco como hoja de árbol. Los hombres le pusieron delante al nacer todas esas trabas que han acumulado los siglos, habitados por hombres presuntuosos, ante la cuna de los hombres nuevos. Los libros están llenos de venenos sutiles, que inflaman la imaginación y enferman el juicio. Él apuró todas esas copas y anduvo por sí mismo, tocado apenas del veneno. Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio, y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben y son meras voces de otro espíritu. Otros triun-

fan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza. Triunfó Emerson: he ahí su filosofía. *Naturaleza* se llama su mejor libro: en él se abandona a esos deleites exquisitos, narra esos paseos maravillosos, se revuelve con magnífico brío contra los que piden ojos para ver, y olvidan sus ojos; y ve al hombre señor, y al Universo blando y sumiso, y a todo lo vivo surgiendo de un seno y yendo al seno, y sobre todo lo que vive, al Espíritu que vivirá, y al hombre en sus brazos. Da cuenta de sí, y de lo que ha visto. De lo que no sintió, no da cuenta. Prefiere que le tengan por inconsistente que por imaginador. Donde ya no ven sus ojos, anuncia que no ve. No niega que otros vean; pero mantiene lo que ha visto. Si en lo que vio hay cosas opuestas, otro comente, y halle la distinción: él narra. Él no ve más que analogías: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre lo hay en ella. Él ve que la naturaleza influye en el hombre, y que éste hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. Ve la idea humana señora de la materia universal. Ve que la hermosura física vigoriza y dispone el espíritu del hombre a la hermosura moral. Ve que el espíritu desolado juzga el Universo desolado. Ve que el espectáculo de la naturaleza inspira fe, amor y respeto. Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en fórmulas, le responde inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se parece a todo, que todo tiene el mismo objeto, que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo, que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza, que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador, que hay una unidad central en los hechos, –en los pensamientos, y en las acciones; que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella; que la hermosura del Universo fue creada para inspirarse el deseo, y consolarse los dolores de la virtud, y estimular al hombre a buscarse y hallarse; que "dentro del hombre está el alma

del conjunto, la del sabio silencio, la hermosura universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno". La vida no le inquieta: está contento, puesto que obra bien: lo que importa es ser virtuoso: "la virtud es la llave de oro que abre las puertas de la Eternidad": la vida no es sólo el comercio ni el gobierno, sino es más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí: de aquéllas viene éste: el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es la impresión suma; luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que "una estación en la naturaleza". Y así corren los ojos del que lee por entre esas páginas radiantes y serenas, que parecen escritas, por sobre humano favor, en cima de montaña, a luz no humana: así se fijan los ojos, encendidos en deseos de ver esas seductoras maravillas, y pasear por el palacio de todas esas verdades, por entre esas páginas que encadenan y relucen, y que parecen espejos de acero que reflejan, a ojos airados de tanta luz, imágenes gloriosas. ¡Ah, leer cuando se está sintiendo el golpeo de la llama en el cerebro, –es como clavar un águila viva! ¡Si la mano fuera rayo, y pudiera aniquilar el cráneo sin cometer crimen!

¿Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson: la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: sólo la teme el que tiene motivos de temor: será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito: rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho, que tiene razón de ser, puesto que es: sólo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres: mejor que rebelarse es vivir adelantando por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.

¿Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores, mas

a quien no se conocen superiores. El espíritu presiente; las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia, insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el Universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos, ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el ciclo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más que lo que sabe hoy el Espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.

¿Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud. Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos lo producen, todos lo tienen. Así, son una la verdad, que es la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte. El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre. De esta intermezcla no se sale jamás. La naturaleza se postra ante el hombre y le da sus diferencias, para que perfeccione su juicio; sus maravillas, para que avive su voluntad a imitarlas; sus exigencias, para que eduque su espíritu en el trabajo, en las contrariedades, y en la virtud que las vence. La naturaleza da al hombre sus objetos, que se reflejan en su mente, la cual gobierna su habla, en la que cada objeto va a transformarse en un sonido. Los astros son mensajeros de hermosuras, y lo sublime perpetuo. El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la

juventud perpetua. El bosque alegra, como una buena acción. La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad, a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro. El Universo, con ser múltiple, es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente. La locomotora es el elefante de la creación del hombre, potente y colosal como los elefantes. Sólo el grado de calor hace diversas el agua que corre por el cauce del río y las piedras que el río baña. Y en todo ese Universo múltiple, todo acontece, a modo de símbolo del ser humano, como acontece en el hombre. Va el humo al aire como a la Infinidad el pensamiento. Se mueven y encrespan las aguas de los mares como los afectos en el alma. La sensitiva es débil, como la mujer sensible. Cada cualidad del hombre está representada en un animal de la naturaleza. Los árboles nos hablan una lengua que entendemos. Algo deja la noche en el oído, puesto que el corazón que fue a ella atormentado por la duda, amanece henchido de paz. La aparición de la verdad ilumina súbitamente el alma, como el sol ilumina la naturaleza. La mañana hace piar a las aves y hablar a los hombres. El crepúsculo nocturno recoge las alas de las aves y las palabras de los hombres. La virtud, a la que todo conspira en la naturaleza, deja al hombre en paz, como si hubiese acabado su tarea, o como curva que reentra en sí, y ya no tiene más que andar y remata el círculo. El Universo es siervo y rey el ser humano. El Universo ha sido creado para la enseñanza, alimento, placer y educación del hombre. El Hombre, frente a la naturaleza que cambia y pasa, siente en sí algo estable. Se siente a la par eternamente joven e inmemorablemente viejo. Conoce que sabe lo que sabe bien que no aprendió aquí: lo cual le revela vida anterior, en que adquirió esa ciencia que a ésta trajo. Y vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro, y cuyo beso, que

llena los ámbitos, y le viene en los aires nocturnos cargados de aromas, deja en su frente lumbre tal que ve a su blanda palidez confusamente revelados el universo interior, donde está en breve –todo el exterior,– y el exterior, donde está el interior magnificado, y el temido y hermoso universo de la muerte. ¿Pero está Dios fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra? ¿Está sobre la Naturaleza? ¿La naturaleza es creadora, y el inmenso ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará, y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición? Y así revuelve este hombre gigantesco la poderosa mente, y busca con los ojos abiertos en la sombra el cerebro divino, y lo halla próvido, invisible, uniforme y palpitante en la luz, en la tierra, en las aguas y en sí mismo, y siente que sabe lo que no puede decir, y que el hombre pasará eternamente la vida tocando con sus manos, sin llegar a palparlos jamás, los bordes de las alas del águila de oro, en que al fin ha de sentarse. Este hombre se ha erguido frente al Universo, y no se ha desvanecido. Ha osado analizar la síntesis, y no se ha extraviado.

Ha tendido los brazos, y ha abarcado con ellos el secreto de la vida. De su cuerpo, cestilla ligera de su alado espíritu, ascendió entre labores dolorosas y mortales ansias, a esas cúspides puras, desde donde se dibujan, como en premio al afán del viajador, las túnicas bordadas de luz estelar de los seres infinitos. Ha sentido ese desborde misterioso del alma en el cuerpo, que es ventura solemne, y llena los labios de besos, y las manos de caricias, y los ojos de llanto, y se parece al súbito hinchamiento y rebose de la naturaleza en primavera. Y sintió luego esa calma que viene de la plática con lo divino. Y esa magnífica arrogancia de monarca que la conciencia de su poder da al hombre. Pues ¿qué hombre dueño de sí no ríe de un rey?

A veces deslumbrado por esos libros resplandecientes de los hindús [sic] para los que la criatura humana, luego de purificada por la virtud, vuela, como mariposa de fue-

go, de su escoria terrenal al seno de Brahma, siéntase a hacer lo que censura, y a ver la naturaleza a través de ojos ajenos, porque ha hallado esos ojos conformes a los propios, y ve oscuramente y desluce sus propias visiones. Y es que aquella filosofía india embriaga, como un bosque de azahares, y acontece con ella como con ver volar aves, que enciende ansias de volar. Se siente el hombre, cuando penetra en ella, dulcemente aniquilado, y como mecido, camino de lo alto, en llamas azules. Y se pregunta entonces si no es fantasmagoría la naturaleza, y el hombre fantaseador, y todo el Universo una idea, y Dios la idea pura, y el ser humano la idea aspiradora, que irá a parar al cabo, como perla en su concha, y flecha en tronco de árbol, en el seno de Dios. Y empieza a andamiar, y a edificar el Universo. Pero al punto echa abajo los andamios, avergonzado de la ruindad de su edificio, y de la pobreza de la mente, que parece, cuando se da a construir mundos, hormiga que arrastra a su espalda una cadena de montañas.

Y vuelve a sentir correr por sus venas aquellos efluvios místicos y vagos; a ver cómo se apaciguan las tormentas de su alma en el silencio amigo, poblado de promesas, de los bosques; a observar que donde la mente encalla, como buque que da en roca seca, el presentimiento surge, como ave presa, segura del cielo, que se escapa de la mente rota; a traducir en el lenguaje encrespado y brutal y rebelde como piedra, los lúcidos trasportes, los púdicos deliquios, los deleites balsámicos, los goces enajenadores del espíritu trémulo a quien la cautiva naturaleza, sorprendida ante el amante osado, admite a su consorcio. Y anuncia a cada hombre que, puesto que el Universo se le revela entero y directamente, con él le es revelado el derecho de ver en él por sí, y saciar con los propios labios la ardiente sed que inspira. Y como en esos coloquios aprendió que el puro pensamiento y el puro afecto producen goces tan vivos que el alma siente en ellos una dulce muerte, seguida de una radiosa resurrección, anuncia a los hombres que sólo se es venturoso siendo puro.

*Los* Ensayos

Luego que supo esto, y estuvo cierto de que los astros son la corona del hombre, y que cuando su cráneo se enfriase, su espíritu sereno hendiría el aire, envuelto en luz, puso su mano amorosa sobre los hombres atormentados, y sus ojos vivaces y penetrantes en los combates rudos de la tierra. Sus miradas limpiaban de escombros. Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes. Como se sentó, y volvió fuerte, en el senado de los astros, se sienta, como en casa de hermanos, en el senado de los pueblos. Cuenta de historia vieja y de historia nueva. Analiza naciones, como un geólogo fósiles. Y parecen sus frases vértebras de mastodonte, estatuas doradas, pórticos griegos. De otros hombres puede decirse: "Es un hermano"; de éste ha de decirse: "Es un padre". Escribió un libro maravilloso, suma humana, en que consagra, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos. Vio a la vieja Inglaterra de donde le vinieron sus padres puritanos, y de su visita hizo otro libro, fortísimo libro, que llamó *Rasgos ingleses*. Agrupó en haces los hechos de la vida, y los estudió en mágicos *Ensayos*, y les dio leyes. Como en un eje, giran en esta verdad todas sus leyes para la vida: "toda la naturaleza tiembla ante la conciencia de un niño". El culto, el destino, el poder, la riqueza, las ilusiones, la grandeza, fueron por él, como por mano de químico, descompuestos y analizados. Deja en pie lo bello. Echa a tierra lo falso. No respeta prácticas. Lo vil, aunque esté consagrado, es vil. El hombre debe empezar a ser angélico. Ley es la ternura; ley, la resignación; ley, la prudencia. Esos ensayos son códigos. Abruman de exceso de savia. Tienen la grandiosa monotonía de una cordillera de montañas. Los realza una fantasía infatigable y un buen sentido singular. Para él no hay contradicción entre lo grande y lo pequeño, ni entre lo ideal y lo práctico, y las leyes que darán el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra. Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en que

los hombres no saben descubrir sus analogías. No desdeña la ciencia por falsa, sino por lenta. Ábrense sus libros, y rebosan verdades científicas. Tyndall dice que debe a él toda su ciencia. Toda la doctrina transformista está comprendida en un haz de frases de Emerson. Pero no cree que el entendimiento baste a penetrar el misterio de la vida, y dar paz al hombre y ponerle en posesión de sus medios de crecimiento. Cree que la intuición termina lo que el entendimiento empieza. Cree que el espíritu eterno adivina lo que la ciencia humana rastrea. Ésta, husmea como un can; aquél, salva el abismo, en que el naturalista anda entretenido, como enérgico cóndor. Emerson observaba siempre, acotaba cuanto veía, agrupaba en sus libros de notas los hechos semejantes, y hablaba, cuando tenía que revelar. Tiene de Calderón, de Platón y de Píndaro. Tiene de Franklin. No fue cual bambú hojoso, cuyo ramaje corpulento, mal sustentado por el tallo hueco, viene a tierra; sino como baobab, o sabino, o samán grande, cuya copa robusta se yergue en tronco fuerte. Como desdeñoso de andar por la tierra, y malquerido por los hombres juiciosos, andaba por la tierra el idealismo. Emerson lo ha hecho humano: no aguarda a la ciencia, porque el ave no necesita de zancos para subir a las alturas, ni el águila de rieles. La deja atrás, como caudillo impaciente, que monta caballo volante, a soldado despacioso, cargado de pesada herrajería. El idealismo no es, en él, deseo vago de muerte, sino convicción de vida posterior que ha de merecerse con la práctica serena de la virtud en esta vida. Y la vida es tan hermosa y tan ideal como la muerte. ¿Se quiere verle concebir? Así concibe: quiere decir que el hombre no consagra todas sus potencias, sino la de entender, que no es la más rica de ellas, al estudio de la naturaleza, por lo cual no penetra bien en ella, y dice: "es que el eje de la visión del hombre no coincide con el eje de la naturaleza". Y quiere explicar cómo todas las verdades morales y físicas se contienen unas y otras, y están en cada una todas las demás, y dice: "son como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro". ¿Se quiere oír

cómo habla? Así habla: "Para un hombre que sufre, el calor de su propia chimenea tiene tristeza." "No estamos hechos como buques, para ser sacudidos, sino como edificios, para estar en firme." "Cortad estas palabras, y sangrarán." "Ser grande es no ser entendido." "Leónidas consumió un día en morir." "Estériles, como un solo sexo, son los hechos de la historia natural, tomados por sí mismos." "Ese hombre anda pisoteando en el fango de la dialéctica."

Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregulares. Bate y olea, como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, cestillo de flores. Es poesía de patriarcas, de hombres primitivos, de cíclopes. Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra. Y otros poemas son como arroyuelos de piedras preciosas, o jirones de nube, o trozo de rayo. ¿No se sabe aún qué son sus versos? Son unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encina, desde una cueva de piedra blanca, y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo. ¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas, y mi espada de plata!

*La Opinión Nacional*. Caracas, 19 de mayo de 1882.

# BÚFALO BILL (WILLIAM F. CODY)

BÚFALO BILL se ve ahora escrito en colosales letras de colores, en todas las esquinas, cercados de madera, postes de anuncios y muros muertos de Nueva York. Por las calles andan los *sandwiches* –que así les llaman, de los *sandwiches* o emparedados, –embutidos entre dos grandes cartelones, los cuales, como dos paredes, les cuelgan por el pecho y por la espalda; y con los movimientos del hombre que los pasea impasible por las calles, ante la muchedumbre que ríe y lee, relucen al sol las letras que dicen en colores salientes y esmaltados: "El gran Búfalo Bill".

"Búfalo Bill" es el apodo de un héroe del Oeste. Ha vivido en las selvas muchos años, entre la gente ruda de las minas y los búfalos, menos temibles que aquélla. Sabe correr y abatir búfalos y cómo se les cerca, aturde, burla, enreda y enlaza. Sabe deslumbrar a los rufianes y hacerse reconocer su principal; porque cuando uno de ellos salta sobre Búfalo Bill con el puñal al aire, ya cae con el de Búfalo Bill clavado en el pecho hasta la tetilla; o, si le echan encima una bala, la de Búfalo Bill, que es tirador destrísimo, la topa en el camino, y la devuelve sobre el pecho del contrario; es tal tirador, que dispara sobre una bala en el aire, y la para y desvanece. De los indios, y de sus hábitos y astucias, y de su modo de guerrear, lo sabe todo; y, como ellos, ve en la sombra, y con poner el oído en tierra, sabe cuántos enemigos vienen, y a qué distancia están, y si son gente peatona o de a caballo. Y en la pelea lo mismo se las ha a pistoletazos en una taberna con los vaqueros turbulentos, que no duermen tranquilos si no han enterrado, con sus botas de cuero y sus espuelas, a algún vaquero comarcano o incauto viajador, que con los indios vocingleros y ágiles que caen en tropel arrebatado, tendidos sobre el cuello de sus cabalgaduras y floreando el rifle matador, sobre el hombre blanco, que de la arremetida se guarece detrás del vientre de su caballo o el tronco de un árbol vecino. Todos esos terrores y victorias lleva Búfalo Bill en

los claros, melancólicos, relampagueantes ojos. Las mujeres lo aman, y pasa entre ellas como apetecible tipo de hermosura. Siempre que se le ve por las calles, solo no se le ve, sino acompañado de una mujer hermosa. Los niños lo miran como a hombre hecho de sol, que está alto y brilla, y los seduce con su destreza y apostura. Le cuelgan los cabellos castaños, que de acá y allá se le platean, por las espaldas vigorosas. Usa sombrero de fieltro blando, de ala ancha; calza botas.

Ahora está sacando ventaja de su renombre y pasea los Estados Unidos a la cabeza de un numeroso séquito de vaqueros, indios tiradores, caballos, gamos, ciervos, búfalos, con todos los cuales representa, ya al fuego del sol, por las tardes, dentro de un cercado vasto como una llanura; ya a la luz eléctrica, durante las primeras horas de la noche, todas las riesgosas y románticas escenas que han dado especial fama al Oeste. Pone ante los ojos de los ávidos neoyorquinos, en cuadros animados y reales, las maravillas y peligros de aquella vida inquieta y selvática. Ya son los vaqueros, con sus calzones de cuero flecado en las franjas, su chaquetilla corta, su pañuelo al cuello y su recio sombrero mexicano, que se acercan, más como caídos que como sentados, sobre sus vivaces caballejos, pronta a lanzar por el aire la cuerda en el arzón de su silla de esqueleto recogida, y a salirse de su bolsa burda la pistola con que dirimen sus más leves contiendas. Miran la muerte esos bravos bribones, sin casa y sin hijos, como una copa de cerveza; y la dan o la toman: entierran al que matan, o, heridos en el pecho, se rebujan en su manta para morir.

Ya se alejan los vaqueros después de lucir sus artes y enseñarse; y los indios vienen a distancia corta de un viajero blanco, que va como si no supiera que lo siguen. Adelantan los indios en hilera, todos de frente, cabalgando a paso lento, refrenando sus *ponies* impacientes, que apenas le den rienda los salvajes, se desatarán contra el enemigo blanco, como si a ellos les estuviera encomendada la venganza de la raza que los monta; ¡parece que el dolor de los hombres penetra en la Tierra, y como que, cuanto de ella o sobre ella nace, trae consigo a la vida el dolor de que

todo en torno suyo está empapado! Así es de esbelto, delgado y nervioso, el caballo *pony*, como el indio; y de astuto y rencoroso. Flecha viva parece; como si un arma no fuera invención casual de la gente que la usa, sino expresión, concreción y símbolo de sus caracteres físicos y espirituales, y de los trances de su historia. Cantando vienen los delgados indios un cantar arrastrado, monótono e hiriente, que se entra por el alma y que la aflige. De cosa que se va parece el llanto, y que se hunde adolorida por las entrañas de la Tierra. Cuando se extingue queda vibrando en el oído, como una rama en que acaba de morir una paloma.

De repente se llena de humo el aire; vocerío diabólico sucede a la canturria lastimera; a escape van los *ponies*, y al nivel de sus cabezas las de los indios; si un cuchillo pudiera pasarse por debajo de sus cascos voladores, no chocaría con casco alguno; caen todos dando voces, disparando a una, envueltos en humo polvoroso, enrojecido a veces por un fogonazo, sobre el viajero blanco, que, pie a tierra, vacía sobre los indios, como vomita un cañón metralla, todos sus cartuchos; con los dientes sujeta la pistola y con las dos manos la carga. Por entre las orejas de los caballos y debajo de sus vientres disparan los salvajes; espíritus parecen, por los que las balas sin dañarles atraviesan; ya el hombre blanco, que es Búfalo Bill, no tiene más cartuchos en su cinto; supónese, al verlo vacilar, que está lleno de heridas; los indios lo van cercando, como los buitres a un águila aún viva; él se abraza al cuello de su caballo, que le ha servido, con su cuerpo, de mampuesto y muere.

Los de combate se truecan en alaridos estridentes de victoria; no parece que los indios han dado muerte a un hombre blanco, sino a todos ellos; de comedia lo están haciendo en el circo, para que lo vea la gente del Este; pero tan arraigado lo tienen en el alma, que la comedia parece de veras. Ya se lo llevan; ya lo han puesto atravesado sobre una silla que desocupó un indio muerto en la refriega; y ya se van, alegres y vocingleros, cuando asoma con sus mulillas de colleras encascabeladas, y sus voces y restallidos

de látigo, una diligencia cargada de hombres blancos. ¡A la pelea! ¡a la pelea! El viejo carruaje se trueca en trinchera; el pescante en almena de castillo; cada ventana lo es de fuego; los salvajes defienden en vano su cadáver; otra vez todo es humo, chispazo, bala y pólvora; los *ponies* al fin huyen y en brazos de sus bravos vengadores es llevado el cadáver del viajero a la diligencia. Ebrio el público aplaude, que esto se ha ganado de Roma acá; antes se aplaudía al gladiador que mataba, y ahora al que salva. El látigo restalla; las músicas suenan; los himnos retumban y desaparece la diligencia desvencijada en una nube turbia de polvo.

Y así van representando los hombres de Búfalo Bill las escenas que, a lo vivo, conmueven aún las regiones selvosas del Oeste. Desalado viene un jinete. Una bala cruza el aire; pero no más aprisa; desata la valija que trae atada a la grupa; saca de los estribos ambos pies, fuertemente espoleados, y al pasar junto a otro caballo, ya en silla, que un hombre tiene de la rienda, salta a él el jinete fantástico, con sus sacos de cuero, y en el caballo fresco sigue la carrera, mientras arropan y reaniman al rocín cansado; es el correo de antaño; así, cuando no había ferrocarriles, lo era el hombre.

Ora es una manada de búfalos, que vienen con los testuces montuosos rasando la tierra; los vaqueros, a escape, con sus caballos, los rodean, con sus gritos los aturden, con sus diestras lazadas los sujetan de los cuernos, los atan por la pierna que el público elige o los echan al suelo y cabalgan sobre ellos, que rugen y se sacuden en vano su jinete. Y suele haber vaquero hábil que, después de haberle asegurado un lazo al cuerno, acelera aún, de súbito, a su cabalgadura, para que haga onda la cuerda del lazo, y con un rápido movimiento hace con ella una lazada, que le pasa alrededor del hocico, y de un halón robusto aprieta a él como una jáquima.

Y la fiesta se acaba entre millares de balazos con que hábiles tiradores rompen en el aire palomas de barro, y coros de hurras, que se van extinguiendo lentamente, a medida que la gran concurrencia entra, de vuelta a sus hoga-

res, en los ferrocarriles, y las luces eléctricas, derramando su claridad por el circo vacío, remedan una de esas escenas magníficas que deben acontecer en las entrañas de la Naturaleza.

*La América*. Nueva York, junio de 1884.

# EL DÍA DE LOS TRABAJADORES

*Fiesta en septiembre*

HAN DECIDIDO los artesanos de los Estados Unidos que el primer lunes de cada septiembre sea un inmenso día festivo para todos los trabajadores de la Nación: ¡martillos abajo! ¡almas arriba! ¡los niños, a caballo sobre sus padres! Los que edifican el mundo, quieren enseñarse una vez al año a él: así, ante el espectáculo solemne, se decidirán a obrar en justicia los abusadores, y entrarán en miedo los déspotas: mal le irá, al que quiera sentarse sobre todos esos hombres.

*Ya viene la procesión*

¡Qué ejército, qué ejército el que el 2 de septiembre de este año paseó sus formidables escuadras por las calles más concurridas de Nueva York! ¡Qué hermosura, qué aseo, qué grandeza! ¡Veinte mil eran, hombres y mujeres! Antaño con poner un rey la mano sobre el hombro de un calientachismes de palacio, o un cercenador de hombres, o un guardador de la puerta por donde entraba a robar placeres la Majestad, ya lo hacía caballero: hogaño ver a estas gentes humildes, a estos pobres alegres, a estos viejos honrados, a estas mujeres enfermizas, a estos creadores de sí propios, es como recibir un título más decoroso y limpio de nobleza: "Hombre te hago", dijo el Creador: y le puso en los labios la palabra, y entre el cabello y los ojos un cintillo de luz: desde entonces, ni ser duque, ni marqués, ni conde, ni vizconde, ni barón, es ser más que hombre: ¿cómo el que hereda una fortuna ha de ser más noble que el que la fomenta? ¿cómo el que vive a espaldas de los suyos, o al amparo de castas favorecidas, ha de merecer más respeto que el que forcejea por abrirse paso en la tierra difícil, con la pesadumbre del desdén humano encima, abandonado a sus esfuerzos propios? Gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho, y se mira debajo, de segu-

ro que se ve el gusano. —Cuando el pobre exagera sus derechos, rebánensele sus pretensiones en buen hora, –que nadie tenga un derecho que lastime el de otro; pero repudiar como a criaturas que manchan y avergüenzan a aquellos cuyas virtudes pacientes y admirables ni por un solo día serían capaces de imitar los que las repudian,– es una vileza digna de un castigo público.

Este año, no hubo aún aquel día general de asueto y regocijo que los trabajadores quieren que sea cada lunes primero de septiembre. La idea es nueva, y, aunque creció pronto, ni los dueños de fábricas han asentido todavía a la demanda de los obreros, ni todos éstos pudieron, por ir a la fiesta, privarse del salario del día que habrían perdido: de modo que se organizó una procesión ostentosa a que las corporaciones más entusiastas o ricas acudieron en masa, y otras enviaron, como a la fiesta campestre con que dio fin, centenares de representantes.

Pero en las calles y plazas por donde había de pasar la procesión, todo era desde por la mañanita, en los copos de los árboles, en los botones de bronce del uniforme de gala de los policías, en los vestidos alegres de las familias que iban a ver marchar a sus padres, en los pabellones que engalanaban muchos de los establecimientos de la carrera, y en todas aquellas almas tan a menudo acongojadas, todo era sol.

Sol hubiera habido, aunque el del cielo se hubiera entoldado: dondequiera que el hombre se afirma, el sol brilla. —Rayos de sol traveseaban por entre la festosa muchedumbre que llenaba las calles la mañanita de la procesión de trabajadores. De entre los crespos rubios de los niños de los pobres, salían los rayos del sol, cuchicheando, y revoloteando. Resplandecían, como premios, sobre los martillos de los artesanos. Subían, como duendes, por los postes de la luz eléctrica. Daban sobre las ventanas, como invitando a las gentes dormidas a que se levantasen y las abriesen, para ver pasar a los héroes humildes, que cual los hindús [*sic*] a las plantas del elefante blanco, se acuestan en la tierra para que la humanidad pase: como andas son los trabajadores, en que viaja el mundo. Y se quebraban los ra-

yos de sol sobre los alambres del telégrafo, y se detenían a ver pasar la procesión, como pilluelos, cabalgando en ellos. —Mera casualidad es que haya día bueno o malo, y poesía barata y desdeñable la que hiciese hincapié en ello; pero da gozo ver que la Naturaleza une sus galas a las del espíritu, y se pone de fiesta cuando lo está él; lo cual agradece el alma, que se place en el bello conjunto, como si la Naturaleza hubiera contribuido a él intencionalmente.

Ya viene, ya viene la procesión. —La gente está apretada en las aceras. Limpísimo está Broadway, como las calles de Roma cuando iban a entrar los triunfadores. Los "politicianos", que no son los politicastros o malos políticos, sino los políticos de ruin ralea que trabajan en los bastidores de la gobernación pública por logrería y oficio, culebrean por entre la turba, como serpientes de ancho vientre y rostro rojo, con diamantes, grandes como crímenes, en la pechera de la camisa: como plata bruñida brilla la camisa de estos rufianes de las ideas; nótase siempre que los que no poseen una cualidad, son los que ponen más empeño en aparentarla: cuidan mucho de su limpieza exterior estos "politicianos". Y van gordos, macizos, sonrientes, relucientes, como quien vive de holganza provechosa: se parecen grandísimamente a los canónigos de antaño; sólo que éstos rezan sus Horas en la ley del sufragio universal. La religión de la libertad, como todas las religiones, tiene sus augures; y la lámpara del espíritu, como todas las lámparas, tiene sus vampiros. El mundo animal está en concreción, en toda asociación o persona humana: cada hombre lleva en sí todo el mundo animal, en que a veces el león gruñe, y la paloma arrulla, y el cerdo hocea; –y toda virtud está en hacer que del cerdo y del león triunfe la paloma. Y estos "politicianos", de cervecerías y esquinas, estos falseadores de la opinión pública, estos corredores de votos, son como los cerdos de las instituciones políticas: sólo el ojo vulgar puede confundirlos con el león, que fulmina y arremete, o con la paloma que del suyo propio, y de todo dolor ajeno, suplicando, muere. —¿Y la procesión? ¡Ya viene, ya viene!

Cuesta trabajo reprimir las ideas cuando el sol esplende, los trabajadores marchan, y el mundo se hincha. Parece que se ve en el aire una bandera nueva, y se la sigue. Cuando se ve surgir el pabellón que guía a la redención humana, el hombre, como un manto que le estorba, deja caer a sus pies la vida diaria y común, que le ha sido impuesta como un uniforme de conscripto que lo enmascara y oculta, –y luce con sus arreos de batallar, claro y brillante como un astro.

Los "politicianos", gente de bajos, que no alcanzan a ver lo que sucede en las alturas, continúan su camino por entre la muchedumbre, aguzando las pasiones de la gente inculta, dejando caer en sus oídos, como áspides, suposiciones que en aquellos pechos lastimados y sencillos, se convierten luego de serpientes en llamas, que cansadas de comer en lo interior el pecho que las aposenta, les encienden la lengua y los brazos y se salen de ellos por todos los poros, y se juntan con todos los que sufren y llamean; y queman y devastan, en una hora de mortal incendio, que limpia, pero que aterra al mundo. Los "politicianos" malogran y envenenan todas las grandes batallas del espíritu. Criminales públicos son estos calumniadores de oficio. Y como ahora hay cuatro candidatos a la Presidencia de los Estados Unidos, y los cuatro apetecen el voto de los obreros, los "politicianos" están muy ocupados: unos, que prefieren a Blaine porque no les lleva a mal su modo de trabajar en política y sacar provecho de ella, acusando a Cleveland, el candidato de los demócratas, que no tiene alas en la mente, mas sí pies macizos, hechos a hollar abusos; otros que sin querer bien a Blaine sirven a los que tienen miedo de ciertas aficiones librecambistas de Cleveland, encendiendo, con encomios a Butler, que usa ahora de estas armas, los odios de la gente de trabajo contra la de dinero, y los de los irlandeses naturalizados contra Inglaterra: –y la verdad es que los odios de los irlandeses, como que éstos representan innumerables votos en la hora de las elecciones, votos que los candidatos ignominiosamente cortejan, influyen de manera lastimosa en la política norteamericana, y en asuntos gravísimos la dirigen: ¡sí, en la

misma ciudad pasa, por la cual, como una secreción contagiosa, se va extendiendo, no el marcial espíritu de los irlandeses preclaros que batallan por las libertades de su tierra, sino cierta alma harapienta y canina, que trae consigo, arrebujada en sus andrajos la muchedumbre páupera de Irlanda!

Da miedo ver cómo crece esta alma interesada, odiadora y dura. ¿Que se derriben templos? Aquellos donde se predique el odio, o la intolerancia, vénganse abajo en buen hora; pero ¿templos? ahora se necesitan más que nunca templos de amor y humanidad que desaten todo lo que hay en el hombre de generoso y sujeten todo lo que hay en él, de crudo y vil. Se está en peligro de una revuelta enorme. Y en estas ciudades grandes, hechas de residuos de pueblos enconados y coléricos, donde el dolor, cuando no se exhala en grito de venganza se petrifica en egoísmo; en estas ciudades populosas, hechas de retazos ardientes, los templos han de erigirse a toda prisa. A barcadas viene el odio de Europa: a barcadas hay que echar sobre él el amor balsámico.

Ahora sí que viene la procesión, ahora sí que viene: no en las aceras sólo, sino en las ventanas de estas altísimas casas rebosa la gente; castellanas no son ni señorías, asomadas a los balcones de piedra del castillo, en sus vestidos de talle largo con mangas colgantes, a ver pasar, trémulo el corazón y enamorados los ojos, los fuertes caballeros que van, con su gente de armas a la zaga, camino de la guerra: son mozos y mozas, con blusas y delantales de trabajo, que se han levantado un momento de sus máquinas de hilar, de coser, de recortar, de plegar, de engomar, de agujerear, de colorear, de escribir, de encuadernar, de parar letras, para ir a saludar con sus pañuelos a los que por la ciudad pasean en procesión, como santidades nuevas, sus méritos y sus dolores.

A sí mismos se ven en los que pasan, y se les llena de amor de hermano el pecho, y los ojos de lágrimas de lástima por sí propios, por su rincón doméstico, sin sosiego y sin abundancia, por sus largas desocupaciones sin sala-

rio y sin consuelo, por sus niños y sus viejos, siempre coléricos y necesitados; pero la atmósfera está tan encendida y lúcida, los procesionarios llevan tan buena apariencia, tan altos hurras da al verlos la gente, que las lágrimas se les secan en los ojos a los obreros asomados a las ventanas, y se vuelven a sus máquinas consolados como la tierra después de una ligera lluvia.

Repliégase la muchedumbre sobre las aceras. Aparecen, abriendo el campo, los policías fornidos a caballo; casco blanco lucen, mas no es ya de acero, sino de felpa, lo que indica que otros tiempos nacen aunque los viejos no han desaparecido todavía. Ya los aplausos vuelan por los aires; ya se escuchan los pífanos alegres y los atambores; pero el que viene a caballo, y muy bien montado, a la cabeza del séquito no es, como antes, el trompetero de ricas vestiduras, con su trompeta de banderín bordado, caballero en animal de pro, de suntuosos paramentos; ni el tamborilero de chupa roja y calzón corto, encaramado en el arzón de la montura, colgándole las piernas por entre ambos tamboriles, montados entre enaguas de carmesí y de oro al uno y otro lado de la cruz de la cabalgadura: gran mariscal de los trabajadores es el que abre la marcha; y tras él, como precediendo a los diversos gremios que vienen en el séquito, rompe en encendidas músicas una banda de la milicia voluntaria: –la música de las bandas es como un hada invisible: en las ciudades invita a la alegría, al perdón y al movimiento: en campaña, pone las armas en manos de los combatientes. —Estruendo se oye; pero no de arcabuces: mástiles se ven, pero no de lanzas; son las lanzas de la guerra nueva, las chimeneas delgadas de las pequeñas máquinas de vapor que por las mañanas, no bien rompe el día, comienzan a subir por las alturas, a no parar hasta los bordes de las nubes, los materiales con que fabrica New York sus casas gigantescas. Por el cielo se están entrando los hombres: Babel es la tierra toda: sólo que ya no se confunden las lenguas.

Cuernos, caracoles y campanas han llamado hasta ahora a los hombres al trabajo: ahora los llama el pito de vapor, que no se pierde como aquéllos en el eco, ni tarda

en atravesarlo, sino que lo hiende y domina, y no admite demora ni réplica. Todo lo que es, es símbolo: la conciencia humana crece: el trabajar no es hacer mérito, sino obedecer: la arrogancia de la voz que llama al hombre al trabajo, indica que se está seguro de que éste ha de obedecerla. Suena el pito de vapor imponente, despótico: y el hombre se pone en pie, contento, como si hubiese sentido sobre el hombro una mano de luz.

Por toda la procesión van estas lindas máquinas alegrando: almas parecen, que están hoy de fiesta, –almas embanderadas: de un lado van a otro, como llevando recados de simpatía; seguidas por los vítores de la multitud, pitando briosamente cuando pasan por delante de algunas de las tiendas engalanadas en honor de los trabajadores, silbando a todo silbo cuando cruzan por la puerta de un establecimiento que se anuncia en el *Tribune*, acusado de pagar mal y tratar con soberbia a sus obreros. No parece que sean esas máquinas de levantar piedras, quicios de ventana y capiteles; ¡sino de levantar almas!

Aquí vienen, –y ahora sí que no haremos más que ver pasar la procesión, después de pedir perdón a nuestros lectores por los escarceos de la mente revoltosa, –aquí vienen, a la cabeza, los tipógrafos. En grupos marchan, y cada periódico e imprenta importante ha mandado el suyo con sus bandas al pecho, de seda bordada, y su bandera al frente: la del *Sun* gana aplausos, que es muy bella: en fondo blanco, un sol de oro surge frente al mar sosegado, de entre dos montañas. Banderas tienen más; ¿dónde están las armas? No se ven, ¡pero las llevan! Y ¡qué compañías estas de los soldados que no paran fusiles, sino letras!

¿Adónde están las águilas que no hacen toldo para que pase esta procesión debajo de ellas? La Compañía del *Herald* lleva 150 hombres: la del *Sun* 115; 150 la del *Times;* la del *World*, 120; la del *Journal*, el diario nuevo de a un centavo, hecho de espumilla y muy vendido, lleva 90 hombres. Dos mil tipógrafos marchan entre todos: "Sitiad al *Tribune*", dicen los estandartes. "Sitiad al *Tribune*", dicen simpatizando con los setenta trabajadores despedidos del

diario por mantener su buen derecho, todos los demás estandartes de la procesión.

"Ya los setenta impresores bellacos, somos 700.000 trabajadores que votan"; pero ni una voz maldice, ni uno de esos instigadores alemanes de malas costumbres, vestidos grasientos, y melena y barba larga desfila, con sus motes de venganza y guerra, por entre aquella columna cerrada. ¿Qué sucede, que el viva no cesa, y todos los labios lo entonan a un tiempo de ventanas y calles, y la gente se sale de las aceras para ver mejor? Es que en un carro viene la prensa con que comenzó sus negocios de impresor Benjamín Franklin, y un buen viejito que se le parece mucho va imprimiendo en ella al paso de la procesión las páginas cuyas letras está parando al lado otro viejito de ochenta años, parecido a Horacio Greely. ¡Oh! ¡cómo aplaude la gente! ¡Cómo adivinan los pueblos, y premian al fin a los que los aman! En vida suelen matarlos, como a Greely: pero ¿acaso tales vidas se acaban mientras la eficacia de sus obras dura? Va llorando sobre sus letras de plomo el viejito parecido a Horacio Greely.

¿Quiénes vienen ahora, tan galanes y de holgada apariencia, con sombrero alto muchos, todos con ropas buenas? Gente oficinesca no son, que come a anchas mandíbulas lo que paga al erario la gente trabajadora: gentes parásitas no son, que vive de expedientes, y de parecer lo que no es ni tiene: son los enladrilladores de New York, que ostentan al pecho el delantal blanco de su oficio, y en él pintado un brazo vigoroso, que empuña una cuchara de albañil. Ganaron hace poco una batalla justa contra sus empleadores, y ahora a dobles manos los aplaude la gente por ella: antes, y todavía hoy se aplaudía, a los que venían de matar: éstos no vienen de abatir moros, ni egipcios, ni anamitas; sino de conquistar un derecho. Marchan, compactos y serenos. A su paso, parece que se levanta por el aire, trabajado por todas aquellas cucharas que caminan, un colosal palacio. Carro no traen los enladrilladores, sino carruaje, en que viene un anciano de barba muy larga, rodeado de todos sus nietos, y de éstos la más pequeñita lleva un estandarte en que dice: "¡Nada más que nueve

horas de trabajo para el abuelo y para Nellie!" Porque aquí los niños trabajan: y ¡oh infamia sin nombre! catorce horas a veces. Así, si no se corrigiese esto, sería de temer el día que se escapasen de sus jaulas las fieras. —Ya va lleno de flores, que le echan las trabajadoras, el coche de Nellie.

Los que marchan detrás son los armadores de casas, los pintores, los barnizadores, los cajeteros, que en un carro van haciendo cajones a mano, y enseñando a la multitud otros hechos a máquina, para que vean que los de mano son mejores. —¿Qué ruido de aplausos es éste? Aplauden una alegoría que va pintada en lienzo en el carro de los armadores. Hemos de verla con cuidado, que está llamando la atención de todos. Un trabajador lleva a cuestas, como carga que lo abruma, al Monopolio, representado en la caricatura de Jay Gould, gran estratégico de Corporaciones y Bolsas, que en sus manos tiene las bridas de empresas innumerables, y de un lado y otro las guía con goce frío y maligno que, –más que de la posesión de la fortuna que le rinden, le viene de ganar, en previsión y astucia a cuantos le disputan su poder: abre vorágines, levanta montañas, desata océanos; conjura y desencadena vendavales, juega como con una perinola con la Bolsa. Con una voz, hace surgir un ferrocarril: lo hunde con otra: si quiere puede detener en un momento, hasta que le paguen lo que le place, todos los telégrafos de los Estados Unidos. Por su poder extraordinario, por la pasmosa habilidad con que lo mantiene, por los medios tortuosos de que se vale sin escrúpulo, y por la frialdad de su corazón, atento sólo al triunfo o a la defensa propia, Jay Gould es reciamente odiado: pequeñín es, como una peonía: una pera madura le importa más que los dolores todos, y los impulsos y centelleos todos de los hombres. Dudan un día de la solidez de sus riquezas y enseña a los noticieros de periódico, cincuenta millones de pesos en acciones. —Su casa es modesta: su color cetrino; cuando el amor excesivo a la riqueza se apodera del espíritu, produce estos reflejos metálicos. Jay Gould ha de velar de noche, entre sus riquezas insolentes y estériles, como un duende hambriento en una cueva: ¡oh almas infelices, aquellas exclusivamente con-

sagradas al logro, amontonamiento y cuidados del dinero! Han de debatirse en soledad terrible, como si estuvieran encerradas en una sepultura. —Jay Gould es gran monopolizador, y sobre la espalda del trabajador de la alegoría va representado el Monopolio: –él lo representa bien, que ha centralizado en enormes compañías, empresas múltiples, las cuales impiden con su inaudita riqueza y el poder social que con ella se asegura, el nacimiento de cualquiera otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultado de combinaciones y falseamientos inicuos, el costo natural de los títulos y operaciones necesarias al comercio. Donde un sembrador, allá en el Oeste, siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio puede seguir viviendo sin ganancia muchos años. El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos. El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo.

Por la libertad fue la revolución del siglo XVIII; por la prosperidad será la de éste. Jay Gould, va en la caricatura, sobre la espalda del trabajador, y éste, encorvado bajo su peso y ya a punto de querer echar abajo a su jinete, –mira a su alrededor como buscando consejo. Por sobre su cabeza dice un letrero: "No hay más que dos remedios". Y allí

están los remedios a su lado: una mujer de terrible hermosura vestida de rojo, procura atraer la atención del trabajador, que le vuelve la espalda: es la revolución, recurso que sólo ha de tentarse cuando todos los demás han fracasado: del lado opuesto, otra mujer, de belleza serena, enseña la urna del voto al trabajador, que con el Monopolio encima se va hacia ella. ¡Oh! la paciencia es fácil a los poderosos; ¡pero cuánto más meritoria no es en los infortunados! Estos son los héroes de ahora: los que doman sus pasiones.

Y ¿esa otra caricatura que los armadores también traen, y es saludada con voces aprobatorias y grandes risas? Otro lienzo es, y va en otro carro. Desde el seguro de una roca empina un capitalista su magnífica cometa, que lleva escritas las palabras "carne", "harina", y otras como ellas, y con su gran cola se remonta a gran vuelo por el aire, sin que pueda alcanzarla como pobre trotón que compite con un caballo de carreras, la cometilla desdichada que desde tierra llana empina un trabajador y lleva escrito con letras flacas y hambrientas, la palabra "salarios", –y por más que el trabajador tira, los salarios no llegan al precio de la harina y de la carne.

Gran barba y paso pesado traen los alemanes, que marchan tras de los cajeteros. Miles y miles pasan de ellos, y parece que no van a acabar nunca de pasar.

Van apretados, como para defenderse mejor; silenciosos, como para pensar mejor; recogidos, como si fuesen en procesión sacerdotal. Y sacerdotes son, pues que son hombres. ¡Estrellas hay en el cielo, y hombres en la tierra! Ya en este punto de la procesión, la gente se arremolina y aprieta: ¿quiénes llegan ahora, que todo el mundo sacude por el aire sus sombreros, y ondean sus pañuelos las mujeres, y los niños baten palmas? ¿quiénes llegan, que un anciano rico, más por sus cabellos blancos que por su fortuna, arranca de su balcón dos banderas norteamericanas, y saluda con una en cada mano a los que pasan? Trescientos negros llegan, hermosos como una bendición. Ungido traen el rostro, más por el agradecimiento al Norte que peleó por ellos, que por la libertad de que en él gozan. Conmueve verlos, y van conmovidos. La raza negra es de

alma noble. Estos trescientos forman la Asociación "Wendell Phillips", y van detrás de un banderín que dice: "No haya castas". El júbilo de las almas se les desborda por el rostro: quien no ha visto luz de alma, aquí la vea. Parece que cada uno de ellos se lleva a los labios respetuosamente la capa de Lincoln, y la besa. Si se toca a sus ojos, de seguro responden las lágrimas. Si los hurras fuesen palomas, tantos dan a su paso a los trescientos negros, que no se vería el cielo.

Cuatro mil eran los tipógrafos: los enladrilladores mil: dos mil los armadores: los alemanes, sin cuento: estos que tenemos ahora delante son ocho mil cigarreros, pálidos y delgados, comidos del aire impuro de sus cuartejos y talleres: estos oficios demasiado fáciles mantienen siempre a los hombres en enfermedad y pobreza. Muchos de ellos son mujeres: ¡cómo se regocijan de verse al sol, ellas que no lo ven nunca! ¡Van todas muy limpias y muy pizpiretas, con su quitasol nuevo de color, amparándose las espaldas enjutas! Como hormigas parecen, por ser tantas, y por lo menguado de sus cuerpos. Muchos de ellos son niños, niños que trabajan del alba a la puesta, y han empezado a dar fruto, contra la ley de la Naturaleza, antes de abrirse en flor. ¡No es, no por cierto, tan grato a los ojos un hombre que lía cigarrillos como el que labra la tierra, o golpea el hierro! Llevan carro los cigarreros, y van haciendo y echando a la multitud puñados de cigarros. Se arrastran por tierra los chicuelos, para recogerlos: ¡nada debiera hacerse, ni en procesión ni en chanza, que haga que un niño se arrastre por tierra!

Ahora siguen los empaquetadores, que son 100; 100 cuchilleros; 100 talladores de madera. Los unos van sin cuellos y sin puños, con botas que parecen monumentos, y levitas de tela muy recia: otros van muy pulidos y alisados, con sus cuellos y puños lavados por los chinos, que son aquí favorecidos lavanderos: el de vestido más lustroso anda de brazo con el de pelaje más ruin. Muy elegantes van los sastres, y detrás de ellos un carro embanderado, en que unos cortadores van cortando piezas, y otros hilva-

nándolas y rematándolas. ¿Qué tienen las artes, que educan y afinan? Mientras más tenga de arte un oficio, más hace caballero al artesano. A los cajistas véase, que de andar con ideas, se miran como consagrados, y se respetan, y resienten más vivamente que otros artesanos toda injuria, como si se hiciera a la idea humana misma, que ellos enforman y manejan. Perfecciónanseles los gustos, adelgázaseles la fisonomía: andan con cierta nobleza: y es que los pensamientos, como óleo sagrado, ungen, y cuanto tocan purifican. Así el sastre, de andar con ropas, que son los ornamentos y realces de la hermosura cobra horror por todo lo feo y desarreglado, y se eleva insensiblemente, por ser la nobleza contagiosa, y ser noble todo lo que es bello.

¡Cuán larga, cuán larga va la procesión! Todos la comentan, animan y celebran. ¿De modo que los trabajadores no son ya un rebaño turbulento y sudoroso, sino un ejército de caballeros? Y por el aire ¡cuánto banderín!: de balas no van cruzados, sino de palabras de esperanza. Uno dice: "La injuria a uno, es una injuria a todos". Dice otro: "Por todos los medios honrados obtendremos nuestros derechos". Otro dice: "El trabajo es santo". Se lee en otro: "Sé justo y no temas". En uno y otro banderín andan exageraciones; pero cuando las castas privilegiadas y sus órganos, que aquí hay aquéllas y éstos como en todas partes, les niegan lo que en humanidad les pertenece, y por ley será suyo algún día, ¿cómo no ha de ser que se exasperen los trabajadores, y soliciten de vez en cuando más de lo que es justo? Y esa procesión que va pasando, y cuyos veinte mil hombres, y los centenares de miles a quienes representan, se han resistido a enarbolar bandera política alguna, ni a servir intereses de candidatos, ni a pasar como traílla violenta y amenazadora; esa gente que con tanta calma delibera, que con tanta prudencia determina, que a tantas seducciones y azuzamientos desatiende, que con tanta bravura condena los recursos de fuerza, que tan ordenadamente pasea por las calles henchidas, como una serpiente hecha de leones, ¿qué son, sino prueba viva de que, a pesar de todos los gusanos que le nacen en sus llagas, la Li-

bertad tiene poder vivificante, que lo refresca, sana e ilumina todo? Entregar el hombre a sí será ordenar la tierra. Sus convulsiones vienen de que el hombre no ha sido aún completamente puesto en posesión de sí mismo, sino de manera más nominal que efectiva. Nótese que donde la libertad ilustrada es mayor, ni siquiera las viejas cóleras tradicionales pueden hincar el diente y alzar tempestad, sino que se funden y deshacen, como un cometa en su choque con el sol. El corcel de la Libertad nació con bridas. ¡Qué bien, qué bien marcha la última columna! Nadie les ha enseñado a marchar; pero el trabajo disciplina. ¡Cómo resuenan los pasos de estos hombres sanos, en el silencio que a veces sucede a los vivas! Parece un redoble lento de tambores invisibles, que llevan a la batalla de la razón, donde se alcanzará una victoria sin sangre.

¿Por qué vienen ahora, cuando en esto pensamos, cuatro mil carniceros? Muy robustos son, y muy entusiastas, y en caballos hermosos van sus jefes. Delantales blancos les cubren el pecho. Visten la camisa azul suelta de su oficio. Llevan el gorrillo grasiento con que se cubren la cabeza, para defenderla de las humedades de la carne cuando se la echen a cuestas. Muy bien van, y en un carro llevan un buey, guardado en las esquinas por cuatro mocetones con resplandecientes delantales; y en otro carro, con guarda igual, unas ovejas. Muy bien van, al son de alegre música, y en los carros llevan escrito: "Para vivir matamos". —Pero, en verdad, holgaran mis ojos de no ver estos oficios de carnicería. Jamás veo, acá en las mañanitas, a un trabajador de manos duras que deja a sus hijuelos con el alba, y va camino de su taller, mina o escalera, con la comida del mediodía en su tinilla de lata, sin que las manchas de su vestido me parezcan condecoraciones, y si es joven, me entren deseos de abrazarlo, y si es viejo, de besarle la mano. Y mientras más los veo, los quiero más. Pero a estos carniceros esmaltados y rechonchos, que viven en un aire cargado de carne, y con el aire engordan, y en el rostro y en las manos tienen esa suavidad pastosa y turbia de la sangre caliente; magüer sean estimables personas, me

desagrada verlos. Lo que funda y restaña debe amarse, no lo que derriba y da suelta a la sangre, aun cuando parezca ley ineludible ¡que acaso lo sea! esta conversión repugnante de la vida: ¡noble raza eran los indígenas de América, que de comer carne se morían!

¡Hurra, hurra a los últimos que pasan! Ya no van por calles de fábricas, sino por la calle de los palacios, por la Quinta Avenida. Cazando zorras y luciendo trajes están ahora por Newport y Long Branch, los ricos de la Quinta; pero en muchas ventanas se ve gente; astutas caras de mujeres del Norte se asoman a balcones florentinos, a alféizares morunos, a arcadas románticas. Una linda niña, en un balcón de piedra blanca, pasa la mano sobre una esfinge de pórfido. Se ven desde la calle los jaspes y los bronces. Un mirador hay de oro. Vierte sus aguas una fuente en una taza de tecali rosa: –¡pero ni una palabra de apetito o de odio surge de aquellos hombres y mujeres, que habitan a menudo en fétidas covachas! Se ve que marchan contentos de pasear unidos por entre las moradas de los poderosos: los cobardes y débiles, irán pensando acaso, airados de no poder levantarse otras iguales, en echarlas abajo: los honrados y bravos, en batallar bien y construirlas para sus hijos. ¡Marineros y medidores de telas eran ayer todavía los dueños de esos palacios! Mediodía es: el sol daba de lleno sobre el centro de la calle, como si de las paredes de mármol hubiese querido huir, y brillar todo sobre los trabajadores.

¿Un ebrio? ¡No lo hubo en veinte mil hombres! ¡Lo liban de licor de alma, que embriaga más dulcemente que otro alguno! ¿Un desacato? Hasta muy entrada la noche se estuvieron recreando en paz en un parque vecino, compitiendo unos en una carrera de a milla, corriendo otros con los pies en sacos, otros disputándose el premio de tiro al rifle, y a la flecha, otros corriendo a toda pierna, ligeros como griegos, para ganarse una medalla de oro.

¡Cuánto vestidito blanco, de niñas contentas, porque veían de día a sus padres! Las esposas ¡qué orondas, con sus maridos sobrios y fuertes a su lado! Los hombres, como crecidos. La alegría, contenida y profunda. El odio, mor-

diéndose los puños arrinconado: "Gran día de Santo es éste: el día de Santo Trabajo", dijo desde una plataforma de madera un senador viejo, mirándolos y llorando.

*La Nación*. Buenos Aires, 26 de octubre de 1884.

# LOS INDIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

## *El presidente Cleveland y los indios*

LAKE MOHONK es un lindo lugar en el estado de Nueva York. Convidan a la grandeza los bosques de Adirondack cercanos que talan sin sistema especuladores torpes: en bosques, como en política, no es lícito derribar sino para edificar sobre las ruinas. A la serenidad invita el lago; y el río, que pasa cerca, a fecundar sin ruido e ir hacia adelante rumbo al mar: los ríos van al mar, y al porvenir los hombres. A ese retiro pintoresco se acogieron este otoño, cuando las hojas amarillean y se enrojecen, los amigos de los indios, para tratar en paz del modo de atraerlos a una vida inteligente y pacífica en que no sean como ahora, burlados sus derechos, engañada su fe, corrompido su carácter y sus revueltas frecuentes y justas. Era de ver en aquella reunión de hombres y mujeres benévolos la ausencia de ese espíritu de teoría que afea y esteriliza, o retarda por lo menos la obra cordial de tantos reformadores, y suele enajenarlos, por la repulsión que a una mente sana inspira la falta de relación y armonía, el apoyo solícito de los ánimos moderados que serían de otra manera auxiliares eficaces de la reforma. El genio, que detona y deslumbra, no necesita desembarazarse del buen sentido que hace fecunda su vida en la tierra. Senadores, comisionados, superintendentes, comparten allí la generosa faena con periodistas entusiastas y sacerdotes protestantes. Una mujer abrió en los Estados Unidos los corazones a piedad de los negros, y nadie ayudó a libertarlos más que ella, la Beecher Stowe, la que, apasionada de la justicia, no tuvo luego miedo de deslucir con revelaciones tremendas a propósito de Byron el éxito fecundo de *La cabaña del tío Tom*, ¡lágrima que habla!

Mujer ha sido también la que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año por aliviar las desdichas de los indios. Helen Hunt Jackson, de seso fuerte y alma amante; que acaba de morir, escribiendo una carta de gracias al presidente Cleveland por la determinación

de éste a reconocer ser de hombre y derecho a justicia en la gente india. Y en la convención de Lake Mohonk hubo gente de verba apostólica y dotes de Estado; pero la estadística cerrada, la cuenta estrecha, la implacable cifra, no fue ni de los superintendentes, ni de los comisionados, ni de los senadores, –sino de una mujer, de Alicia Fletcher, viva en el discurso, segura en el razonamiento, diestra en el debate.

No fue, pues, la de Lake Mohonk una convención de filántropos desalentados, que miren a los indios, sólo porque lo son, como seráficas criaturas, ni fue de esos políticos mariposiles que sólo se paran en la flor de las cosas, y juzgan por meras apariencias y resultados, sin ver que no hay más modo de curar los males que extinguir sus causas.

*El horror de las reducciones*

Fue una reunión de gentes de hecho. Uno de ellos, y por cierto de los más ardientes, "se estremecía al recordar las tristes escenas que ofrecen las reducciones de indios cuando, como la carne a las fieras, les reparten raciones, vestidos, o el dinero del año", y por lo mismo que ha visto esas señales de degradación, como que es hombre, se ha sentido avergonzado, y quiere levantar a los infelices de ella: –se es responsable de todo mal que se sabe y no se remedia: es una pereza criminal, es una culpabilidad pasiva que sólo se diferencia en grado de la culpa de hacer: –el apostolado es un deber diario y constante. Otro de los de la convención ha visto a los indios acurrucarse en rondas a jugar la paga del año, y jugar de cada diez pesos nueve, como los chinos en los talleres de cigarrillos de un presidio español, no bien reciben a la tarde del sábado el exceso de sus jornales sobre la faena que han de entregar al establecimiento. Que los indios de las reducciones son perezosos y amigos de jugar y de beber lo sabía toda la convención; y que habilitados ya por un sistema malo de gobierno a un descanso vil, no gustan del trabajo; y que hechos a recibir del gobierno paga anual, y comida y vestidos, resistirán toda reforma que tienda a elevarles el ca-

rácter compeliéndoles a ganar su sustento con la labor propia; y que, privados de los goces civiles y aspiraciones sociales de la gente blanca, verán sin interés el sistema de escuelas públicas que tiende a ellos, y no se desprende de la existencia salvaje de las tribus ni les parece necesaria en ellas. Todo eso lo sabía la convención; pero sabía también que el indio no es así de su natural, sino que así lo ha traído a ser el sistema de holganza y envilecimiento en que se le tiene desde hace cien años.

Allí donde el indio ha logrado defenderse con mejor fortuna, y seguir como era, se le ve como él es de raza, fuerte de mente y de voluntad, valeroso, hospitalario, digno. Fiero aún, como todo hombre, como todo pueblo que está cerca de la naturaleza, esas mismas nobles condiciones de altivez personal y de apego a su territorio le hacen revolverse, como una fiera, cuando lo despojan de sus sembrados seculares, cuando echan a tierra sus árboles sacros, cuando el viento caliente de sus hogares incendiados quema las crines de sus caballos fugitivos: y al que le quemó, quema; y al que le cazó, caza; y al que lo despojó, despoja; y al que lo extermina, extermina.

Reducido luego –¡pobre pueblo de 300.000 salvajes dispersos que lucha sin cansarse con una nación de cincuenta millones de hombres! –él no entra en las ciudades de sus vencedores, él no se sienta en sus escuelas, a él no le enseñan sus industrias, a él no le reconocen alma humana: le obligan a ceder su tierra por tratados onerosos; lo sacan de la comarca en que ha nacido, que es como sacar a un árbol las raíces, con lo que pierde el mayor objeto de la vida; lo fuerzan, so pretexto de cultivo, a comprar animales para trabajar una tierra que no es suya; lo compelen, so pretexto de escuela, a que aprenda en lengua extraña, la lengua odiada de sus dueños, libros de texto que le enseñan nociones vagas de letras y de ciencias, cuya utilidad no se explica y cuya aplicación no ve jamás; lo apresan en un espacio estrecho, donde se revuelve entre sus compañeros acorralados, con todo el horizonte lleno de los traficantes que le venden cachivaches relucientes y armas y bebidas en cambio del dinero que en virtud de los

tratados reparte entre las reservas el gobierno al año. Él no puede, si el ansia de ver mundo le posee, salir de aquel potrero humano: él no tiene tierra propia que labrar, y le estimule a cultivarla con esmero para legarla después con un nombre honrado a sus hijos; ni qué hacer tiene en muchas de las tribus, puesto que el gobierno por un sistema de tutela degradante que comenzó hace un siglo, le da para vivir un terreno en común, y lo surte de vestidos, de alimentos, de medicamentos, de escuelas, de cuanto es objeto natural del trabajo del hombre sobre lo que le abona una anualidad en dinero que, sin propiedad que mejorar, ni viaje que emprender, ni necesidad material que no esté satisfecha, gasta en fruslerías de colores, que halagan su gusto artístico rudimentario, o en el licor y el juego que le excitan y aumentan los placeres brutales a que vive condenado. El indio es muerto; con este sistema vil que apaga su personalidad: el hombre crece con el ejercicio de sí mismo, como con el rodar crece la velocidad de la rueda; y cuando no se ejercita, como la rueda, se oxida y se pudre. Un sentimiento de fiereza abatida, que nunca se extingue por entero en las razas esclavas, el recuerdo de los hogares perdidos, el consejo de los viejos que vieron en los bosques nativos tiempos más libres, la presencia de sí mismos, encarcelados, vilipendiados y ociosos, estallan a oleadas intermitentes, cada vez que la rapacidad o dureza de los agentes del gobierno escatima o niega a los indios los beneficios que se les estipularon en los tratados: y como en virtud de éstos, y sólo por ellos, lo que el hombre tiene de noble les está vedado, y permitido no más lo que tiene de bestia, acaece naturalmente que en estas revueltas sobresale, desfigurando la justicia que las ocasiona, la bestia que el sistema ha desarrollado.

Todo hombre esclavo es así; no es el indio sólo: por eso tan crueles son las revoluciones que vienen tras de las prolongadas tiranías: ¿qué blanco que tenga el seso en su lugar no entenderá que no puede echar en cara al indio el ser como los blancos lo han hecho? –"Él es gentil y bravo, decía en la convención el venerable Erastus Brooks, cuya palabra ama y pesa: he aquí a decenas, a centenas, los ejem-

plos de la historia americana, que demuestran que el indio, en condiciones iguales, es capaz mental, moral y físicamente de todo aquello de que es capaz el hombre blanco". Pero, hemos hecho de él un vagabundo, un poste de taberna, un pedidor de oficio. No le damos trabajo para sí, que alegra y eleva; sino que a lo sumo, y esto violando tratados, le forzamos a ganar, en un trabajo de que no aprovecha directamente, el valor de las raciones y medicinas que le prometimos a cambio de su tierra; le acostumbramos a no depender de sí, le habituamos a una vida de pereza, sin más necesidades y gozos que los del hombre desnudo primitivo; le privamos de los medios de procurar por sí lo que necesita, y sombrero en mano y cabeza baja le obligamos a demandarlo todo: el pan, la quinina, la ropa de su mujer y de su hijo al agente del gobierno; el hombre blanco que conoce es el tabernero que lo corrompe, es el buhonero que lo engaña, es el racionero que halla modo de mermarle la ración, es el maestro improvisado que le repite en una lengua que él habla apena palabras sin gusto ni sentido, es el agente que le despide a risas o a gritos cuando va a él a demandar justicia. Sin trabajo, sin propiedad, sin esperanza, sin la tierra nativa, sin más goces de familia que los meramente físicos, los indios de las reducciones, ¿qué han de ser más que hombres torvos, perezosos y sensuales, nacidos de padres que ya vieron a sus padres, apagada la pipa y el alma, llorar sentados en cuclillas en el suelo por la nación perdida, por la sombra del árbol grande que presenció siglo por siglo sus matrimonios, sus justicias, sus regocijos y consejos? Un esclavo es muy triste de ver; pero aún es más triste un hijo de esclavo: ¡hasta en el color se le ven reflejos de cieno! Grandes criaderos de hombres son esas reducciones de indios. Segarlos de cuajo hubiera valido más que envilecerlos.

En 1783 fue el primer tratado, en que se reservó el gobierno de los Estados Unidos el derecho de regular su tráfico y administrar las tribus: y ahora los trescientos mil indios, sometidos tras de la guerra en que no fue suya la mayor crueldad, están repartidos en cincuenta reducciones sin más ley que la voluntad presidencial, y otras sesen-

ta y nueve que se llaman reducciones de tratado, por ser ley en ellas el convenio establecido entre las tribus y el gobierno, treinta y nueve de cuyos convenios acuerdan el repartimiento de la tierra de la reducción en propiedades individuales, medida ennoblecedora que apenas se ha intentado con doce de las tribus. "Se reparte entre los indios –dijo Alicia Fletcher– lo que el Congreso manda dar para alimentos, porque esto pasa por muchas manos, y en cada par de ellas se queda algo de este comercio: pero lo que se da para escuelas no se reparte, porque de esto sólo pueden alcanzar los empleados el sueldecillo de maestra que hacen caer en su mujer o su hija para aumentar el haber doméstico, de modo que de los $2.000.000 que del 71 al 81 debieran haberse gastado, sumando las obligaciones de todos los convenios, en escuelas sólo se han gastado unos $ 200.000". A muchas tribus se ha ofrecido aún más que la propiedad individual que no se les distribuye, y la escuela que no se les establece: se les ha ofrecido la ciudadanía.

Y todo esto lo oían sin contradicción, antes lo apoyaban y confirmaban, el subinspector de las escuelas de indios, los autores de los proyectos de reformas de las reducciones en la Casa y en el Senado, los miembros de la junta de indios. Los altos empleados del gobierno apoyaban y confirmaban todo esto y aplaudían la defensa inspirada que hizo del natural del indio el buen Erastus Brooks. "¡No hay vicio suyo de que no seamos responsables! ¡No hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra! ¡Mienten del indio los agentes interesados en mantenerle embrutecido bajo su dominio!"

El gobierno lo envilece con su sistema de tratados que lo condenan a la inercia y al vicio, y la rapacidad de los agentes del gobierno mantiene a éste en un concepto falso del indio, o le oculta la causa de su corrupción y rebeliones, para continuar mermando a sus anchas los caudales que destina el Congreso a mantenerlos.

¡Ponga ojo el gobernador a los empleados rapaces!

Loor al presidente Cleveland, que sin alardes de fanático ni gazmoñerías les ha enviado a preguntar lo que padecen, y en vez de echarles en cara la ignominia en que se

les mantiene, está decidido a llevar la culpa de ella, y a levantarlos por un gobierno justo a la condición de hombres. No quiere insectos ebrios este presidente Cleveland: quiere seres humanos. "Ebrios y ladrones son porque así los hicimos: pues tenemos que pedirles perdón por haberlos hecho ebrios y ladrones, y en vez de explotarlos y de renegarlos, démosles trabajo en sus tierras y estímulos que les muevan a vivir, que ellos son buenos, aun cuando les hemos dado derecho a no serlo."

En masa, pues; acordó la convención, a la sombra de las montañas del Adirondack que invitan a la grandeza, aconsejar aquellas reformas prácticas de mera justicia que pueden convertir una muchedumbre costosa de hombres agobiados e inquietos en un elemento pintoresco y útil de la civilización americana.

*Cómo reivindicar a los indios*

Que ya que se les ha quitado, por razones de la república, sus derechos de naciones libres, no se les quiten, a los indios sus derechos de hombres. Que el despojo de sus tierras, aun cuando racional y necesario, no deja de ser un hecho violento que todas las naciones civilizadas resienten con odios y guerras seculares, el cual no ha de agravarse con represiones y tráficos inhumanos. Que ha de tenderse a abolir el sistema corruptor e injusto de las reducciones, y abrirles poco a poco la tierra nacional, confundiéndolos con la población blanca, de modo que puedan pronto poseer tierra en los estados de la nación, y gozar de los derechos que tienen en ellos los demás ciudadanos, y estar a sus obligaciones. Que el pago de anualidades sea abolido porque fomenta la mendicidad y la vagancia, y habitúa al indio a no usar de sí. Que se eduque al indio en conformidad con sus necesidades y alcances; y se le convenza, y donde sea menester se le compela a aprender y a trabajar, a lo que acaso, envilecido por su actual género de vida de pupilo ocioso, se resista. Que el indio vuelva a su alma clara y suba a ciudadano.

Y para que así se conviertan en hombres útiles ellos, y en país próspero y pacífico las comarcas que no son hoy

más que costosísimas cárceles; –cámbiese, dijo la convención, todo el sistema de enseñanza actual y torpe; –sustitúyase el trabajo de las tierras en común, que ni estimula ni deja ver el premio, por el repartimiento de la tierra en propiedad a cada familia, inalienable por veinticinco años, en relación a las clases de terreno y la extensión de cada casa; –compre el gobierno a buen precio las tierras que no sean repartidas, y como se las ha de pagar a sí mismo, por ser él el tutor de los indios que venden, reserve el importe de estas tierras para la educación industrial y mejora de los indios, y abra las comarcas compradas a la colonización; –obténgase de las tribus la revocación de los tratados que las han traído a su estado miserable; –admítase a ciudadanía todas las tribus que acepten el repartimiento individual de sus tierras, y los indios que abandonen las tribus que no les aceptasen, para acomodarse a los usos de la civilización; césese de arrancar a los indios de las tierras de sus mayores, y de acumularles en centros numerosos bajo la vigilancia interesada de empleados ofensivos y rapaces; –"espárzase la escuela", decía al fin el subinspector de escuelas de indios, la escuela útil, la escuela viva: –que todo esfuerzo por difundir la instrucción es vano, cuando no se acomoda la enseñanza a las necesidades, naturaleza y porvenir del que la recibe. No maestros de ocasión, –que nada saben de lo que enseñan y son nombrados para aumentar la pitanza de familia de algún empleado, o para complacer a capataces políticos: se emplearán buenos maestros, y se compelerá a los indios a enviar sus hijos a la escuela, aun cuando se haya de recurrir, mientras el sistema ominoso de raciones dure, a cortar a la casa de raciones. No la educación por textos –que es un almacenamiento de palabras que pesa luego en la cabeza para guiar bien las manos. Lo que es el campo que ha de cultivar, y lo que es él y el pueblo en que vive ha de enseñarse al indio. Que se entienda y admire: que sepa de política práctica, para que alcance lo conveniente del respeto mutuo; que conozca cómo está dispuesto el país, y cuáles son sus derechos de hombres a poseer y pensar en él, y el modo de ejercitar-

los: que la escuela le enseñe a bastar a su vida: –escuela campesina para la gente del campo.

Ni partículas ni verbajes: sino el modo de criar animales y sembrar la tierra, así como todos aquellos oficios que lo hagan miembro útil y dueño de sí en una comunidad de trabajadores. No se envíen sólo entre los indios, ni entre la gente de campo, maestros de letras. El maestro es la letra viva. Enviénse maestros agricultores y artesanos. Estuvo bien y acabó bien, aquella convención de Amigos de los Indios, en el sereno lugar de Lake Mohonk, allí donde los montes andan cerca, y los hermosos cuadros de tierra, cultivados con elegante esmero, parecen, abriéndose a los ojos de hombres dignos de contemplarlos, colosales flores verdes.

*La Nación.* Buenos Aires, 4 de diciembre de 1885.

# EL POETA WALT WHITMAN

"PARECÍA UN DIOS anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, las cejas como un bosque, la mano en un cayado." Esto dice un diario de hoy del poeta Walt Whitman, anciano de setenta años a quien los críticos profundos, que siempre son los menos, asignan puesto extraordinario en la literatura de su país y de su época. Sólo los libros sagrados de la antigüedad ofrecen una doctrina comparable, por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido.

¿Cómo no, si es un libro natural? Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de los otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placeras, por diferencias de mero accidente; como el budín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo; las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, encogullan a los hombres, como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro; de modo que, cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente –del hombre que camina, que ama, que pelea, que rema,– del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia y se resisten a reconocer en esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amuñecada.

Dice el diario que ayer, cuando ese otro viejo adorable, Gladstone, acababa de aleccionar a sus adversarios en el Parlamento sobre la justicia de conceder un gobierno propio a Irlanda, parecía él como mastín pujante, erguido

sin rival entre la turba, y ellos a sus pies como un tropel de dogos. Así parece Whitman, con su "persona natural", con su "naturaleza sin freno en original energía", con sus "miríadas de mancebos hermosos y gigantes", con su creencia en que "el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte", con el recuento formidable de pueblos y razas en su "Saludo al mundo", con su determinación de "callar mientras los demás discuten, e ir a bañarse y a admirarse a sí mismo, conociendo la perfecta propiedad y armonía de las cosas"; así parece Whitman, "el que no dice estas poesías por un peso"; el que "está satisfecho, y ve, baila, canta y ríe"; el que "no tiene cátedra, ni púlpito, ni escuela", cuando se le compara a esos poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto; poetas de aguamiel, de patrón, de libro; figurines filosóficos o literarios.

Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo. En su casita de madera, que casi está al borde de la miseria, luce en una ventana, orlado de luto, el retrato de Víctor Hugo; Emerson, cuya lectura purifica y exalta, le echaba el brazo por el hombro y le llamó su amigo; Tennyson, que es de los que ven las raíces de las cosas, envía desde su silla de roble en Inglaterra, ternísimos mensajes al "gran viejo"; Robert Buchanan, el inglés de palabra briosa, "¿qué habéis de saber de letras –grita a los norteamericanos–, si estáis dejando correr, sin los honores eminentes que le corresponden, la vejez de vuestro colosal Walt Whitman?"

"La verdad es que su poesía, aunque al principio causa asombro, deja en el alma, atormentada por el empequeñecimiento universal, una sensación deleitosa de convalecencia. Él se crea su gramática y su lógica. Él lee en el ojo del buey y en la savia de la hoja." "¡Ése que limpia suciedades de vuestra casa, ése es mi hermano!" Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte.

Él no vive en Nueva York, su "Manhattan querida", su "Manhattan de rostro soberbio y un millón de pies", a donde se asoma cuando quiere entonar "el canto de lo que ve a la Libertad"; vive, cuidado por "amantes amigos", pues sus libros y conferencias apenas le producen para comprar pan, en una casita arrinconada en un ameno recodo del campo, de donde en su carruaje de anciano le llevan los caballos que ama a ver a los "jóvenes forzudos" en sus diversiones viriles, a los "camaradas" que no temen codearse con este iconoclasta que quiere establecer "la institución de la camaradería", a ver los campos que crían, los amigos que pasan cantando del brazo, las parejas de novios, alegres y vivaces como las codornices. Él lo dice en su *Calamus*, el libro enormemente extraño en que canta el amor de los amigos: "Ni orgías, ni ostentosas paradas, ni la continua procesión de las calles, ni las ventanas atestadas de comercios, ni la conversación con los eruditos me satisface, sino que al pasar por mi Manhattan los ojos que encuentro me ofrezcan amor; amantes, continuos amantes es lo único que me satisface." Él es como los ancianos que anuncia al fin de su libro prohibido, sus *Hojas de yerba*: "Anuncio miríadas de mancebos gigantescos, hermosos y de fina sangre; anuncio una raza de ancianos salvajes y espléndidos."

Vive en el campo, donde el hombre natural labra al Sol que lo curte, junto a sus caballos plácidos, la tierra libre; mas no lejos de la ciudad amable y férvida, con sus ruidos de vida, su trabajo graneado, su múltiple epopeya, el polvo de los carros, el humo de las fábricas jadeantes, el Sol que lo ve todo, "los gañanes que charlan a la merienda sobre las pilas de ladrillos, la ambulancia que corre desalada con el héroe que acaba de caerse de un andamio, la mujer sorprendida en medio de la turba por la fatiga augusta de la maternidad". Pero ayer vino Whitman del campo para recitar, ante un concurso de leales amigos, su oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, "aquella poderosa estrella muerta del Oeste", aquel Abraham Lincoln. Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplan-

deciente, que por sus súbitos quiebros, tonos vibrantes, hímnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina académica o francesa, no podrían, acaso, entender aquella gracia heroica. La vida libre y decorosa del hombre en un continente nuevo ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en epodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la Tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el Sol del mar, incendiando las nubes; bordeando de fuego las crestas de las olas; despertando en las selvas fecundas de la orilla las flores fatigadas y los nidos. Vuela el polen; los picos cambian besos; se aparejan las ramas; buscan el Sol las hojas, exhala todo música; con ese lenguaje de luz ruda habló Whitman de Lincoln.

*Canto a Lincoln*

Acaso una de las producciones más bellas de la poesía contemporánea es la mítica trenodia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln. La Naturaleza entera acompaña en su viaje a la sepultura el féretro llorado. Los astros lo predijeron. Las nubes venían ennegreciéndose un mes antes. Un pájaro gris cantaba en el pantano un canto de desolación. Entre el pensamiento y la seguridad de la muerte viaja el poeta por los campos conmovidos, como entre dos compañeros. Con arte de músico agrupa, esconde y reproduce estos elementos tristes en una armonía total de crepúsculo. Parece, al acabar la poesía, como si la Tierra toda estuviese vestida de negro, y el muerto la cubriera desde un mar al otro. Se ven las nubes; la Luna cargada que anuncia la catástrofe, las alas largas del pájaro gris. Es mucho más hermoso, extraño y profundo que "El cuervo" de Poe. El poeta trae al féretro un gajo de lilas.

Su obra entera es eso.

Ya sobre las tumbas no gimen los sauces; la muerte es "la cosecha, la que abre la puerta, la gran reveladora"; lo que está siendo, fue y volverá a ser; en una grave y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas apa-

rentes; un hueso es una flor. Se oye de cerca el ruido de los soles que buscan con majestuoso movimiento su puesto definitivo en el espacio; la vida es un himno; la muerte es una forma oculta de la vida; santo es el sudor y el entozoario es santo; los hombres, al pasar, deben besarse en la mejilla; abrácense los vivos en amor inefable; amen la yerba, el animal, el aire, el mar, el dolor, la muerte; el sufrimiento es menos para las almas que el amor posee; la vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido; del mismo germen son la miel, la luz y el beso; ¡en la sombra que esplende en paz como una bóveda maciza de estrellas, levántase con música suavísima, por sobre los mundos dormidos como canes a sus pies, un apacible y enorme árbol de lilas!

*La poesía es indispensable a los pueblos*

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas. No puede haber contradicciones en la Naturaleza; la misma aspiración humana a hallar en el amor, durante la existencia, y en lo ignorado después de la muerte, un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles. La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguar-

da desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales las que deben servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno –privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia–, aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.

Creíais la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del Universo.

Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho; oíd a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad, la tolerancia a la justicia, y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una

ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo; la libertad pone alas a la ostra. Y lo que, oído en lo interior de la concha, parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

*El universo de Whitman*

El mundo, para Walt Whitman, fue siempre como es hoy. Basta con que una cosa sea para que haya debido ser, y cuando ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve, se prueba por lo que es y se está viendo; porque todo está en todo, y lo uno explica lo otro; y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinitésimo colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, "propósitos alados". Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos; "nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre Dios y la muerte!" Se ríe de lo que llaman desilusión, y conoce la amplitud del tiempo; él acepta absolutamente el tiempo. En su persona se contiene todo: todo él está en todo; donde uno se degrada, él se degrada; él es la marea, el flujo y reflujo; ¿cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligente de la Naturaleza? ¿Qué le importa a él volver al seno de donde partió, y convertirse, al amor de la tierra húmeda, en vegetal útil, en flor bella? Nutrirá a los hombres, después de haberlos amado. Su deber es crear; el átomo que crea es de esencia divina; el acto en que se crea es exquisito y sagrado. Convencido de la identidad del Universo, entona el "Canto de mí mismo". De todo teje el canto de sí: de los credos que contienden y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que le ayudan, ¡ah! de los animales, entre quienes "ninguno se arrodilla ante otro, ni es superior al otro, ni se queja". Él se ve como heredero del mundo.

Nada le es extraño, y lo toma en cuenta todo, el caracol que se arrastra, el buey que con sus ojos misteriosos lo mira, el sacerdote que defiende una parte de la verdad

como si fuese la verdad entera. El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría; todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno; sobre todo, debe dejar caer la barba blanca. Pero, eso sí, "ya se ha denunciado y tonteado bastante"; regaña a los incrédulos, a los sofistas, a los habladores; ¡procreen en vez de querellarse y añadan al mundo! ¡Créese con aquel respeto con que una devota besa la escalera del altar!

Él es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía. Mide las religiones sin ira; pero cree que la religión perfecta está en la Naturaleza. La religión y la vida están en la Naturaleza. Si hay un enfermo, "idos", dice al médico y al cura, "yo me apegaré a él, abriré las ventanas, le amaré, le hablaré al oído; ya veréis cómo sana; vosotros sois palabra y yerba, pero yo puedo más que vosotros, porque soy amor". El Creador es "el verdadero amante, el camarada perfecto"; los hombres son "camaradas", y valen más mientras más aman y creen, aunque todo lo que ocupe su lugar y su tiempo vale tanto como cualquiera; mas vean todos el mundo por sí, porque él, Walt Whitman, que siente en sí el mundo desde que éste fue creado, sabe, por lo que el sol y el aire libre le enseñan, que una salida de sol le revela más que el mejor libro. Piensa en los orbes, apetece a las mujeres, se siente poseído de amor universal y frenético; oye levantarse de las escenas de la creación y de los oficios del hombre un concierto que le inunda de ventura, y cuando se asoma al río, a la hora en que se cierran los talleres y el sol de puesta enciende el agua, siente que tiene cita con el Creador, reconoce que el hombre es definitivamente bueno y ve que de su cabeza, reflejada en la corriente, surgen aspas de luz.

Pero ¿qué dará idea de su vasto y ardentísimo amor? Con el fuego de Safo ama este hombre al mundo. A él le parece el mundo un lecho gigantesco. El lecho es para él un altar. "Yo haré ilustres, dice, las palabras y las ideas que

los hombres han prostituido con su sigilo y su falsa vergüenza; yo canto y consagro lo que consagraba el Egipto." Una de las fuentes de su originalidad es la fuerza hercúlea con que postra a las ideas como si fuera a violarlas, cuando sólo va a darles un beso, con la pasión de un santo. Otra fuente es la forma material, brutal, corpórea, con que expresa sus más delicadas idealidades. Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza; imbéciles ha habido que cuando celebra en *Calamus*, con las imágenes más ardientes de la lengua humana, el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial impúdico, el retorno a aquellas viles ansias de Virgilio por Cebetes y de Horacio por Giges y Licisco. Y cuando canta en "Los hijos de Adán" el pecado divino, en cuadros ante los cuales palidecen los más calurosos del "Cantar de los cantares", tiembla y se encoge, se vierte y dilata, enloquece de orgullo y virilidad satisfecha, recuerda al dios del Amazonas, que cruzaba sobre los bosques y los ríos esparciendo por la tierra las semillas de la vida: "¡mi deber es crear" "Yo canto al cuerpo eléctrico", dice en "Los hijos de Adán"; y es preciso haber leído en hebreo las genealogías patriarcales del Génesis: es preciso haber seguido por las selvas no holladas las comitivas desnudas y carnívoras de los primeros hombres, para hallar semejanza apropiada a la enumeración de satánica fuerza en que describe, como un héroe hambriento que se relame los labios sanguinosos, las pertenencias del cuerpo femenino. ¿Y decís que este hombre es brutal? Oíd esta composición que, como muchas suyas, no tiene más que dos versos: "Mujeres hermosas". "Las mujeres se sientan o se mueven de un lado para otro, jóvenes algunas, algunas viejas; las jóvenes son hermosas, pero las viejas son más hermosas que las jóvenes." Y esta otra: "Madre y niño". Ve el niño que duerme anidado en el regazo de su madre. La madre que duerme, y el niño: ¡silencio! Los estudió largamente, largamente. Él prevé que, así como ya se juntan en grado extremo la virilidad y la ternura en los hombres de genio superior, en la paz deleitosa en que descansará la vida han de juntarse, con solemnidad y júbilo

dignos del Universo, las dos energías que han necesitado dividirse para continuar la faena de la creación.

Si entra en la yerba, dice que la yerba le acaricia, que "ya siente mover sus coyunturas"; y el más inquieto novicio no tendría palabras tan fogosas para describir la alegría de su cuerpo, que él mira como parte de su alma, al sentirse abrasado por el mar. Todo lo que vive le ama: la tierra, la noche, el mar le aman; "¡penétrame, oh mar, de humedad amorosa!" Paladea el aire. Se ofrece a la atmósfera como un novio trémulo. Quiere puertas sin cerradura y cuerpos en su belleza natural; cree que santifica cuanto toca o le toca, y halla virtud a todo lo corpóreo; él es "Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan, turbulento, sensual, carnoso, que come, bebe y engendra, ni más ni menos que todos los demás. Pinta a la verdad como una amante frenética, que invade su cuerpo y, ansiosa de poseerle, lo liberta de sus ropas. Pero cuando en la clara medianoche, libre el alma de ocupaciones y de libros, emerge entera, silenciosa y contemplativa del día noblemente empleado; medita en los temas que más la complacen: en la noche, el sueño y la muerte; en el canto de lo universal, para beneficio del hombre común; en que "es muy dulce morir avanzando" y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque: con el hacha en las manos.

Imagínese qué nuevo y extraño efecto producirá ese lenguaje henchido de animalidad soberbia cuando celebra la pasión que ha de unir a los hombres. Recuerda en una composición del *Calamus* los goces más vivos que debe a la Naturaleza y a la patria; pero sólo a las olas del océano halla dignas de corear, a la luz de la luna, su dicha al ver dormido junto a sí al amigo que ama. Él ama a los humildes, a los caídos, a los heridos, hasta a los malvados. No desdeña a los grandes, porque para él sólo son grandes los útiles. Echa el brazo por el hombro a los carreros, a los marineros, a los labradores. Caza y pesca con ellos, y en la siega sube con ellos al tope del carro cargado. Más bello que un emperador triunfante le parece el negro vigo-

roso que, apoyado en la lanza detrás de sus percherones, guía su carro sereno por el revuelto Broadway. Él entiende todas las virtudes, recibe todos los premios, trabaja en todos los oficios, sufre con todos los dolores. Siente un placer heroico cuando se detiene en el umbral de una herrería y ve que los mancebos, con el torso desnudo, revuelan por sobre sus cabezas los martillos, y dan cada uno a su turno. Él es el esclavo, el preso, el que pelea, el que cae, el mendigo. Cuando el esclavo llega a sus puertas perseguido y sudoroso, le llena la bañadera, lo sienta a su mesa; en el rincón tiene cargada la escopeta para defenderlo; si se lo vienen a atacar, matará a su perseguidor y volverá a sentarse a la mesa, ¡como si hubiera matado una víbora!

Walt Whitman, pues, está satisfecho; ¿qué orgullo le ha de punzar, si sabe que se para en yerba o en flor? ¿qué orgullo tiene un clavel, una hoja de salvia, una madreselva? ¿cómo no ha de mirar él con tranquilidad los dolores humanos, si sabe que por sobre ellos está un ser inacabable a quien aguarda la inmersión venturosa en la Naturaleza? ¿Qué prisa le ha de azuzar, si cree que todo está donde debe, y que la voluntad de un hombre no ha de desviar el camino del mundo? Padece, sí, padece; pero mira como un ser menor y acabadizo al que en él sufre, y siente por sobre las fatigas y miserias a otro ser que no puede sufrir, porque conoce la universal grandeza. Ser como es le es bastante y asiste impasible y alegre al curso, silencioso o loado, de su vida. De un solo bote echa a un lado, como excrecencia inútil, la lamentación romántica: "¡no he de pedirle al Cielo que baje a la Tierra para hacer mi voluntad!" Y qué majestad no hay en aquella frase en que dice que ama a los animales "porque no se quejan". La verdad es que ya sobran los acobardadores; urge ver cómo es el mundo para no convertir en montes las hormigas; dése fuerzas a los hombres, en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja; pues los llagados ¿van por las calles enseñando sus llagas? Ni las dudas ni la ciencia le mortifican. "Vosotros sois los primeros, dice a los científicos; pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada, no es toda mi morada; ¡qué pobres parecen

las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda la ciencia." Pero donde su filosofía ha domado enteramente el odio, como mandan los magos, es en la frase, no exenta de la melancolía de los vencidos, con que arranca de raíz toda razón de envidia; ¿por qué tendría yo celos, dice, de aquel de mis hermanos que haga lo que yo no puedo hacer? "Aquel que cerca de mí muestra un pecho más ancho que el mío, demuestra la anchura del mío." "¡Penetre el Sol la Tierra, hasta que toda ella sea luz clara y dulce, como mi sangre. Sea universal el goce. Yo canto la eternidad de la existencia, la dicha de nuestra vida y la hermosura implacable del Universo. Yo uso zapato de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de árbol!"

*Poesía de la nueva humanidad*

Y todo eso lo dice en frase apocalíptica. ¿Rimas o acentos? ¡Oh, no! su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que distribuye en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes bloqueadas.

El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde, por la extrañeza y pujanza, a su cíclica poesía y a la humanidad nueva, congregada sobre un *continente* fecundo con portentos tales, que en verdad no caben en liras ni serventesios remilgados. Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, ni la discreción que conviene a los cobardes. No de rimillas se trata, y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre; trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto y surge con un claror radioso de la arrogante paz del hombre redimido; trátase de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas vírgenes de la libertad a las ubres y

pompas ciclópeas de la salvaje Naturaleza; trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan y de los mares domados y los ríos esclavos. ¿Aparcará consonantes Walt Whitman y pondrá en mansos dísticos estas montañas de mercaderías, bosques de espinas, pueblos de barcos, combates donde se acuestan a abonar el derecho millones de hombres y Sol que en todo impera, y se derrama con límpido fuego por el vasto paisaje?

¡Oh! no; Walt Whitman habla en versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírla se percibe que aquello suena como el casco de la tierra cuando vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes. En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería; otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo a la hora en que el humo se pierde en las nubes; suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido del cuero reseco que revienta al Sol; pero jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola. Él mismo dice cómo habla: "en alaridos proféticos"; "éstas son, dice, unas pocas palabras indicadoras de lo futuro". Eso es su poesía, índice; el sentido de lo universal pervade el libro y le da, en la confusión superficial, una regularidad grandiosa; pero sus frases desligadas, flagelantes, incompletas, sueltas, más que expresan, emiten; "lanzo mis imaginaciones sobre las canosas montañas"; "di, Tierra, viejo nudo montuoso, ¿qué quieres de mí?" "hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo".

No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia visible de sus vestiduras regias. Él no infla tomeguines para que parezcan águilas; él riega águilas, cada vez que abre el puño, como un sembrador riega granos. Un verso tiene cinco sílabas; el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. Él no esfuerza la comparación, y en verdad no compara, sino que dice lo que ve o recuerda con un complemento gráfico e incisivo, y dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su

arte, que oculta por entero, en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la Naturaleza. Si desvaría, no disuena, porque así vaga la mente sin orden ni esclavitud de un asunto a sus análogos; mas luego, como si sólo hubiese aflojado las riendas sin soltarlas, recógelas de súbito y guía de cerca, con puño de domador, la cuadriga encabritada, sus versos van galopando, y como engullendo la tierra a cada movimiento; unas veces relinchan ganosos, como cargados sementales; otras, espumantes y blancos, ponen el casco sobre las nubes; otras se hunden, osados y negros, en lo interior de la tierra, y se oye por largo tiempo el ruido. Esboza; pero dijérase que con fuego. En cinco líneas agrupa, como un haz de huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o recoger la frase, y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande, puesto que su efecto lo es; pero pudiera creerse que procede sin método alguno; sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decente. Ciertos cuadros no los pinta con epítetos, que en él son siempre vivaces y profundos, sino por sonidos, que compone y desvanece con destreza cabal, sosteniendo así con el turno de los procedimientos el interés que la monotonía de un modo exclusivo pondría en riesgo. Por repeticiones atrae la melancolía, como los salvajes. Su cesura, inesperada y cabalgante, cambia sin cesar, y sin conformidad a regla alguna, aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebros. Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía. A cada paso se hallan en su libro estas palabras nuestras: *viva*, *camarada*, *libertad*, *americanos*. Pero ¿qué pinta mejor su carácter que las voces francesas que, con arrobo perceptible, y como para dilatar su significación, incrusta en sus versos?: *ami*, *exalté*, *accoucheur*, *nonchalant*, *ensemble*; *ensemble*, sobre todo, le seduce,

porque él ve el cielo de la vida de los pueblos, y de los mundos. Al italiano ha tomado una palabra: *¡bravura!*

Así; celebrando el músculo y el arrojo; invitando a los transeúntes a que pongan en él, sin miedo, su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes; señalando a los tiempos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanos se extienden y rozan con sus alas de abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y en que, abandonado a los aires purificadores, germine y arome en sus ondas, "¡desembarazado, triunfante, muerto!".

*El Partido Liberal*. México, 1887.

# LOS ANARQUISTAS DE CHICAGO

NI EL MIEDO a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en

los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La república entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de un abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes. El horror natural del hombre libre al crimen, junto con el acerbo encono del irlandés despótico que mira a este país como suyo y al alemán y eslavo como su invasor, pusieron de parte de los privilegios, en este proceso que ha sido una batalla, una batalla mal ganada e hipócrita, las simpatías y casi inhumana ayuda de los que padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos que les embotó el juicio.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al gobernador del Estado, anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada.

Tres veces nada más habrían osado hasta entonces interceder fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procu-

rado establecer el reino del terror, morían víctimas del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador cauto y robusto que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaníaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos.

Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres aventó su vida, con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

*Los obreros en Estados Unidos*

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.

Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

Habituados los del país a vencer sin sangre por la fuerza del voto, ni entienden ni excusan a los que, nacidos en pueblos donde el sufragio es un instrumento de la tiranía, sólo ven en su obra despaciosa una faz nueva del abuso que flagelan sus pensadores, desafían sus héroes, y maldicen sus poetas. Pero, aunque las diferencias esenciales en las prácticas políticas y el desacuerdo y rivalidad de las razas que ya se disputan la supremacía en esta parte del continente, estorbasen la composición inmediata de un formidable partido obrero con unánimes métodos y fines, la identidad del dolor aceleró la acción concertada de todos los que lo padecen, y ha sido necesario un acto horrendo, por más que fuese consecuencia natural de las pasiones encendidas, para que los que arrancan con invencible ímpetu de la misma desventura interrumpan su labor, su labor de desarraigar y recomponer, mientras quedan por su ineficacia condenados los recursos sangrientos de que por un amor insensato a la justicia echan mano los que han perdido la fe en la libertad.

*Los descontentos de la masa obrera*

En el Oeste recién nacido, donde no pone tanta traba a los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del Este, reflejada en su literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos, –en el Oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de

su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, extreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la ruina amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de agua a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la república y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiendo como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: "¡para el revolucionario, dijo Saint-Just, no hay más descanso que la tumba!"

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las mentes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que palpan, apenas vislumbran la superficie, apenas ven más que lo que les lastima o lo que desean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, o el recurso aparente, y no

siempre real, que puede levantar obstáculo al que cierra el paso a su odio, soberbia o apetito? ¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón, no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo, como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura a los que ven podrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

¿No lo decía Desmoulins? "Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?"

Cegados por la generosidad, ofuscados por la vanidad, ebrios por la popularidad, adementados por la constante ofensa, por su impotencia aparente en las luchas del sufragio, por la esperanza de poder constituir en una comarca naciente su pueblo ideal, las cabezas vivas de esta masa colérica, educadas en tierras donde el voto apenas nace, no se salen de lo presente, no osan parecer débiles ante los que les siguen, no ven que el único obstáculo en este pueblo libre para un cambio social sinceramente deseado está en la falta de acuerdo de los que lo solicitan, no creen, cansados ya de sufrir, y con la visión del falansterio universal en la mente, que por la paz pueda llegarse jamás en el mundo a hacer triunfar la justicia.

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. "Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos." "No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros."

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América es, pues, lo mismo que Europa!

No comprenden que ellos son mera rueda del engrane social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

¿Dónde hallará esa masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes, aquel divino estado de grandeza a que necesita ascender el pensador para domar la ira que la miseria innecesaria levanta? Todos los recursos que conciben, ya los han intentado. Es aquel reinado del terror que Carlyle pinta, "la negra y desesperada batalla de los hombres contra la condición y todo lo que los rodea".

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre sus muchedumbres, erguidos y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Del infierno vienen: ¿qué lengua han de hablar sino la del infierno?

Sus discursos, aun leídos, despiden centellas, bocanadas de humo, alimentos a medio ingerir, vahos rojizos.

Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo!; como en el Sinaí, entre truenos: como en el noventa y tres, de un mar de sangre: "¡mejor es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!"

Se vuelve a oír el decreto de Moctezuma: "¡Los dioses tienen sed!".

Un joven bello, que se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta a una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estampido de la revolución social de Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejerci-

cios de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre dos mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar –¡de que son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por los que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa de los productos del trabajo de que es factor indispensable, alguna hora de sol en que ayudara su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigábanlos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño; reducíanlos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

*Se organizan los anarquistas*

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos, y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

No en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de

guerra, bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado común de balística: se ven círculos de color de hueso, –cuando se leen estas enseñanzas–, en un mar de humareda: por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas: para medir todo lo profundo de la desesperación del hombre, es necesario ver si el espanto que suele en calma preparar supera a aquel contra el que, con furor de siglos, se levanta indignado, –es necesario vivir desterrado de la patria o de la humanidad.

*Los líderes*

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la Presidencia de la República, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía, después de él, romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla las palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies el director del *Arbeiter Zeitung*, escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el *Alarm*, el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente

que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía de la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra, él a la cabeza de una compañía: él donde se enseñaba a cargar el rifle o a apuntar de modo que diera en el corazón: él, en el sótano, las noches de ejercicio, "para cuando llegue la gran hora": él, con su *Anarchist* y sus conversaciones, acusando a Spies de tibio, por envidia de su pensamiento: él solo era el puro, el inmaculado, el digno de ser oído: la anarquía, la que sin más espera deje los hombres dueños de todo por igual, es la única buena: perinola el mundo y él, –y él, el mango: ¡bien iría el mundo hacia arriba, "cuando los trabajadores tuvieran vergüenza", como la pelota de la perinola!

Él iba de un grupo a otro: él asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba "con los que somos, nada más, con estos ochenta que somos" la revolución de veras, la que quería Parsons,

la que llama a la dinamita "sustancia sublime", la que dice a los obreros que "vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas de State Street, que son suyas las tiendas, que todo es suyo": él es miembro del " Lehr und Wehr Verein" de que Spies es también miembro, desde que un ataque brutal de la policía, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse, a armarse para defenderse, a cambiar, como hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Springfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el "gran rebelde", el "autónomo".

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhäuser o Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo le nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él solo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fundador, sólo para libertarse de ella halla natural dar la muerte.

Y mientras Schwab, nutrido en la lectura de los poetas, ayuda a escribir a Spies, mientras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como en su *Ciencia de la guerra revolucionaria* manda Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el *Alarm*, rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que

en lo interior acaba en fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.

*La hora de las armas*

Y así iban en Chicago adelantando las fuerzas anárquicas, con tal lentitud, envidias y desorden intestinos, con tal diversidad de pensamientos sobre la hora oportuna para la rebelión armada, con tal escasez de sus espantables recursos de guerra, y de los fieros artífices prontos a elaborarlos, que el único poder cierto de la anarquía, desmelenada dueña de unos cuantos corazones encendidos, era el furor que en un instante extremo produjese el desdén social en las masas que la rechazan. El obrero, que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde queda aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una hora libre para ver a la luz del sol a sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban sin obstáculos? Pues ¿qué querían ellos, puesto que es claro a sus ojos que se vive bajo abyecto despotismo, que cumplir el deber que aconseja la declaración de independencia derribándolo, y sustituirlo con una asociación libre de comunidades que cambien entre sí sus productos equivalentes, se rijan sin guerra por acuerdos mutuos y se eduquen conforme a ciencia sin distinción de raza, iglesia o sexo? ¿No se estaba levantando la nación, como manada de elefantes, que dormía en la yerba, con sus mismos dolores y sus mismos gritos? ¿No es la amenaza verosímil del recurso de fuerza, medio probable aunque pe-

ligroso, de obtener por intimidación lo que no logra el derecho? Y aquellas ideas suyas, que se iban atenuando con la cordialidad de los privilegiados tal como con su desafío se iban trocando en rifle y dinamita, ¿no nacían de lo más puro de su piedad, exaltada hasta la insensatez por el espectáculo de la miseria irremediable, y ungida, por la esperanza de tiempos justos y sublimes? ¿No había sido Parsons, el evangelista del jubileo universal, propuesto para la Presidencia de la República? ¿No había luchado Spies con ese programa en las elecciones como candidato a un asiento en el Congreso? ¿No les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y ¿no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo como toda plebe revestida de autoridad, las que decidieron a armarse a los más bravos?

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio a Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso: Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aun en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaban la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Lingg, veían su jefe propio. Engel, contento de verse en guerra con el universo, medía su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohíbe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Engel —"ha llegado la hora": Spies: –"¿habrá llegado esta terrible hora?": Lingg, revolviendo con una púa de madera arcilla y nitroglicerina: –"¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora!": Fielden, que ve levantarse, contusa y temible de un mar a otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas dia-

rias, recorre los grupos, unidos sólo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite: –"sí, amigos, si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora".

*Un millón reclama ocho horas*

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la república, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quien quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistado el fusil de motín, la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la orden de los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se pudría sin envasadores que lo amortajaran, mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de McCormick, ocupa-

das por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

*Estalla la cólera*

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo: ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?: "¡allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre!: ¿no se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos?: pues ¿no es ésta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan?: ¡de veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores!". Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas míseras que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil: el humo de McCormick caracolea sobre el molino: ya se acerca la hora de salida: "¡a ver qué cara nos ponen esos traidores!": "¡fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!...".

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies: primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y

aclaman: "ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!" Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino: ¿qué importa lo que está diciendo Spies?: arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, ¡y caen en triza todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso!: "¡aquéllos, aquéllos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!" ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas: vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellan: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

¿No se ve hervir todos aquellos pechos? ¿juntarse a los anarquistas? ¿escribir Spies un relato ardiente en su *Arbeiter Zeitung*? ¿reclamar Engel la declaración de que aquélla es por fin la hora? ¿poner Lingg, que meses atrás fue aporreado en la cabeza por la patrulla, las bombas cargadas en un baúl de cuero? ¿acumularse, con el ataque ciego de la policía, el odio que su brutalidad ha venido levantando? "¡A las armas, trabajadores!" dice Spies en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose: "¡a las armas, contra los que os matan porque ejercitáis vuestros derechos de hombre!" "¡Mañana nos reuniremos" –acuerdan los anarquistas– "y de manera y en lugar que les cueste caro vencernos si nos atacan!" "Spies, pon *ruhe* en tu *Arbeiter: Ruhe* quiere decir que todos debemos ir armados." Y de la imprenta del *Arbeiter* salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: "Trabajadores a las armas", habló de la injuria con cáustica elocuencia, mas no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: "¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?" decía Spies. Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo, –nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna: intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; "¿qué hemos hecho contra la paz?" dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

*La represión*

Y entonces se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten: "¡huimos sin disparar un tiro!" dicen unos; "apenas intentamos resistir", dicen otros; "nos recibieron a fuego raso", dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza: otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va

agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanado como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago, y de la república? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat; Parsons, Danton. ¿Qué?: ¡menos!; ésos son bestias feroces, Tinvilles, Henriots, Chaumettes, ¡los que quieren vaciar el mundo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cáceseles por las calles, como ellos quisieron cazar ayer a un policía! ¡salúdeseles a balazos por dondequiera que asomen, como sus mujeres saludaban ayer a los "traidores" con huevos podridos! ¿No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquéllas de París que arañaban la pared para dar cal con que hacer pólvora a sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asaltando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con vino de *colchydium*! ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastrera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de "la medicina", y de un rival suyo, de Paulus el Grande "que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch". A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Lingg, de su cueva: ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver, el policía lo abraza: y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizamí lleno de tuercas, escoplos y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga: ¡ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

*El proceso*

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vio por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjuro fue quien dijo, y desdijo luego, que vio a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el *Arbeiter* la palabra *ruhe*. Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de "manuales de guerra revolucionaria". Lo que sí se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece es la desdicha de la leal Nina Van Zandt, que prendada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llevó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fue a echar de rodillas a los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de catervas crueles de chi-

cuelos, para "pintar al mundo el horror de la condición de castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo". ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; ¡y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

*Sentencia indigna*

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo: que los gremios obreros de la república envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¡Quién nos defenderá mañana, cuando se alce el monstruo obrero, si la policía ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen! ¡Qué ingratitud para con la poli-

cía, no matar a esos hombres! "¡No!", grita un jefe de la policía, a Nina Van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida, les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del Estado, el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo: de la ciudad salen y entran repletos los trenes: Spies, Fielden y Schwab han firmado, a instancias de su abogado, una carta al gobernador donde aseguran no haber intentado nunca recursos de fuerza: los otros no, los otros escriben al gobernador cartas osadas: "¡o la libertad, o la muerte, a que no tenemos miedo!". ¿Se salvará ese cínico de Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco, y, ancianos como son, el gobernador los compadece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. ¡Allí, en la hora real, se vio el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frases ante la muerte! "Señor, dice un obrero, ¿condenarás a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero?" Sí: el gobernador los condenará; la república entera le pide que los condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros?: ¿de modo que esa alma feroz quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo? ¿a quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?

¡No será a Lingg, de cuya celda, sacudida por súbita explosión sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul! Allí está Lingg tendido vivo, despedazado, la cara un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa

roja: se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y se llevó la cápsula a la barba: lo cargan brutalmente: lo dejan caer sobre el suelo del baño: cuando el agua ha barrido los coágulos, por entre los jirones de carne caída se le ve la laringe rota, y, como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas, –cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

La primera es la mujer de Fischer: ¡la muerte se le conoce en los labios blancos!

Lo esperó sin llorar: pero ¿saldrá viva de aquel abrazo espantoso?: ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! Él la arrulla, le vierte miel en los oídos, la levanta contra su pecho, la besa en la boca, en el cuello, en la espalda. "¡Adiós!": la aleja de sí, y se va a paso firme, con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y Engel ¿cómo recibe la visita postrera de su hija? ¿no se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡oh, sí la quiere, porque tiemblan los que se llevaron del brazo a Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus ligaduras, la luz llorosa de su última morada! "¡Adiós, mi hijo!" dice tendiendo los brazos hacia él la madre de Spies, a quien sacan lejos del hijo ahogado, a rastras. "¡Oh, Nina, Nina!" exclama Spies apretando a su pecho por primera y última vez a la viuda que no fue nunca esposa: y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como la flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, conocedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la beldad de la muerte, tal como Ofelia vuelta a la razón, cruza, jacinto vivo, por entre los alcaides, que le tienden respetuosos la mano. Y a Lucy Parsons no la dejaron decir adiós a su ma-

rido, porque lo pedía, abrazada a sus hijos, con el calor y la furia de las llamas.

*La muerte espera*

Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con la escopeta al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclado de vez en cuando a un repique de llaves, por sobre el golpeo incesante del telégrafo que el *Sun* de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre, por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. Al fin del corredor se levantaba el cadalso. "¡Oh, las cuerdas son buenas: ya las probó el alcaide!" "El verdugo halará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa." "La trampa está firme, a unos diez pies del suelo." "No: los maderos de la horca no son nuevos: los han repintado de ocre, para que parezcan bien en esta ocasión; porque todo ha de hacerse decente, muy decente." "Sí, la milicia está a mano: y a la cárcel no se dejará acercar a nadie." "¡De veras que Lingg era hermoso!" Risas, tabacos, brandy, humo que ahoga en sus celdas a los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo chisporrotean, cocean, bloquean, las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira al cadalso un gato... ¡cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante enseguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba "El tejedor" de Henry Heine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

*Con ojos secos, lúgubres y ardientes,*
*rechinando los dientes,*
*se sienta en su telar el tejedor:*

*¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!*
*Tres maldiciones en la tela urdimos;*
*¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso Dios que implora en vano,*
*en invierno tirano,*
*muerto de hambre el jayán en su obrador!*
*¡En vano fue la queja y la esperanza!*
*Al Dios que nos burló, guerra y venganza:*
*¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso rey del poderoso*
*cuyo pecho orgulloso*
*nuestra angustia mortal no conmovió!*

*¡El último doblón nos arrebata,*
*y como a perros luego el rey nos mata!*
*¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso Estado que florece,*
*y como yedra crece*
*vasto y sin tasa el público baldón;*
*donde la tempestad la flor avienta*
*y el gusano con podre se sustenta!*
*¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Corre, corre sin miedo, tela mía!*
*¡Corre bien noche y día*
*tierra maldita, tierra sin honor!*
*Con mano firme tu capuz zurcimos:*
*tres veces, tres, la maldición urdimos:*
*¡Adelante, adelante el tejedor!*

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiendo en las palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo, Spies a medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va a emprender el vuelo.

El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin

prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

"¿Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía!" "—Porque –responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos– creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador, –¡y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!" "—¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, están leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiemblas, Engel!" "—¿Temblar porque me han vencido aquellos a quienes hubiera querido yo vencer? Este mundo no me parece justo; y yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!" Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el *Arbeiter Zeitung* el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una u otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: ¡oh, patria, raíz de la vida, que aun a los que te niegan por el amor más vasto a la humanidad, acudes y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! "¡Sí, alcaide, dice Spies, beberé un vaso de vino del Rhin!"... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que

en las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de *La Marsellesa* que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce del mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

*Llegó la hora*

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de lóbregos muros parecían, como el bíblico, vivos en medio de las llamas, cuando el ruido improviso, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaide y los carceleros que aparecen a sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncian, lo que oyen sin inmutarse que es aquélla la hora!

Salen de sus celdas al pasadizo angosto: ¿Bien? "—¡Bien!": Se dan la mano, sonríen, crecen. "¡Vamos!" El médico les había dado estimulantes: a Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero: les echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca: ¡abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la fren-

te: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria en el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza, el de Parsons, orgullo radioso; a Engel, que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons, les echan sobra la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: "La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora." Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: "¡Este es el momento más feliz de mi vida!" "¡Hurra por la anarquía!" dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas. "¡Hombres y mujeres de mi querida América...!" empieza a decir Parsons. Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del mundo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

*Muchedumbre de duelo*

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los

cadáveres amoratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vio pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas, –y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto, –y sociedades, gremios, *vereins*, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres: "—¿Qué es la verdad, –decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso, –qué es la verdad que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas: su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza: su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud: su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia: ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!".

De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave y agriado: "¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores

de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!"... La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombro inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra: como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre en vuelta a sus hogares. Y decía el *Arbeiter Zeitung* de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: "¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!".

*La Nación*. Buenos Aires, 1 de enero de 1888.

# UN PAÍS SE EXPANDE

*Nueva York olvida*

Todo lo olvidó Nueva York en un instante. ¿Muere el Administrador de Correos tanto de enfermedad como de pena, porque su propio partido republicano le quita el empleo que ganó palmo a palmo, desde la cachucha hasta la poltrona, para dárselo a un buscavotos de barba larga, que se pasa la vida convidando a cerveza y allegándose los padres de barrio? ¿Se niega el Ayuntamiento a extender las vías del ferrocarril aéreo, que afean la ciudad, y la tienen llena de humo y susto? ¿Se ha puesto de moda una corbata nacional, con los tres colores del pabellón, y con las puntas tiesas a los hombros? ¿Están las calles que no se puede andar por ellas, de tanta viga por tierra y estrado a medio hacer, y el aire azul, blanco y rojo, y de calicó y muselina, porque las banderas del centenario no dejan ver el cielo? ¿Se pagan a diez pesos los asientos para ver pasar la procesión, a ciento cincuenta una ventana, a mil un palco en el teatro del gran baile? ¿Se ha trabajado el Viernes Santo como todos los demás días, sin que la santidad se viera más que en la hermosura primaveral, que se bebe en el aire, y les centellea a las mujeres en los ojos?

Todo lo olvida Nueva York en un instante. Un fuego digno del centenario consume los graneros del Ferrocarril Central. El río, inútil, corre a sus pies. Las bombas, vencidas, bufan, echan chispas. Seis manzanas arden, y las llamas negruzcas, carmesíes, amarillas, rojas, se muerden, se abrazan, se alzan en trombas y remolinos dentro de la cáscara de las paredes, como una tempestad en el sol. Por millas cunde la luz, y platea las torres de las iglesias, calca las sombras sobre el pavimento con limpieza de encaje, cae en la fachada de una escuela sobre el letrero que dice: "Niñas". Muda la multitud, la multitud de cincuenta mil espectadores, ve hervir el mar de fuego con emociones romanas. —De la refinería de manteca, con sus millares de barriles en el sótano, y sus tanques de vil aceite de algodón, sale el humo

negro. Del granero mayor, que tocaba a las nubes, chorrean las llamas, derrúmbase mugiendo el techo roído, cae el asbesto en ascuas, y el hierro en virutas, flamea, entre los cuatro muros, la manzana de fuego. De los muelles salta al río el petróleo encendido, que circunda al vapor que huye, seguido por las llamas. El atrevido que se acerca, del brazo de un bombero, no tiene oídos para los comentarios, –la imprudencia de permitir semejante foco de peligro en el corazón de la ciudad, la pérdida que llega a tres millones, la magnificencia del espectáculo, más bello que el del incendio de Chicago, la majestad del anfiteatro humano, con caras como de marfil, que lo contempla; –el susurro del fuego es lo que se oye, un susurro como de vendaval; y el corazón se aprieta con el dolor solemne del hombre ante lo que se destruye. Un monte está en ruinas, ya negras, con grietas centelleantes, de las que sale el humo en rizos. Otro monte está en llamas, y se tiende por sobre la ciudad un humo dorado. A la mañana siguiente contemplaba en silencio el cascajo encendido la muchedumbre tenebrosa que acude siempre a ver lo que perece, –mozos fétidos, con los labios manchados de tabaco; obreras jóvenes, vestidas de seda mugrienta y terciopelo; muchachos descalzos, con el gabán del padre; vagabundos de nariz negra, con el sombrero sin ala, y los zapatos sujetos con cordeles. Se abre paso el gerente de una compañía de seguros, con las manos quemadas.

*En la Quinta y la Sexta*

De trajes vistosos era el río un día después y masa humana la Quinta Avenida, en el paseo de Domingo de Pascuas. El millonario se deja en calma pisar los talones por el tendero judío: leguas cubre la gente, que va toda de estreno, los hombres de corbata lila y clavel rojo, de gabán claro y sombrero que chispea, las mujeres con toda la gloria y pasamanería, vestidas con la chaqueta graciosa del Directorio, de botones como ruedas y adornos de Cachemira, cuando no de oro y plata. Perla y verde son los colores en boga, con gorros como de húsar, o sombreros a que sólo las conchas hacen falta, para ir bien con la capa peregrina.

A la una se junta con el de las aceras, el gentío de seda y flores que cantaba los himnos en las iglesias protestantes, y oía en la catedral la misa de Cherubini. Ya es ahogo el paseo, y los coches se llevan a las jóvenes desmayadas. Los vestidos cargados van levantando envidias, saludando a medias a los trajes lisos, ostentando su precio. Sobre los guantes llevan brazaletes, y a la cintura cadenas de plata; con muchos pomos y dijes. Se ve que va desapareciendo el ojo azul, y que el ojo hebreo invade. Abunda la mujer gruesa. Hay pocas altas.

Pero en la avenida de al lado es donde se alegra el corazón, en la Sexta Avenida: ¿qué importa que los galanes lleven un poco exagerada la elegancia, los botines de charol con polaina amarilla, los cuadros del pantalón como para jugar al ajedrez, el chaqué muy ceñido por la cintura y con las solapas como hojas de flor, y el guante sacando los dedos colorados por entre la solapa y el chaleco? ¿Qué importa que a sus mujeres les parezca poco toda la riqueza de la tienda, y carguen túnica morada sobre saya roja, o traje violeta y mantón negro y amarillo? Los padres de estos petimetres y maravillosas, de estos mozos que se dan con el sombrero en la cintura para saludar y de estas beldades de labios gruesos, de cara negra, de pelo lanudo, eran los que hace veinticinco años, con la cotonada tinta en sangre y la piel cebreada por los latigazos, sembraban a la vez en la tierra el arroz y las lágrimas, y llenaban temblando los cestos de algodón. Miles de negros prósperos viven en los alrededores de la Sexta Avenida. Aman sin miedo; levantan familias y fortunas; debaten y publican; cambian su tipo físico con el cambio del alma: da gusto ver cómo saludan a sus viejos, cómo llevan los viejos la barba y la levita, con qué extremos de cortesía se despiden en las esquinas las enamoradas y los galanes: comentan el sermón de su pastor, los sucesos de la logia, las ganancias de sus abogados, el triunfo del estudiante negro, a quien acaba de dar primer premio la Escuela de Medicina: todos los sombreros se levantan a la vez, al aparecer un coche rico, para saludar a uno de sus médicos que pasa.

*Oklahoma*

Y a esa misma hora, en las llanuras desiertas, los colonos ávidos de la tierra india, esperando el mediodía del lunes para invadir la nueva Canaán, la morada antigua del pobre seminole, el país de la leche y de la miel, limpian sus rifles, oran o alborotan, y no se oye en aquella frontera viva, sujeta sólo por la tropa vigilante, más que el grito de saludo del miserable que empieza a ser dueño, del especulador que ve espumas de oro, del pícaro que saca su ganancia del vicio y de la muerte. ¿Quién llegará primero? ¿Quién pondrá la primera estaca en los solares de la calle principal? ¿Quién tomará posesión con los tacones de su bota de los rincones fértiles? Leguas de carros; turbas de jinetes; descargas a cielo abierto; cantos y rogativas; tabernas y casas de poliandria; un ataúd, y detrás una mujer y un niño; por los cuatro confines rodean la tierra libre los colonos; se oye como un alarido: "¡Oklahoma! ¡Oklahoma!".

*Que ocupen las tierras*

Ya campea por fin el blanco invasor en la tierra que se quedó como sin alma cuando murió en su traje de pelear y con el cuchillo sobre el pecho el que "no tuvo corazón para matar como a oso o como a lobo al blanco que como oso y lobo se le vino encima, con amistad en una mano, y una culebra en la otra", el Osseola del cinturón de cuentas y el gorro de tres plumas, que se los puso por su mano en la hora de morir, después de pintarse media cara de rojo y de desenvainar el cuchillo. Los seminoles vendieron la tierra al "Padre Grande" de Washington, para que la vinieran otros indios a vivir o negros libres. Ni indios ni negros la vivieron nunca, sino los ganaderos que tendían cercas por ella, como si la tierra fuese suya, y los colonos que la querían para sembrados y habitación, y no "para que engorden con oro puro esos reyes del mundo que tienen amigos en Washington". La sangre de las disputas corrió muchas veces donde había corrido antes la de las cacerías; desalojó la tropa federal a los intrusos ganaderos o colonos: al fin proclamó pública la tierra el Presidente y señaló el 22 de abril para su ocupación: ¡entren todos a la vez!

¡el que clave primero la estaca, ese posea el campo! ¡ciento sesenta acres por la ley al que primero llegue! Y después de diez años de fatiga, los ferrocarriles, los especuladores, los que quieren "crecer con el país", los que han hallado ingrata la tierra de Kansas o Kentucky, los que anhelan echar al fin el ancla en la vida, para no tener que vivir en el carro ambulante, de miseria un día y de limosna otro, se han venido juntando en los alrededores de esta comarca en que muchos habían vivido ya, y levantado a escondidas crías y siembras, donde ya tenía escogida la ambición el mejor sitio para las ciudades, donde no había más huellas de hombre que las cenizas de las cabañas de los pobladores intrusos, los rieles del ferrocarril, y la estación roja.

Se llenaron los pueblos solitarios de las cercanías; caballos y carretas comenzaron a subir de precio; caras bronceadas, de ojo turbio y dañino, aparecieron donde jamás se las vio antes; había juntas en la sombra, para jurarse ayuda, para jurar muerte al rival; por los cuatro confines fue bajando la gente, apretada, callada, con los caballos, con las carretas, con las tiendas, con el rifle al hombro y la mujer detrás, sobre el millón de acres libres que guardaba de los invasores la caballería. Sólo podían entrar en la comarca los delegados del juez de paz nombrado por el presidente, o aquellos a quienes la tropa diera permiso: gente del ferrocarril para trabajos de la línea, un periodista para ir echando la planta de su imprenta, un posadero para tener preparado el lugar, o los empleados del Registro, adonde la muchedumbre ansiosa ha de inscribir por turno riguroso su intención de ocupar una sección de los terrenos libres. Pero dicen por las cercanías que entran muchos delegados, que el ferrocarril está escondiendo gente en los matorrales, que la tropa ha dado permisos a posaderos que no tienen posada, que los ferrocarrileros se han entendido con la gente oficial, y no va a quedar en Guthrie, en la estación roja, una manzana sin amo cuando se abra la tierra a la hora de la ley.

Bajan de los caminos más remotos, pueblos de inmigrantes, en montones, en hileras, en cabalgatas, en nubes. De entre cuatro masas vivas, sin más valla que las ancas de

la tropa montada, se levanta la tierra silenciosa, nueva, verde, con sus yerbales y sus cerros. Por entre las ancas miran ojos que arden. Así se ha poblado acá la soledad, y se ha levantado la maravilla de los Estados Unidos.

Y en los días cercanos al de la entrada libre, como cuando se muda una nación, eran campamento en marcha las leguas del contorno, sin miedo al sol ni a la noche, ni a la muerte, ni a la lluvia. De los bordes de la tierra famosa han ido echando sobre ella ferrocarriles, y se han erguido en sus fronteras poblaciones rivales, última estación de las caravanas que vienen de lejos; de las cuadrillas de jinetes que traen en los dientes la baraja, la pistola al disparar, y la bribona a la grupa; de las romerías de soldados licenciados, de campesinos, de viejos, de viudas.

Arkansas City ha arrancado los toldos de sus casas para hacer literas a los inmigrantes, tiene mellados los serruchos de tanto cortar bancos y mesas de primera hora, no encuentra leche que vender a las peregrinas que salen a buscarla del carro donde el marido cuida los enseres de la felicidad, –la tienda, la estufa, el arado, las estacas que han de decir que ellos llegaron primero, y nadie les toque su terruño; setenta y cinco vagones tiene Arkansas City entre cercas para llevar a Guthrie el gentío que bulle en las calles, pide limosna, echa el licor por los ojos, hace compras para revender, calcula la ganancia en los cambios de mano de la tierra. En otra población, en Oklahoma City, se vende ya a dos pesos el acre que aún no se tiene, contando con que va por delante el jinete que lo ha de ocupar, el jinete ágil y asesino. En Purcell la noche es día, no hay hombre sin mujer, andan sueltos mil vaqueros tejanos, se oyen pistoletazos y carcajadas roncas: ¡ah, si esos casadotes de las carretas se les ponen en el camino! ¡para el que tenga el mejor rifle ha de ser la mejor tierra! "¡Si me ponen un niño delante, Enriqueta, te lo traigo de beefsteak!" y duermen sobre sus náuseas.

*La marcha de las carretas*

Y van pasando, pasando para las fronteras, los pueblos en muda, los pueblos de carros. Se les cansa el caba-

llo, y empujan la rueda. No puede el hombre solo, y la mujer se pone a la otra. Se le dobla la rodilla al animal, y el hijo hombrón, con el cinto lleno de cuchillos, lo acaricia y lo besa. Los días acaban, y no la romería. Ahora son mil veteranos sin mujeres, que van con carros buenos, "a buscar tierra". Cien hombres ahora, con un negro a la cabeza, que va a pie, solo. Ahora un grupo de jinetes alquilones, de bota y camisa azul, con cuatro revólveres a la cintura y en el arzón el rifle de Winchester, escupiendo en la divinidad y pasándose el frasco. Por allí vienen cien más, y una mujer a caballo que los guía. Ahí pasa el carro de la pobre Dickinson, que trae dentro sus tres hijas, y dos rifles. Muchos carros llevan en el toldo este letrero: "Tierra o muerte". Uno, del que por todas partes salen botas, como de hombres tendidos en el interior, lleva éste: "Hay muchos imbéciles como nosotros".

Va cubierta de polvo, con azadas al hombro, una cuadrilla que obedece a un hombre alto y chupado, que está en todas partes a la vez, y anda a saltos y a voces, con el sombrero a la nuca, tres pelos en la barba y dos llamas en los ojos, sin color seguro la blusa, y los calzones hechos de una bandera americana, metidos en las botas. Otros vienen a escape, con dos muertos en el arzón, dos hermanos que se han matado a cuchilladas, en disputa sobre quién tenía mejor derecho al "título" que han escogido ya, "donde nadie lo sabe". Allá baja la gran romería, la de los "colonos viejos" que se han estado metiendo por el país estos diez años, y traen por jefe al que les sacó en Washington la ley, con su voz de capitán, sus espaldas de mundo, y sus seis pies de alto: la tropa marcha delante, porque son mil, decididos a sacar de la garganta a quien se les oponga, la tierra que miran como suya, adonde han vuelto cuando los echó la caballería, adonde tienen ya clavadas las estacas. Se cierra de pronto el cielo, la lluvia cae a torrentes, el vendaval vuelca los carros y les arranca los toldos, los caballos espantados echan a los jinetes por tierra. Cuando el temporal se serena, pasa un hotel entero, de tiendas y sillas plegadizas; pasa la prensa para el periódico; pasa un carro, cargado de ataúdes.

*Instantáneas de vaqueros*

¡Un día nada más, ya sólo un día falta! De Purcell y de Arkansas llegan noticias de la mala gente; de que un vaquero amaneció clavado con un cuchillo a la mesa de la taberna; de que se venden a precios locos los *ponies* de correr, para la hora de la entrada; de que son muchas las ligas de los especuladores con los pícaros, o de los pícaros entre sí, para defender juntos la tierra que les quiten a los que lleguen primero, que no tendrán más defensa que la que quepa en una canana; de que unos treinta intrusos vadearon el río, se entraron por el bosque, se rindieron, uno sin brazo, otro sin quijada, otros arrastrándose con el vientre roto, al escuadrón que fue a echarlos de su parapeto, donde salió con el pañuelo de paz un mozo al que no se le veía de la sangre, la cara. Pero los caballos pastan tranquilos por esta parte de la frontera, donde está lo mejor de la invasión y la gente anda en grupos de domingo, grupos de millas, grupos de leguas, por donde un anciano de barba como leche, llama con un cencerro a los oficios, desde la caja de jabón de que ha hecho púlpito; o donde los veteranos cuentan cómo ayer, al ver la tierra, se echaron a llorar y se abrazaron, y cantaron, y dispararon sus rifles; o en el corro que oye en cuclillas, con la barba en las palmas, lo que les dice la negra vieja, la tía Cloc, que ya tuvo gallinas y perro en Oklahoma, antes de que los soldados la echaran, y ahora vuelve a aquel "país del Señor, a ver si encuentra sus gallinas" o en el corro de mujeres, que han venido solas, como los hombres, a "tomar tierra" para sí, o a especular con las que compren a otros, como Polly Young, la viuda bonita, que lo hizo ya en Kansas, o a repartirse en compañía las que, ayudándose del caballo y del rifle, logren alcanzar, como las nueve juramentadas de Kentucky; o a vivir en su monte, como Nellie Bruce, que se quedó sola con sus pollos entre los árboles, cuando le echaron al padre los soldados, y le quemaron la casa que el padre le hizo para que enseñara escuela; o a ver quién le ha quitado "la bandera que dejó allí con un letrero que dice: Esto es de Nanitta Daisy, que sabe

latín, y tiene dos medallas como tiradora de rifle: ¡cuidado!". Y cuando Nanitta saca las medallas, monta en pelo sin freno ni jáquima, se baja por la cabeza lo mismo que por la grupa, enseña su revólver de cabo de marfil, recuerda cuando le dio las bofetadas al juez que le quiso dar un beso, cuenta de cuando fue maestra, candidato al puesto de bibliotecario de Kansas, y periodista en Washington, óyense a la vez, por un recodo del camino, un chasquido de látigo y una voz fina y virgen: "¡Ehoe! ¡Hurra!" "¡Aquí venimos nosotras, con túnica de calicó y gorro de teja!" "¡Ehoe! ¡Hurra!" "¡Tommy Barny se llevó a la mujer de Judas Silo!" "¡Aquí está Ella Blackburne, la bonita, sin más hombre que estos dos de gatillo y cañón, y sus tres hermanas!".

*Torrentes humanos*

Y a las doce, al otro día, todo el mundo en pie, todo el mundo en silencio, cuarenta mil seres humanos en silencio. Los de a caballo, tendidos sobre el cuello. Los de carro, de pie en el pescante, cogidas las riendas. Los de animales infelices, atrás, para que no los atropellen. Se oye el latigazo con que el caballo espanta la mariposa que le molesta. Suena el clarín, se pliega la caballería, y por los cuatro confines a la vez se derrama, estribo a estribo, rueda a rueda, sin injuriarse, sin hablarse, con los ojos fijos en el cielo seco, aquel torrente de hombres. Por Tejas, los jinetes desbocados, disparando los rifles, de pie sobre los estribos, vitoreando con frenesí, azotando el caballo con los sombreros. De enfrente los *ponies*, los *ponies* de Purcell, pegados anca a anca, sin ceder uno el puesto, sin sacarse una cabeza. De Kansas, a escape, los carros poderosos, rebotados y tronando, mordiéndole la cola a los jinetes. Páranse, desuncen los caballos, dejan el carro con la mujer, ensillan, y de un salto le sacan a los jinetes la delantera. Riéganse por el valle.

Se pierden detrás de los cerros, reaparecen, se vuelven a perder, echan pie a tierra tres a un tiempo sobre el mismo acre, y se encaran, con muerte en los ojos. Otro enfrena de súbito su animal, se apea, y clava en el suelo su cuchillo. Los carros van parándose, y vaciando en la pra-

dera, donde el padre pone las estacas, la carga escondida, la mujer y los hijos. No bajan, se descuelgan. Se revuelcan los hijos en el yerbal, los caballos relinchan y enroscan la cola, la madre da voces de un lado para otro, con los brazos en alto. No se quiere ir de un acre el que vino después; y el rival le descarga en la cara el fusil, sigue estacando, da con el pie al muerto que cae en la línea. No se ven los de a caballo, dispersos por el horizonte. Sigue entrando el torrente.

En Guthrie está la estación del ferrocarril, las tiendas de la tropa, la Oficina de Registro, con la bandera en el tope. Guthrie va a ser la ciudad principal. A Guthrie va todo Arkansas y todo Purcell. Los hombres, como adementados, se echaron sobre los vagones, se disputaron puestos a puñetazos y mordidas, tiraban las mochilas y maletas para llegar primero, hicieron en el techo el viaje. Sale entre vítores el primer tren: y el carro primero es el de los periódicos. Pocos hablan. Los ojos crecen. Pasa un venado, y los del tren lo acribillan a tiros. "¡En Oklahoma!" dice una voz, y salen a la plataforma a disparar, disparan por las ventanillas, descargan las pistolas a sus pies, vociferan, de pie en los asientos.

Llegan: se echan por las ventanas: ruedan unos sobre los otros: caen juntos hombres y mujeres: ¡a la oficina, a tomar turno! ¡al campo, a tomar posesión! Pero los primeros en llegar hallan con asombro la ciudad medida, trazada, ocupada, cien inscripciones en la oficina, hombres que desbrozan la tierra, con el rifle a la espalda y el puñal al cinto. Corre el grito de traición. ¡La tropa ha engañado! ¡La tropa ha permitido que se escondiesen sus amigos en los matorrales! ¡Estos son los delegados del juez, que no pueden tomar tierra, y la han tomado! "De debajo de la tierra empezó a salir la gente a las doce en punto", dicen en la oficina. ¡A lo que queda! ¡Unos traen un letrero que dice: "Banco de Guthrie", y lo clavan a dos millas de la estación, cuando venían a clavarlo enfrente. Otro se echa de bruces sobre un lote, para ocuparlo con mejor derecho que el que sólo está de pie sobre él. Uno vende en

cinco pesos un lote de esquina. ¿Pero cómo, en veinticinco minutos, hay esquinas, hay avenidas, hay calles, hay plazas? Se susurra, se sabe: hubo traición. Los favorecidos, los del matorral, los que "salieron de debajo de la tierra", los que entraron so capa de delegados del juez y empleados del ferrocarril, celebraron su junta a las diez, cuando no había por la ley tierra donde juntarse, y demarcaron la ciudad, trazaron las calles y solares, se repartieron las primicias de los lotes, cubrieron a las dos en punto el libro de Registros con sus inscripciones privilegiadas. Los abogados de levita y revólver, andan solicitando pleitos. "¿Para qué, para que se queden los abogados con la tierra?".

Los banqueros van ofreciendo anticipos a los ocupantes con hipoteca de su posesión. Vienen los de la pradera, en el caballo que se cae de rodillas, a declarar su título. En hilera, de dos en dos, se apiñan a la puerta los que se inscriben, antes de salir, para que conste su demanda y sea suya una de las secciones libres. Ese es un modo de obtener la tierra, y otro, el más seguro y expuesto, es ocuparla, dar prenda de ocupación, estacar, desbrozar, cercar, plantar el carro y la tienda. "¡Al banco de Oklahoma!" dice en una tienda grande. "¡Al primer hotel de Guthrie!" "¡Aquí se venden rifles!" "¡Agua, a real el vaso!" "¡Pan, a peso la libra!". Tiendas por todas partes, con banderolas, con letreros, con mesas de jugar, con banjos y violines a la puerta. "¡El *Herald de Oklahoma* con la cita para las elecciones del Ayuntamiento!". A las cuatro es la junta, y asisten diez mil hombres. A las cinco, el *Herald de Oklahoma* da un alcance, con la lista de los electos.

Pasean por la multitud los hombres-anuncios, con nombres de carpinteros, de ferreteros, de agrimensores a la espalda. En el piso no se ve la tierra, de las tarjetas de anuncios. Cuando cierra la noche, la estación roja del ferrocarril es una ciudad viva. Cuarenta mil criaturas duermen en el desierto. Un rumor, como de oleaje, viene de la pradera.

Las sombras negras de los que pasan se dibujan,

al resplandor de los fuegos, en las tiendas. En la oficina de registrar, no se apaga la luz. Resuena toda la noche el golpe del martillo.

*La Opinión Pública*. Montevideo, 1889.

# INDIOS Y NEGROS

*Monumento a los padres peregrinos*

NI DE las intrusiones de la política norteamericana en Haití; ni de las tres viudas del prestidigitador Irvin Bishop; ni de la pelea de los electricistas contra el Brown que ha puesto a la electricidad de verdugo; ni de lo que adelantan el iracundo Foraker entre los republicanos, y el pensamiento de Cleveland en la masa del país, iban hablando el primero de agosto los descendientes de los peregrinos de la "Flor de Mayo", sino de la lástima de que les tocase mañana tan lluviosa para dedicar, con la oratoria de Breckinridge y la poesía de Boyle O'Reilly, el monumento de granito que al cabo de veinticinco años de fatigas, de peticiones, de regalos, de colectas, de limosnas, ha logrado levantar la sociedad de los peregrinos en memoria de aquellos bravos de bota y alabarda que se arrodillaron en la limpieza de la nieve a dar gracias a Dios, el 22 de diciembre de 1620, porque en la catedral azul del cielo podían orar como les dictaba la conciencia, con el amparo del mar de Plymouth, a la música de los pinos.

De todos los Estados fue gente de honor a la ciudad, que tiene lejos, por donde no se las sospeche, sus fábricas y factorías, para que no vea el visitante más que las casas señoriales, cercadas de olmos, donde viven, en arrogante soledad, los que aún llevan en los ojos aguileños, en la espalda cuadrada, en la mano poderosa, en el pie fuerte, marcas de aquellos a quienes no les fue obstáculo el saber de los libros ni la elegancia de las costumbres para echarse, mujeres y hombres, a la mar revuelta, en busca de una playa donde tuviera asilo seguro, so capa de libertad religiosa, la que bajo ellas les daba alientos para arrostrar la muerte: la libertad política. Bien lo dijo el poeta de la fiesta: "¡Aquí empezó el reinado de los hombres!".

Ya no es Plymouth el caserón de troncos donde se albergaron los peregrinos, con sus Priscillas y sus pequeñuelos, que eran cien por todos, y tan bravos que no se les

encogió el corazón cuando los fríos los dejaron en la mitad, sino que los cincuenta siguieron derribando pinos y defendiendo el pueblo hasta que tuvieron la tierra de los alrededores repartida, y los solteros viviendo como de la casa con los matrimonios, que eran diecinueve con su casa de tablones para cada uno, en dos calles que hacían cruz, y en el mismo crucero la mansión del gobernador, que desde allí veía bien el entarimado de los seis cañones. Plymouth es hoy población de monumentos, y éste de ahora es de lo más alto en su especie, aunque no de lo más hermoso, con sus ochenta y un pies de alto, en la cumbre del cerro que impera sobre la bahía, y las cuatro figuras de la libertad, la moralidad, la educación y la ley puestas como baluartes y esquinas a la base cuadrada donde se yergue, con el brazo a medio alzar, la estatua de roca de la fe, que por el cuello mide nueve pies en redondo, y trece por la frente, y treinta y seis de la fimbria del manto a la estrella que la corona. Y bajo cada figura de la base hay un relieve de mármol, que por su ejecución vale menos que por su asunto, como que en uno están los peregrinos embarcándose, rumbo a la libertad, en la rada de Delft, y en otro se les ve en el camarín de la "Flor", firmando el convenio de gobierno civil con que había de regirse la nueva comunidad: otro relieve pinta el desembarque, cuando el pastor se arrodilló sobre la nevada, para agradecer al cielo el arribo a una playa libre: en el otro mármol están los peregrinos de chambergo y vestón, tratando de paz con el indio, de plumas y pieles, el indio Massassoti.

¡Pero en este monumento tan trabajado, tan traído y vuelto a traer, con un relieve regalado por Massachusetts y la estatua de la Libertad regalada por el Congreso Federal; en este monumento de corte áspero y artes escolares, sin el soplo vivo de la magnífica rebelión que conmemora, no hay figura ni adorno donde se celebre la verdad y trascendencia de aquella peregrinación, que no estuvo tanto en la fe, sino en la independencia religiosa, por la cual se establece el derecho del hombre a pensar por sí en los asuntos que le atañen, y no acatar más rey en el mundo que el que le ha dado la conciencia por monarca! Y aun

eso era cosa espiritual, que por su dignidad y alteza estaba fuera y por encima de la intervención del hombre, sin que el arte menor de gobernar los intereses terrenos de la comunidad, lleve la arrogancia hasta tomar bajo su ala de criatura a la casa del creador, ni su usurpación hasta presumir de alimentar y cuidar a la Iglesia, que no debe estar a sueldo de nadie, porque es como poner a Dios a pesebre y darle un pienso por la tarde, y otro por la mañana.

No eran aquellos peregrinos los puritanos de quijada fuerte y de mosquete al hombro que quemaban brujas y acribillaban a balazos a los cuáqueros, sino los que recibían a los cuáqueros prófugos con amor, porque con que el hombre fuese sincero, y con que padeciese por la libertad, ya era para los peregrinos religioso. En busca de puerto para ese derecho de creer fueron del norte de Inglaterra a Leyden y a Amsterdam: en busca de ese puerto virgen se fiaron a la mar en Delft, con su carga de arados, de escopetas y de Biblias: en busca de ese puerto venían cuando a bordo de la "Flor" reconocieron y firmaron que en las cosas del alma no hay más guía ni autoridad que la razón, y que sobre esa base de felicidad había de levantarse, sin ingerencia alguna en el gobierno ni especie de templo, la asociación que los peregrinos formaban para vivir y prosperar juntos donde el hombre pudiese vivir conforme a su naturaleza. Y en el camarín de la "Flor" quedó establecida para siempre la práctica sin la cual no puede haber pueblo dichoso, y aseguró a la vez la dignidad y la paz al hombre y a la religión: la separación de la Iglesia y el Estado.

Pero lo que no está en el monumento con la claridad y preeminencia que debía, en la ceremonia estuvo, porque el discurso lo dijo un protestante de los que pone la razón por sobre su cabeza, y no ve salud sin el albedrío de la opinión; y la poesía fue de un católico famoso que no se mesaba los cabellos, ni invocaba el fuego celeste cuando los masones dedicaron el monumento, antes de los versos y de la oratoria, con ritos en que fue parte principal el ungir la piedra con jugo de maíz, y con aceite y vino. Oraron los grandes maestros, y cantaron himnos los grandes capellanes. Uno invocó, y otro proclamó. Y masones, protestan-

tes y católicos corearon juntos, al pie del monumento de la razón libre, el himno "América".

Ya cuando empezó su discurso el kentuckiano Breckinridge, que es orador famoso, que le pone riendas al fuego, y alas al juicio, habían vuelto de su primera curiosidad los que del ferrocarril se fueron a ver las memorias preciosas del lugar, –la roca de Plymouth, donde pusieron el pie los peregrinos, y ahora está bajo un dosel de piedra, –el cerro de Cole, adonde llevaron en procesión los huesos de aquellos cincuenta que en el primer invierno murieron de frío, –la calle Leyden, como se llama ahora la de las diecinueve casas, con su "mansísimo arroyo", al que vienen alborotando, como chicuelos desnudos que se echan al baño de cabeza, "muchos alegres manantiales", –la columna de Bradford, puesta sobre el sepulcro del gobernador sagaz, que atraía con las palabras y mantenía con los cañones; el templete, donde están en pinturas los sucesos de los peregrinos, y se ve en una mesa de roble la Biblia de John Robinson, y entre cristales la alabarda de Alden, y en su estuche gastado la hoja damasquina de Miles Standish, el soldado intrépido de la peregrinación: y a la puerta de todo, como si el mundo hubiera de parar en verso, el manuscrito de la oda de Felicia Hemans: "¡Se empinaban las olas rompientes!". Otros venían empapados de la lluvia, del lago cercano de Billington, por cuyas orillas frondosas enarcan la cola, paran las orejas finas y saltan con las pezuñas de punta, como cuando quieren matar a la serpiente al caer, los venados que la ley del pueblo ampara de los cazadores, y crecen cada día: cerca están, huraños y miserables, los últimos indios.

*Los indios ausentes*

¡Ni un indio quiso ir a oírle el discurso a Breckinridge, que ponía a los peregrinos como zapadores de esta idea de la conciencia libre, y de la Iglesia independiente en el Estado! Ni un indio fue a oírle las estrofas repulidas al irlandés Boyle O'Reilly, que es hombre de genio y cuerpo hermoso, amigo y capaz de lo épico, y gran mantenedor de la poesía vieja de Irlanda, y de la gracia y salud del

boxear, en que es tan perito como en sacarle punta a las antífonas, y ponerle refrán a los épodos. Ama a la religión católica con la fuerza de quien ve en ella el símbolo de la patria oprimida, y tiene para condolerse de los vencidos, del negro, del indio, del hombre de corazón sensible, acentos de esencia y música, que suelen llegar a la beldad estatuaria por la limpieza de la idea y la composición de la armonía, que es arte a que no pudo llegar con los versos oratorios de la ceremonia de Plymouth, los cuales, con ser hermosos, no fueron más que poesía de monumento, que perdura por la ocasión más que por su valer, y a lo sumo es como aquí, un rosario de enumeraciones, o un párrafo que da vueltas y va subiendo como un caracol, para ponerle en el tope un verso que le salió al poeta feliz.

Pero esto es la albañilería de la literatura, y no su aroma, como la poesía debiera ser. La flor del pensamiento es la poesía, y lo nuevo del mundo; o la flor del sentir, que en los pueblos viejos, por la cultura o por la edad, acaso sólo es dable en los jóvenes, si es que el atiborramiento de las escuelas deja a la juventud de hoy la frescura e individualidad propicias e indispensables a la creación poética, como a toda especie de creación. Educar no debiera ser eso, ni echarle al hombre el mundo encima, de modo que no le quede por donde asomar los ojos propios; sino dar al hombre las llaves del mundo, que son la independencia y el amor, y prepararle las fuerzas para que lo recorra por sí, con el paso alegre de los hombres naturales y libres.

*La danza de los últimos* sioux

Más poesía, tremenda e ingenua, hay en el discurso en que Nube Roja sacó el dolor de su alma de indio ante la concurrencia que había venido al pueblo de Chaldron, en sus ropas de fiesta y sus músicas de vencedor, a ver cómo danzan los últimos *sioux*, los que ya no tienen "ni lo que cubre una piel de venado", para oír lo que dice del cielo el hombre de la medicina, el que enseña cómo se curan las heridas, y cómo se pone a los enemigos en paz: el hombre de la medicina, con su crestón de plumas tendido a los pies, oía encuclillado el discurso de Nube Roja, encuclillado, con

la cabeza hundida en las rodillas: ¡dicen que les dejan la mitad de su tierra, de lo único que les queda ya de su tierra! ¡pero les quitarán esa mitad, como les han quitado esta otra! ¡Para qué quieren ellos los catorce millones de pesos que les dan! "¡La pluma del águila que vuela libre por el aire, dice Nube Roja, vale más que tus catorce millones de pesos!" "¡Si esto es convenio, corazones de lobo; si esto es convenio, corazones de zorra, ¿qué será asesinato? ¡A mí también se me ha metido la culebra en el corazón, porque no tengo valor para arrancármelo con las manos, y echártelo a los pies, para que se lo lleves al gran padre de Washington, a que reparta entre los blancos lo último que queda de nosotros!" Los militares lo oyen, con la mano al revólver: las mujeres y los músicos se han metido en los carros: los indios todos en cuclillas, con la cabeza baja, atienden al discurso de Nube Roja. Tiene alta la cabeza: las palabras le salen como apretadas, martirizadas, rotas de los labios: con la mano izquierda se arranca los flecos de la calzonera de cuero: con la mano derecha hace gestos violentos, como de quien echa lejos de sí lo que le causa horror. "Me han mandado venir aquí para que vean los blancos cómo bailan los indios; esto está bien, está bien, porque los indios de ahora no saben más que bailar. ¡Ya los indios se han muerto!: estos indios de ahora son como la sombra de los árboles que de noche da miedo y hace reír de día: ¡estos indios de ahora son huesos de pájaros! Pero yo he querido venir, porque todavía creo lo que mi padre me dijo, que la sangre enojaba la tierra, y que los blancos y los indios son todos hermanos, como nacidos de una misma mujer. El gran padre me manda decir que le venda mis tierras porque si no se las vendo, va a ser como en el agua del estanque, que el pez grande se come al pez chico, y no vale que yo le ponga una cerca a mi tierra, porque los blancos saltarán por encima del cercado, y me quitarán la tierra. El gran padre me ha engañado como a un niño, me ha robado como a un niño: yo no quiero firmar más tratos, porque el gran padre manda luego sus soldados a quitarme lo que en el trato me dijo que era mío. Ya no nos queda ni corazón. Ya en el pueblo de los *sioux*

no hay más que mujeres. Déjenme morir en paz, déjenme morir en mi tierra, como se muere en el aire el humo de los troncos quemados!" Y el hombre de la medicina levantó del suelo el crestón y hundió la cara en él.

Nube Roja se cubrió el rostro con el brazo, y echó a andar, a un macizo de árboles. Los guerreros se quedaron en cuclillas, con el rifle a traviesa en la falda, y la rienda del *pony* de una mano. Pero todos han tenido que firmar, porque se lo han mandado a boca de fusil, y ya cercan los cuatro confines, esperando la voz de entrar, los colonos blancos que hace años vienen cerrando el cerco sobre la tierra *sioux*, como estrecha sus anillos la serpiente alrededor de la presa vencida. Once millones de acres de Montana y Wyoming les han hecho vender por catorce millones de pesos, a aquellos a quienes el general Crook, que los ve trabajar y morir, les decía "por su fe de hombre honrado": "Sois iguales al blanco por la inteligencia y por el corazón: sois fuertes y juiciosos como el blanco, y no tenéis más culpa que la de defender vuestra tierra con los rifles, que nosotros mismos os hemos dado para que os extingáis en la guerra contra nuestro poder mayor: sois nuestros hermanos por la naturaleza; y nuestros superiores por vuestra bravura en la desdicha: ¿por qué os niegan un puesto de hermano en la nación los malos corazones?" Tú eres bueno, Crook; ¡pero tu pueblo roba y mata! Y todos los que habían venido al *pow-wow* apagaron en el suelo la pipa de la paz, en señal de desconfianza.

*Hordas contra los negros*

No andan por el Sur más tranquilos los negros; ni menos perseguidos, puesto que en ciudad de tanto influjo como Atlanta, la población ha quemado en la horca la efigie del director de correos, porque osó dar un puesto a un negro inteligente y cortés, que hubiera tenido a sus órdenes a una joven blanca. "¿Yo cambiar papeles mano a mano, yo recibir mandatos, yo tener frente a frente todo el día a un negro que no es mi igual, y viene a ser mi superior?" La joven renunció: hubo juntas de indignación, en que le alabaron la renuncia; levantaron en frente del co-

rreo una horca, con la efigie colgante del general Lewis, y al entrar la noche le prendieron fuego: seis policías de la ciudad abrieron paso entre la multitud, a los que llevaban las antorchas; en el club, todos los miembros decidieron dar la espalda en la calle al general, y negarle el saludo: uno de sus fiadores le ha retirado la firma: el periódico del lugar le dice:

"¿Cómo acepta Lewis un puesto público para ofender la opinión decidida de aquellos cuya ayuda aceptó para encumbrarse al puesto de donde los ofende?" Lewis responde que él es empleado federal, que no sabe, en cuanto lo es, que haya blancos ni negros, sino ciudadanos con derecho a los empleos y recompensas de la república: –"no he de nombrar, dice, a un negro para un empleo inferior, y de mero amanuense, cuando la nación nombra a un mulato, a Federico Douglass, como su representante, representante de los Estados Unidos, en otra república, en Haití". "¡Haití es tierra de negros!" le responde el diario: "no necesitaran ustedes, los republicanos, del voto de los negros para tenernos en jaque a los demócratas del Sur, y ya veríamos si tenían tanto empeño en sentarnos a la mesa de comer a estas hordas africanas".

Lo de hordas lo repiten ahora más, porque con los calores, que pueden en la sangre negra más que en la blanca, se les ha encendido la fe a las negradas de Georgia, que es donde fue la quema de la efigie. Y no quieren ver los negrófobos las otras hordas de los seminarios, donde se preparan a cientos los negros y mulatos, para sacerdotes; ni las listas que los diarios están publicando estos días de negros ricos, que han hecho fortunas sin contratos de ayuntamiento ni concesiones de ferrocarriles, y negros actores, que los ha habido famosos, y tan buenos en la tragedia como en la caricatura, y negros autores, que van siendo ya muchos, y se distinguen en el periódico y en la teología, acaso porque en ésta hallen un tanto de la piedad y el consuelo que les niega el mundo. Lo que los diarios cuentan con encono, como si entre los blancos de España y los mestizos de México no hubiera habido locura igual, es que en 40 millas a la redonda de Savannah los negros están

abandonando sus melonares, dejando ir por los troncos la trementina, abriendo al ganado las siembras, echando al río, en sacos, su dinero, para seguir por los campos besándole las manos, y arrodillándose a su voz, a un blanco de unos treinta años y cabellera rizada, que les dice que en su cuerpo magro y casi transparente del ayuno, está encarnado Cristo. Duermen en las selvas. Rezan con la aurora. Van detrás de Cristóbal Orth, que se sabe de memoria la Biblia, y les promete llevarlos a la tierra donde todos los hombres son iguales, a la tierra de Canaán. En vano se le oponen los sacerdotes negros, cuyas plegarias flojas no pueden sacar de su miseria al negro acorralado, "que se queda sin cabeza en cuanto la quiere sacar más alta que sus melones". ¡Ese es Cristo, el que no les pide dinero a los negros para llevarlos a la tierra de Canaán! ¡Ese es Cristo, el que da, el que no pide! ¿No se están cumpliendo todas sus profecías? ¿No lo han acusado de vagabundo, como dijo él que lo acusarían? ¿No lo han llevado preso ante el juez, como dijo él que lo iban a llevar? ¿No le disputó el juez su divinidad, como él lo dijo? ¿No dijo que lo pondrían otra vez libre, como lo han puesto, para seguir viaje, como está siguiéndolo, a la tierra de los canaanitas? Trescientos negros, y muchos con armas, fueron detrás de él, en plena fuerza del sol, al pueblo del juzgado. Los jurados eran doce, y el juez un coronel que sabe Biblia; pero Orth sabe más, y se defiende de pie, abriendo las manos sobre los jueces, como si les echara encima los versículos.

Por vagabundo no lo pueden condenar; y enseña las manos llenas de dinero. El milagro del vino le piden, pero él no lo quiere hacer, porque no digan que anda con vino, y se valgan de eso para cerrarle con la ley el paso a Canaán. No detendrá la mano al coronel que se va a llevar a la boca un mascullón de tabaco, porque a quien tiene preocupado la salvación del hombre no le importa que el coronel masque, ni quiere dejarlo manco de por vida. El espíritu de Cristo está en él, y estuvo en Abraham Lincoln, y en Jefferson Davis. Lo que él quiere es que el hombre viva donde no lo maltraten los demás hombres, y todos coman y beban, y no digan que la rosa colorada no es rosa, por-

que no hay más rosa verdadera que la blanca. El dinero es la mancha del mundo. Canaán es la tierra de la justicia, donde el que más ama es el más rico, porque todo se lo pagan en amor. Por todo lo cual, el jurado declaró a Orth lunático y enemigo de la paz pública; pero por aquellos campos no había cárcel que quisiera dentro de sus puertas a quien tiene por sí a cientos de negros armados, así es que lo dieron libre, en lo que vio su gente la prueba de la divinidad que les tenía anunciada el sagaz Orth, a quien con más fuerza se llevaron preso pocos días después. Sólo que ya no se podía apagar el ansia despierta de la redención, y por allí cerca salió de entre los negros un James, que se declaró también Jesús, e iba a la cabeza de sus secuaces, desnudo por los campos, con éxtasis religiosos que paraban en el abrazo y confusión pública de los sexos, según la práctica de la secta africana de los *woodoos*, que ponen en la tierra los delirios conyugales que los swedenborgianos de Suecia ponen, como corona de todos los gustos, en el unisexo y conjunción definitiva de los ángeles del cielo. Pero James no hizo armas cuando le cayó encima la ley, como había hecho puños contra un negro sensato que lo quiso sacar de su demencia, y a quien atacó con ferocidad el gentío de los conversos: a la ley se rindió James, e intimó a los que la querían resistir que se rindieran, lo cual hizo como quien sabe que le van a obedecer, y no tiene más que ondear la mano: besaban la tierra por donde se llevaban a James desnudo: también ellos habían echado al río todos sus ahorros: "¿a qué el dinero, decía James, si por el amor de los hombres al dinero hemos venido a esta infelicidad?" "¿quién nos llevará ahora, se preguntaba un viejo, adonde están el placer y la justicia?".

A James, que era alcalde de su caserío, lo han encerrado por loco.

*La Nación*. Buenos Aires, 6 de octubre de 1889.

# EL PUENTE DE BROOKLYN

PALPITA en estos días más generosamente la sangre en las venas de los asombrados y alegres neoyorkinos: parece que ha caído una corona sobre la ciudad, y que cada habitante la siente puesta sobre su cabeza: afluye a las avenidas, camino de la margen del Río Este, muchedumbre premiosa, que lleva el paso de quien va a ver maravilla: y es que en piedra y acero se levanta la que fue un día línea ligera en la punta del lápiz de un constructor atrevido; y tras de quince años de labores, se alcanza al fin, por un puente colgante de 3.455 pies, Brooklyn y New York.

*Comienza la obra*

El día 7 de junio de 1870 comenzaban a limpiar el espacio en que había de alzarse, a sustentar la magna fábrica, la torre de Brooklyn: el día 24 de Mayo de 1883 se abrió al público tendido firmemente entre sus dos torres, que parecen pirámides egipcias adelgazadas, este puente de cinco anchas vías por donde hoy se precipitan, amontonados y jadeantes cien mil hombres del alba a la media noche. Viendo aglomerarse, a hormiguear velozmente por sobre la sierpe aérea, tan apretada, vasta, limpia, siempre creciente muchedumbre, –imagínase ver sentada en mitad del cielo, con la cabeza radiante entrándose por su cumbre, y con las manos blancas, grandes como águilas, abiertas, en signo de paz sobre la tierra, –a la Libertad, que en esta ciudad ha dado tal hija. La Libertad es la madre del mundo nuevo, –que alborea. Y parece como que un sol se levanta por sobre estas dos torres.

De la mano tomamos a los lectores de *La América*, y los traemos a ver de cerca, en su superficie, que se destaca limpiamente de en medio del cielo; en sus cimientos, que muerden la roca en el fondo del río; en sus entrañas, que resguardan y amparan del tiempo y del desgaste moles inmensas, de una margen y otra, –este puente colgante de Brooklyn, entre cuyas paredes altísimas de cuerdas de alambre

suspensas– como de diente de un mamooth [*sic*] que hubiera podido de una hozada desquiciar un monte –de cuatro cables luengos, paralelos y ciclópeos,– se apiñan hoy como entre tajos vecinos del tope a lo hondo en el corazón de una montaña, hebreos de perfil agudo y ojos ávidos, irlandeses joviales, alemanes carnosos y recios, escoceses sonrosados y fornidos, húngaros bellos, negros lujosos, rusos –de ojos que queman, noruegos de pelo rojo, japoneses elegantes, enjutos e indiferentes chinos. —El chino es el hijo infeliz del mundo antiguo: así estruja a los hombres el despotismo: como gusanos en cuba, se revuelcan sus siervos entre los vicios. Estatuas talladas en fango parecen los hijos de sociedades despóticas. No son sus vidas pebeteros de incienso: sino infecto humo de opio.

*La gran mole en cifras*

Y los creadores de este puente, y los que lo mantienen, y los que lo cruzan, –parecen, salvo el excesivo amor a la riqueza que como un gusano les roe la magna entraña, hombres tallados en granito –como el puente. —¡Allá va la estructura! Arranca del lado de New York, de debajo de mole solemne que cae sobre su raíz con pesadumbre de 120.000.000 de libras; sálese del formidable engaste a 930 pies de distancia de la torre, al aire suelto; éntrase, suspensa de los cables que por encima de las torres de 276-1/3 pies de alto cuelgan; por en medio de estas torres pelásgicas que por donde cruza el puente miden 118 pies sobre el nivel de la pleamar, encúmbrase a la mitad de su carrera, a juntarse, a los 135 pies de elevación sobre el río, con los cables que desde el tope de la torre en solemne y gallarda curva bajan; desciende, a par que el cable se remonta al tope de la torre de Brooklyn, hasta el pie de los arcos de la torre, donde ésta, como la de New York, alcanza a 118 pies; y reentra, por sobre el aire con toda su formidable encajería deslizándose, en el engaste de Brooklyn, que con mole de piedra igual a la de New York, sajado el seno por nobles y hondos arcos, sujeta la otra raíz del cable. Y cuando sobre sus cuatro planchas de acero, sepultadas bajo cada una de las moles de arranque, mueren los cuatro cables de que el

puente pende, han salvado, de una ribera del río Este a la otra, 3.578 pies. ¡Oh, broche digno de estas dos ciudades maravilladoras! ¡Oh guión de hierro –de estas dos palabras del Nuevo Evangelio!

*La muchedumbre quiere ver*

Llamemos a las puertas de la estación de New York. Millares de hombres, agolpados a la puerta central nos impiden el paso. Levántase por entre la muchedumbre, cubiertas de su cachucha azul humilde, las cabezas eminentes de los policías de la ciudad; que ordenan la turba. A nuestra derecha, por la vía de los carruajes, entran carretas que llevan trozos de paredes y columnas; carros rojos del correo, henchidos de cartas; carrillos menguados, de latas de leche; coches suntuosos, llenos de ricas damas; mozos burdos, que montan en pelo, entre rimeros de arneses, sobre caballos de carga que en poco ceden al troyano; y lindos mozos, que en nerviosos corceles revolotean en torno de los coches. Ya la turba cede: dejamos sobre el mostrador de la casilla de entrada, un centavo, que es el precio del pasaje; se ven apenas desde la estación de New York las colosales torres; zumban sobre nuestra cabeza, golpeando en los rieles de la estación del ferrocarril aun no acabado, que ha de cruzar el puente, martillos ponderosos: empujados por la muchedumbre, ascendemos de prisa la fábrica de amarre de este lado del puente. Ante nosotros se abren cinco vías, sobre la mampostería robusta comenzadas: las dos de los bordes son para caballos y carruajes, las dos interiores inmediatas, entre las cuales se levanta la de los viandantes, son las idas y venidas de ferrocarril, cuyos amplios vagones reposan a la entrada: como a los 700 pies de la mampostería cesa, y empieza el puente colgante, que los cuatro cables paralelos suspenden, trabados a los eslabones de hierro, que cual inmenso alfanje encorvado con la punta sobre la tierra, atraviesan la mampostería, como si tuviera el mango al río y el extremo a la ciudad, hasta anclar en el fondo de la fábrica. Ya no es el suelo de piedra, sino de madera, por bajo de cuyas junturas se ven pasar como veloces recaderos y monstruos menores, los trenes del fe-

rrocarril elevado, que corren a lo largo de esta margen del río –a diestra y siniestra. Y por debajo de nuestros pies, todo es tejido, red, blonda de acero: las barras de acero se entrelazan en el pavimento y las paredes que dividen sus cinco anchas vías, con gracia, ligereza y delgadez de hilos; ante nosotros se van levantando, como cortinaje de invisible tela surcada por luengas fajas blancas, las cuatro paredes tirantes que cuelgan de los cuatro cables corvos. Parecen los dos arcos poderosos, abiertos en la parte alta de la torre, como las puertas de un mundo grandioso, que alegra el espíritu; se sienten, en presencia de aquel gigantesco sustentáculo, sumisiones de agradecimiento, consejos de majestad, y como si en el interior de nuestra mente, religiosamente conmovida, se levantasen cumbres. El camino de los pedestres, ya bajo la torre, se abre, al pie del muro que divide los dos arcos; lo ciñe en cuadro; vuelve a juntarse, entre la colosal alambrería que en calles aparejadas, colgada de los cuatro cables gruesos, desciende en largas trenzas, altas como agujas de iglesia gótica junto a la torre, más cortas a medida que la curva baja hacia el centro del puente, y al fin, en el centro, a nivel de éste. Y el puente, –encumbrado en su mitad a 135 pies, para que por bajo él, sin despuntar sus mástiles ni enredar sus gallardetes, pasen los buques más altos, –comienza a descender, en el grado mismo en que su mitad primera asciende: la imponente cordelería, que antes bajaba, ahora en curva revertida, se encumbra a la cima de la segunda torre: el camino, al pie de ésta, se reabre en cuadro, como al pie de la torre de New York, y se recoje: bajo de sus planchas de acero silban vapores, humean chimeneas, se desbordan las muchedumbres que van y vienen en los añejos vaporcillos, se descargan lanchas, se amarran buques: la calzada de acero, cargada de gente, se entra al cabo por la de mampostería que lleva al dorso la fábrica de amarre de Brooklyn, que, sobre sus arcadas que parecen montañas vacías, se extiende, se encorva, sirve de techumbre a las calles del tránsito, bajo ellas semejantes a gigantescos túneles, y vierte al fin, en otra estación de hierro, a regarse hervorosa y bullente por las calles, la turba que nos venía empujando desde New York, entre algaza-

ra, asombros, chistes, genialidades, y canciones. Regocija lo inmenso.

*Cuatro boas en New York*

Pero quedan siempre delante de los ojos, como zapadores del universo por venir, que van abriendo el camino a los hombres que avanzan, aquellas cuatro colosales boas, aquellos cuatro cables paralelos gruesos y blancos, que, como serpiente en hora de apetito se desenroscan y alzan el silbante cuerpo de un lado del río, levántanse a heroica altura, tiéndense sobre pilares soberanos por encima del agua, y van a caer del lado opuesto. Y parece que los pies quedan pisando aquella armazón que semeja de lejos sutil superficie, y como lengua de hormiguero monstruoso; y es de cerca urdimbre cerradísima, que a los cables sólo fía su sustentamiento, y a las cuerdas de acero que en forma de abanico bajan en cuatro paredes, cruzándose con las de tirantes verticales de cada uno de los lados de las torres. Y se mecen, a manera de boas satisfechas, –sobre la plancha cóncava en que en el agujero en que atraviesan lo alto de las torres descansan sobre ruedas, –los cuatro grandes cables, como alambres de una lira poderosa, digna al cabo de los hombres, que empieza a entonar ahora sus cantos!

*¿Cómo se hizo lo mágico?*

Mas ¿Cómo anclaron en la tierra esos mágicos cables? ¿Cómo surgieron de las aguas, con su manto de trenzas de acero, esas esbeltas torres? ¿Cómo se trabó la armazón recia sobre la que pasean ahora a la vez, cual por sobre calzada abierta en roca, cinco millares de hombres, y locomotoras, y carruajes, y carros? ¿Cómo se levantan en el aire, susurrando apenas cual fibra de cañas ligeras esas fábricas que pesan 8.120 toneladas? Y los cables ¿Cómo, si pesan tanto de suyo sustentan el resto de esa pesadumbre portentosa?

Pues esos cables, como un árbol por sus raíces, están sujetos en anclas planas, por masas que ni en Tebas ni Acrópolis alguna hubo mayores: esas torres, se yerguen sobre

cajones de madera que fondo arriba fueron conducidos, con los cimientos de la torre al dorso, hasta la roca dura, 78 pies más abajo de la superficie del agua: y esos cables no abaten con sus cuerdas poderosas las torres corpulentas, sino que del repartimiento oportuno de sus hilos y la resistencia, apenas calculable, que le viene de sus amarras, soporta la colgante estructura, y cuanto el tráfico de siglos, con su soplo febril, eche sobre ella.

Y ¿Qué raíz ha podido asegurar a tierra esa gigante trabazón, pasmo de los ojos, y burla del aire? ¿Qué aguja ha podido coser ordenadamente esos hilos de acero, de 15¼ pulgadas de diámetro, y en los extremos anudarlos? ¿Quién tendió de torre a torre, sobre 1.596 pies de anchura, el primer hilo, 5.000 hilos, 14.000 millas de hilo? ¿Quién sacó el agua de sus dominios y cabalgó sobre el aire, y dio al hombre alas?

Levanten con los ojos los lectores de *La América* las grandes fábricas de amarre que rematan el puente de un lado y de otro. Murallas son que cerrarían el paso al Nilo, de dura y blanca piedra, que a 90 pies de la marca alta se encumbran: son muros casi cúbicos, que de frente miden 119 pies y 132 de lado, y con su enorme peso agobian éstas que ahora veremos, –cuatro cadenas que sujetan, con 36 garras cada una, los cuatro cables. Allá en el fondo, del lado de atrás más lejano del río, yacen, rematadas por delgados dientes, como cuerpo de pulpo por sus múltiples brazos, o como estrellas de radios de corva punta, cuatro planchas de 46.000 libras de peso cada una, que tienen de superficie 16½ pies por 17½, y reúnen sus radios delgados en la masa compacta del centro, de 2½ pies de espesor, donde a través de 18 orificios oblongos, colocados en dos filas de a 9 paralelas, cruzan 18 eslabones, por cuyos anchos ojos de remate, que en doble hilera quedan debajo de la plancha, pasan fortísimas barras, de 7 pies de largo, enclavadas en dos ranuras semicilíndricas abiertas en la base de la plancha. —Tales son de cada lado los dientes del puente.– En torno de los 18 eslabones primeros, que quedaron en pie, como lanzas de 12½ pies, rematadas en ojo en vez de astas, esperando a soldados no nacidos, amon-

tonaron los cuadros de granito, que parecían trozos de monte, y a la par que iban sujetando los eslabones por pasadores que atravesaban a la vez los 36 ojos de remate de cada 18 eslabones contiguos trenzados como cuando se trenzan los dedos de las manos, –y que a quedar sueltos hubieran girado unos sobre otros como sobre un eje común las dos alas de una visagra–, inclinaban hacia el río, en la curva interior del alfange, con la colocación de las piedras invencibles, cada doble hilera de eslabones nuevos, hasta que al avecinarse ya a la altura, por donde habían de entrar a enlazarse con la complicada cuádruple osamenta los cuatro cables, la doble hilera se duplica, las dos camas de eslabones se truecan en cuatro; las 18 barras son ya 36; los dos pasadores paralelos, que a tramos diversos e iguales, como anillos de serpiente chata que anda, han venido asegurando la doble cadena, se convierten en cuatro, y cada uno de estos pasadores, bastante a ser mástil de barco o columna de iglesia, sujeta a la vez atravesando 18 ojos, los 9 en que rematan los eslabones de cada una de las 4 hileras, y 9 ojos de 9 de los hilos de cada cable, que tiene 19 hilos, cada uno de los cuales se abre en dos a cada extremo para ajustar –como cuña entre las dos porciones del cuerpo que rompe–, entre los ojos de dos eslabones contiguos, –con lo que quedan por los cuatro mismos pasadores paralelos unidos en cuatro camas superpuestas e idénticas, los 36 extremos de cada cadena de anclaje y los 36 extremos de cada cable. Esas 4 dobles médulas de hierro, hasta 25 pies de lo alto del muro que da al río, en que ya el cable entra en el muro, atraviesan esos dos cuerpos monstruosos de granito, –médula que remata luego armazón intrincada de nervios de acero, por ser ley, que anuncia lo uno en lo alto, y lo eterno en lo análogo, que todo organismo que invente el hombre, y avasalle o fecunde la tierra, esté dispuesto a semejanza del hombre. Parece como si en un hombre colosal hubiera de rematarse y concentrar toda la vida.

*Una caja submarina*

De madera es, de madera de pino de Georgia, que debajo del agua ni el oxígeno alcanza ni el tederos roe, el sustento de ambas torres. *Caisson* lo llaman en francés y en inglés, y es invención francesa. Es caja inmensa, vuelta del revés: la boca, abajo; el fondo arriba; y sobre el fondo que le sirve de tapa, veinte y dos pies de planchas de pino, cruzadas en ángulo recto sujetas al techo del cajón por tornillos gruesos como árboles, y retorcidos y agigantados, como debe ver, en su cerebro encendido, sus ideas un loco; –y de madero a madero, abrazaderas de hierro; –y en las junturas, alquitrán y materias adherentes y durables. Oh! bien merecen estas cosas que asombran, que bajemos por el pozo forrado de hierro, contra entrada de aire, que desciende de lo alto del cajón, por entre los lienzos de pino, al cajón hueco, también de hierro contra aire, forrado de hierro de caldera, y cuyas paredes, de hierro calzadas, van en lo interior disminuyendo, para dejar mayor espacio a los excavadores, desde ocho pies con que junto al fondo que hace de techo comienzan, a ocho pulgadas. Ya flota la estructura corpulenta, con su margen de once pies, entre la triple empalizada, que, en el lugar mismo en que ha de alzarse la torre, le han fabricado los ingenieros; ya comienza a hundirse, al peso de los primeros trozos de granito, que le echan al dorso; ¡ya baja! ¡ya baja! Por las canales de aire, introducen en el cajón el aire comprimido, ante el que huye, no sin grandes luchas, titánicos saltos a quinientos pies por sobre los pozos; tonantes rugidos y mortíferas rebeldías el agua vencida. Ni silbar pueden los hombres que trabajan en aquella hondura, donde está el aire comprimido a 32 libras por pulgada cuadrada: ni apagar una luz, que de sí misma se reenciende. Del pozo de hierro por donde bajan los excavadores al húmedo hueco del cajón, dividido para mejor sustento por seis tabiques, donde los excavadores trabajan, –los hombres pasan, graves y silenciosos a su entrada, fríos, ansiosos, blancos y lúgubres como fantasmas a su salida, por una como antesala, o cerrojo de aire, con dos puertas, una al pozo alto, otra a la cueva, que nunca se abren a la par, porque no se escape el

aire comprimido, sino la de la cueva para dar entrada al bravo ejército cuando la del pozo se ha cerrado ya tras ellos, o la del pozo, para darles salida, cuando dejan ya cerrada la de la cueva: —¡ved cómo bajan por cuatro grandes aberturas al fondo de la excavación las dragas sonantes, de cóncavas mandíbulas, a buscar al fondo de los pozos –abiertos a hondura mayor que el nivel del agua, por lo que el agua sube en ellos a nivel– el lodo, la arena, los trozos de roca, que en incesantes paletadas echan en los pozos los excavadores, para que luego, al encajar, con ruido de cadenas, sus fauces abiertas en la abertura profunda la draga famélica, las trague, cerrando de súbito los maxilares poderosos, y las saque, cajón y torre arriba, al aire libre, y las vuelque en las barcas de limpieza! Ved como a medida que limpian la base aquellos heroicos trabajadores febriles, en cuyo cerebro hinchado la sangre precipitada se aglomera, van quitando alternativamente las empalizadas que colocaban ha poco bajo los tabiques de la extraña fábrica, y, con este sistema de escalones, dejando caer sobre las empalizadas que quedan la torre, que, sin el apoyo de las que le quitan, pesa más sobre las restantes, y baja, –y reponiendo sobre el terreno nuevamente limpio las que quitaron, para apartar en seguida las que dejaron antes, al separar las cuales la torre baja otra vez sobre las nuevas.

*Ocho mil toneladas de cemento*

Ved como expulsa el agua, y calva ya la roca, echan los hombres entre ella y el tope del cajón 8.000 toneladas de cemento hidráulico, masa que, celoso de la naturaleza que creó breñas duras, ha inventado el hombre. Así a flor siempre de agua, construyeron, sobre el cajón que con su entraña de hombres se iba hundiendo, la torre que con su pesadumbre de granito, se iba levantando. Y luego, con pescantes potentes, alzaron hasta 300 pies las piedras, grandes como casas, que coronan la torre. Y los albañiles encajaron en aquella altura, como niños sus cantos de madera en torre de juguete de Crandall, piedras a cuyo choque ligerísimo, como alas de mariposa a choque humano, se despedazaban los cuerpos de los trabajadores, o se destapaba su crá-

neo! ¡Oh trabajadores desconocidos, oh mártires hermosos, entrañas de la grandeza, cimiento de la fábrica eterna, gusanos de la gloria!

*Las arañas de Brooklyn*

¿Y los cables, las boas satisfechas? ¿Qué araña urdió esta tela de margen a margen por sobre el vacío? ¿Qué mensajero llevó 20.000 veces de los pasadores del amarre de Brooklyn las 19 madejas de que está hecho cada alambre, y los 278 hilos de que está hecha cada madeja, a los pasadores del amarre de New York? Una mañana, como galán que corteja a su dama, un vapor daba vueltas al pie de la torre de Brooklyn: ¡arriba va, lentamente izada, la primera cuerda! móntanla sobre la torre; sujétanla a la fábrica de amarre; arrástrala el vapor hasta el pie de la torre de New York; izan el otro extremo; pásanlo por la otra torre, fijando al otro amarre: –del mismo modo pasan una segunda cuerda: –juntan en cada amarre, alrededor de poleas movidas por vapor, los extremos de ambas cuerdas, y ya queda en perpetuo movimiento circular la gloriosa "cuerda viajera". Sentado en un columpio, que cuelga de una carrucha fija a la cuerda que la máquina de vapor pone en movimiento, cruza el primero, –entre estampidos de cañones, silbos de locomotoras, flameos de banderas y *hurrah* de centenares de miles de hombres– Farrington sin miedo, cabeza de mecánicos. —Luego montan sobre la viajera, alzadas en brazos de hierro, una rueda de madera acanalada, en que engarzan el alambre, bien mojado en aceite de linaza para evitar el moho, y después bien seco, que en ocho grandes ruedas, dos al pie de cada cable, tienen enredado, en extensión de dos millas, igual a 52 rollos, alrededor de cada rueda: ¡allá va la carrucha, hormiga trabajadora, de un cabo a otro del puente, con su doble hilo de alambre! Llega, la acarician, desengarzan el hilo, y lo reengarzan en torno a una gran herradura de hierro de borde estriado, molde provisional del que sacan luego el cable para engastarlo en el último pasador de la cadena: vuelve vacía, chirreando y castañeteando, la carrucha al otro extremo: –ajustan, con grandísimas labores, desde los

amarres y lo alto de las torres la longitud diversa, que por quedar cada hilo a altura diversa en la madeja, ha de tener cada hilo: ¡allá va de nuevo la carrucha; la aguja redonda, que ha cosido el cable! ¡allá va 139 veces, en que deja 278 hilos! Y ya está la madeja, que de alambre forran, como las 18 más que hacen, a un mismo tiempo para cada uno de los cuatro cables; y ya hechas, apriétanlas con grandes abrazaderas; ajustan más aun las 19 madejas, en que los hilos yacen unos al lado de otros, y no trenzados; ciñen con medios cilindros, bien apretados, el cable; y sobre una especie de balsa ambulante que del mismo cable cuelga, van, tejedores del aire, los forradores, envolviendo la masa circular con alambre, que una sencilla máquina, semejante a una rueda de timón, que lleva el alambre enrollado en un carretel, va dejando salir en espiral: –y, ya la boa bien vestida, lo posan en su plancha acanalada que, sobre ruedas corredizas, para que el cable pueda extenderse y encojerse, y no dañar la fábrica con su peso, lo espera en la cumbre de la torre.

De los cables cuelgan, sujetos de bandas de hierro, los tirantes trenzados, 208 en cada cable: de los tirantes, las planchas horizontales que sustentan el pavimento, y las seis paredes verticales de alturas diversas que las cruzan, y listones de acero de pared a pared, y listones diagonales, sobre cuya armazón se extienden, en gruesa lengua de 3.178 pies de largo y 85 de ancho, las cinco calzadas, de 19 pies de ancho las de carruajes; las del ferrocarril de 15½; y dando vista a islas como cestos, a ciudades como hornos, a vapores que parecen, por lo avisados, ruidosos y diestros, mensajeros parlantes, y hormigas blancas que se tropiezan en el río, cruzan sus antenas, se comunican su mensaje y se separan, dando vista a ríos como mares, empinase en el centro, como crestas de 16 pies de ancho, el camino de las gentes de a pie que desde que abrió sus puertas el puente, cruzan, apretándose a veces en masas enormes, para dar salida a las cuales hay que alzar las barandas del camino, dos formidables y nunca enflaquecidas hileras de viandantes.

*No se puede caer*

Ni hay miedo de que la estructura venga abajo, porque aun cuando se quebraran a un tiempo los 278 hilos que de cada cable la sostienen, bastaría a tenerla en alto, con su peso y el del tráfico, la remazón de tirantes supletorios que, a modo de tremenda mano abierta, de delgada muñeca, baja, casi hasta la mitad del cable por cada lado, del tope de cada torre. No hay miedo de que se mueva la estructura, ni que la sacudan juegos de aire ni iras de tormenta; porque por su base la muerden las torres con dientes de acero, y para que el viento mayor no la conmueva, los dos cables de afuera se encorvan hacia adentro al ir tocando la mitad del puente, y los dos de adentro se doblan hacia los de afuera, con lo que se hace mayor la resistencia. No vendrán, no, los aires traviesos a volcar carros sobre el río, porque los bordes del puente se levantan a ocho pies de alto y entre las vías de carruajes y las del ferrocarril está tendida, para sujetar los empujes del viento, red de fuertes alambres. Ni hay riesgos de que los cables se quebranten, –que nunca vendrá sobre cada uno de ellos peso mayor de 3.000 toneladas, y está hecho para sustentar, con sus 294 brazos, doce mil. Ni se torcerá, astillará o saltará el puente, cuando el calor de estío lo dilate, como al sol de amor el espíritu, o el rigor del invierno lo acorte; porque esta quíntuple calzada está como partida en dos mitades, para prevenir el ensanche y el encogimiento, por medio de una plancha de extensión, en el punto medio de la vía, cuya plancha, fija en el extremo de una de las porciones, empalma sobre junturas movibles con el extremo de la porción segunda. Y cuando al pie de una de las torres se amontonan en bloqueo sin salida, millares de mujeres que sollozan, niños que gritan, policías que vocean, forcejeando por abrirse camino, –se mueven señorialmente, como gigantes que saludan, un ápice apenas los cables en sus lechos corredizos en lo alto de las torres.

*Menos bella que grande*

Así han fabricado, y así queda, menos bella que grande, y como brazo ponderoso de la mente humana, la mag-

na estructura. —Ya no se abren fosos hondos en torno de almenadas fortalezas; sino se abrazan con brazos de acero, las ciudades; ya no guardan casillas de soldados las poblaciones, sino casillas de empleados sin lanza ni fusil, que cobran el centavo de la paz, al trabajo que pasa: –los puentes son las fortalezas del mundo moderno. —Mejor que abrir pechos es juntar ciudades. ¡Esto son llamados ahora a ser todos los hombres: soldados del puente!

*La América*. Nueva York, junio de 1883.

# WENDELL PHILLIPS[1]

*Fuerza oratoria*

LA TIERRA TIENE sus cráteres; la especie humana, sus oradores. Nacen de un gran dolor, de un gran peligro o de una gran infamia. Hay cierta pereza en las almas verdaderamente grandes, y cierto horror al empleo fútil, que las lleva a preferir la obscuridad solemne a la publicidad y caracoleo por causas menores. La fuerza oratoria, como la fuerza heroica, está esparcida acá y allá por los pechos de los hombres; tal como en espera de guerra reposan en las almenas formidables de los castillos, para cubrirse tal vez de orín si no hay caso de lidia, cañones gigantescos que de un aliento acostarán mañana un buque. Pero los oradores, como los leones, duermen hasta que los despierta un enemigo digno de ellos. Balbucean y vacilan cuando, errante la mente en palacios vacíos, obligan su palabra desmayada a empleos pequeños; pero si se desgajara de súbito un monte, y de su seno saliese, a azotar con sus alas el cielo lóbrego, colérico y alborotado, bandada incólume de águilas blancas, no sería más hermoso el espectáculo que el que encubre el pecho de un orador honrado cuando la indignación, la

[1] En *La América* de mayo de 1884 apareció la siguiente nota de Martí sobre el primero de estos dos trabajos:

"Acaso recuerdan los lectores de *La América* que en el número de marzo se publicó en este periódico un artículo en que, como de pasada y muy en concreto, se reseñaba la extraordinaria y limpia vida de Wendell Phillips, el famoso orador norteamericano, que mereció bien su fama, puesto que, si fueron de oro sus palabras, todavía más de oro fueron sus hechos. Un orador brilla por lo que habla; pero definitivamente queda por lo que hace. Si no sustenta con sus actos sus frases, aun antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo.

"En los Estados Unidos es famoso, como una especie de Charles Lamb, para los norteamericanos, el escritor y orador George W. Curtis, por su cincelado estilo, su juicio sano, su lenguaje, que no rehúye imágenes, y cierta puritánica entereza, que luce aquí tanto más cuanto que ya quedan pocos que la posean. Más culto escritor y más elegante ora-

indignación fecunda y pura, desata el mar dormido, y lo echa en olas roncas, espumas crespas, rías anchurosas, gotas duras y frías, sobre los malvados y los ruines. Así, de ira de ver aplaudidos por un prohombre del estado de Massachusetts a los asesinos del reverendo Lovejoy, que defendía en el primer tercio del siglo la justicia de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; así, encendido todavía el rostro en la sagrada ira con que meses atrás había visto, desde su bufete de abogado joven y rico, a una caterva de bostonianos acaudalados que de una cuerda que habían atado alrededor del pecho del abolicionista Lloyd Garrison lo llevaban arrastrando por las calles, como a una bestia inmunda; así, bello, como si en la mano le centellease una espada de fuego; tremendo, como si la frente magnífica le coronasen las serpientes sagradas de la profecía; pujante, como quien de una sola arremetida de los hombros, cual bisonte a ovejas, dispersa y acorrala; así, para marcar con letras negras en la frente a los que, en una junta llamada a censurar a los matadores de un abolicionista, osaban defender la legalidad de la esclavitud y la justicia de la muerte, se reveló con tamaños extremos y amor sumo el orador Wendell Phillips a los bostonianos. Acaba de morir, y todavía no le ha nacido un émulo.

---

dor no lo tienen ahora los Estados Unidos, que por estas razones lo eligieron para pronunciar el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Lo pronunció, y es como suyo: en estilo, un modelo; en espíritu, amoroso; en su crítica, justo. Tiénese el elogio como el veredicto que los Estados Unidos pronuncian definitivamente sobre la vida del abolicionista formidable.

"Como con las razas varían los criterios, y como *La América* peca más de amante que de insidiosa, hubiéramos temido, y temíamos, que nuestra apreciación de Wendell Phillips difiriese grandemente de la que en justicia hicieran de él los hombres de su propio pueblo. Pero ahora no sólo vemos con gozo que en todos sus puntos coinciden, tanto en la alabanza como en las razones que damos para algunas deficiencias del orador, el juicio de *La América* y el de George W. Curtis, sino que este caballero se sirve decirnos en carta bondadosa: 'Me es sumamente agradable ver que en nada difieren la apreciación de Ud. y la mía sobre el gran orador'." (Nota de Cintio Vitier para el volumen *Obra literaria* de Martí, publicado por Biblioteca Ayacucho.)

¡Qué brío!, ¡qué pompa!, ¡qué anatema!, ¡qué flagelo! Maceradas se hubieran visto aquella noche las espadas de los esclavistas, si las hubiesen desnudado de sus ropas. Era una ola encendida que les comía los pies, y les llegaba a la rodilla, y les saltaba al rostro; era una grieta enorme, de dentadas mandíbulas, que se abría bajo sus plantas; como elegante fusta de luz era, que remataba en alas; era como si un gigante celestial desgajase y echase a rodar sobre la gente vil tajos de monte.

*Luchas por la abolición*

Treinta años habían de pasar aún para que la redención se realizase. Por lo que otros vencieron luego como héroes, murió el viejo John Brown de Ossawatomie, como un malvado, en un patíbulo. Por lo que más tarde sacó millones de hombres a rabiosa pelea, Wendell Phillips peleó treinta años, solo. Fue magnífico verle, como dama numantina que echa al épico fuego todas sus joyas, romper –por no jurar lealtad a una Constitución que parecía prohijar el vil derecho de los amos de esclavos– su título laborioso de abogado. Vio aquella ofensa humana, y se hizo hierro ardiente para secarla. Él era rico; era de ilustres padres; era de universidad famosa; era de culta, diestra y armoniosísima palabra; era estudioso, impetuoso, ambicioso, ágil; ¡parecía que la tierra lo recibía en casa de fiesta, y todo iba a ser para él éxito, paga, puesto público, fama fácil, gloria brillante, carroza de oro! Pero era de esa raza de hombres radiantes, atormentados, erguidos e ígneos, comidos del ansia de remediar los dolores humanos. Y ¡qué arreos le dio Naturaleza para la batalla! Parece que, de no sentirse en pueblo sensible a lo grandioso, había hallado manera de acomodar su palabra, abundante y segura, a las artes menores que seducen a auditorios incultos y vulgares; chisteaba, anecdotaba, digredía, ridiculizaba, maceaba, hendía de un juicio acre a su enemigo. Pero por encima del gusto burdo, en aquella época sobre todo, de la nación que le cupo en suerte; por encima de su voluntad misma generosa, que a la propia gloria prefería el triunfo de la idea con que, más que con su mujer misma, se había desposado; por encima

de los hábitos nacionales y los intentos previos, hinchábase de súbito su oratoria como las nubes en tormenta, y de acá alzaba el mar, de allá lo vertía en lluvia sonora; y parecía venirse sobre el público, como cerrada nube negra, y abrirse en rayos. Era en una parte su discurso como llovizna de flechas, todas cortas y agudas; plática, en otra, popular y amena, que le traía la atención, estima y juicio del vulgo; párrafos, en otras, que, como lienzo encogido a vientos magnos, se hinchaba, redondeaba, adelantaba y crecía, y se abría al cabo en alas.

Mas no salía el vibrante discurso de sus labios con ese aparato fragoroso, verba plena ondeante y cabellera de relámpago con que deslumbra y asombra, como si una selva o una tempestad se humanaran y hablasen, la elocuencia hispanoamericana; sino de suave, firme y penetrante modo, como si de antemano trajese estudiados el lugar y el alcance de la herida, y con deliberado movimiento y mano fría hundiese el arma en la víctima elegida. Maestro saetero de los tiempos de casco mitrado parecía, que cuando escogía de blanco un roble, lo vestía, como de un manto a un desnudo, de saetas.

*Lo sobrenatural se hizo natural*

No tuvo aquella amplitud, catolicidad, ciencia de vida, desapasionamiento de juicio y tolerancia, que son menester para dar opinión viable, aun en detalles mínimos, sobre las cosas humanas; que sólo el que concibe bien el conjunto puede legislar en el accidente, que es su abreviación y suma. No hirvió por largos años, como el orador que ha de influir en su pueblo debe, en esta artesa colosal de hombres, donde se sazona, al fuego de la vida, la inteligencia, y cuecen las pasiones. Ni clavó, como el Dante, el diente trémulo, sentado en los peldaños del palacio ajeno, en el pan salado de otros. No le enseñó la vida aquella melancólica indulgencia, artes de tránsito y ajuste, y moderación saludable que ella enseña; vino de súbito a vivir entre los hombres, menores de espíritu en su mayoría, con todas las dotes sublimes y funestas de los mayores de espíritu. La pobreza, el destierro, la oscuridad del nacimien-

to, las amarguras del noviciado, toda esa levadura de la vida, que la pone a punto y acendra, para él no contó. Su natural encumbramiento, su ansia de darse y de esparcirse, su afán de atraer a todos a su cumbre, por lo que andaba siempre, con mengua de su misma vida, colgado al borde de los abismos, con un brazo defendiéndose de los que lo empujaban a ellos, y con el otro levantando de ellos a los buitres, y azotando con los que se asían de su mano, como con un ramo de sarmientos, el rostro de los egoístas; su ternura abundante y como oceánica; su violenta necesidad del propio sacrificio en bien ajeno; su supramundo, en suma, no mermado en su niñez por carencia, ni alarmado por anuncio humano alguno, no se corrigieron ni bajaron de quilate, como ha de bajárseles si se les quiere hacer encajar en la existencia diaria, sino que se precipitaron y encumbraron, por el comercio entusiasta con grandes hombres y robustos libros, en que el heroísmo y la imaginación campean; de modo que sólo lo sobrenatural –que ha de dirigir finalmente, pero que no puede dirigir inmediatamente lo natural– llegó a ser natural para Wendell Phillips.

Un día, y como quien recibe una bofetada en el rostro, vio aquel hombre, condensación –como toda criatura superior– del espíritu humano, pasar, arrastrado de una cuerda, por ante sus ventanas, a otro hombre, por el delito de compadecer a los esclavos y ser bueno. Así como, para arremeter en lucha armada a un enemigo fuerte, se concentran, con desusada energía, casi maravillosa, todas las fuerzas, de modo que el empuje no sea menos que el riesgo que las espera y el adversario que las alza, así ante el crimen de la esclavitud, legalizado y practicado en la mitad de los Estados de la Unión, auxiliado por gran parte del Norte e infiltrado, a manera de sangre venenosa, en toda la nación, se recogieron por instantáneo y culminante esfuerzo las potencias y bríos de Wendell Phillips, para oponer a aquella infamia inmensa enemigo capaz de sujetarla y abatirla; así, a ser animada, se levantaría la tierra en monte cuando viera venir sobre ella, en hombros de la tormenta arrasadora, el mar desatentado. Toda la luz de su espíritu la puso de modo que enseñase bien los antros

de aquella institución tan infamante que enloquece y hace llorar, de ver cómo vuelve viles, pacientes e insensibles a los más claros hombres. Y como antros tan grandes requerían, para ser bien escrutados, luz tan poderosa, toda la de Phillips se fue a ellos, y quedó como sin luz, o con porción escasa para todas las cosas de la vida que no fuesen la liberación del espíritu del hombre, deseo febril de las almas soberanas. Otros añaden al mérito que viene del ansia de redimir, el de sofocarla y no dejarla ver entera, para levantar así tormenta menor entre la gente usual, y hacer más inmediata su eficacia. Phillips ni debió, ni pudo. A otros, terciar, vadear, tentar, retroceder, conceder, empalmar, juntar orillas, echar puentes; a él, con clarines de oro, despertar al horrible monstruo; y mantenerlo siempre en pie, para que todo el mundo lo viera. Su defecto, pues, fue defecto de exceso; y él fue como debió ser, dada su naturaleza y la de su nación en su tiempo.

*Consagración del bien ajeno*

De aquel supremo deleite que viene de la visión constante de la propia alma consagrada al bien ajeno; de aquel permanente ímpetu en que mantiene el amor vivo a la justicia a los espíritus preclaros; de aquel útil desdén y legítima arrogancia con que a las turbas interesadas, torpes, equivocadas o coléricas, afrontan los que se sienten poseídos de la palabra magna y pura, que quemándoles les viene, como de una cruz hecha del fuego de las estrellas, de vehemente e incondicional amor al hombre; de la certeza misma del tamaño y poder de la institución que combatía, y del oportuno sacrificio de la gloria que, para lograrla mayor y definitiva acaso, consuman los oradores honrados, se originaban en Wendell Phillips el perpetuo e intenso brío, la solemne y altilocuente plática, la serena e incontrastable arremetida, la posesión de sí extraña y perfecta; y su soberbia y poderosa calma ante los clamores y hostilidades de la muchedumbre. Poco menos que arrastrado fue por las calles; poco menos que lapidado fue en juntas públicas. "La canalla de levita", como él, con crudeza y desembarazo yanquis, la llamaba; la gente de Boston amiga de

los esclavistas, y la de todas partes de la Unión Americana, que quería deshacer Phillips si había de seguir juntando a los Estados cemento tal de "sangre y fango", cual la Constitución, que, a juicio de él, como al de Calhoun del Sur y sus secuaces, prohijaba y mantenía el derecho de poseer esclavos; los amigos fervientes de la Unión; los aliados por miedo, preocupación o conveniencia de los propietarios del sur, llenaban los teatros en que hablaba Phillips, y lo voceaban y silbaban a su aparición; lo denostaban como a un traidor nacional o un demagogo odioso, hasta que a poco, como que habían tenido alzados los brazos en amenaza y alboroto, sentían que por el pecho descubierto se les había entrado el arma fina, a raíz de la tetilla; y se les oía cejar y crujir, como una fiera herida y deshuesada. Águila parecía, luchando con gorriones. Si a una frase suya, como fiera que va a acometer, se revolvía y contestaba con un clamor de cólera la muchedumbre no bien expiraba a sus pies el rugido, les repetía con lentitud e intensidad más grandes la frase condenada. Y con más recia furia, como a un golpe del látigo del domador, reclamaba el concurso y se agitaba. Y con fuerza mayor y mayor calma, como quien hunde una espada hasta el pomo, o fríamente echa el guante a la cara a su enemigo, decíales otra vez, como si fuera acero ya de muchas hojas, la frase temida; hasta que, respetuosa al fin la muchedumbre, les dejaba la frase bien clavada.

Esa fue su vida: ministerio sereno de justicia.

*Liberar a los esclavos*

Ese fue su espíritu, a la liberación de los esclavos consagrado, por ser el mal visible y urgente, en su época primera; y luego, aunque por ello se alejasen de él como de enemigo abominable los hipócritas, los poderosos y los ricos, a la liberación de todos los tristes y desamparados de la Tierra, a la defensa de todos los que, aun cuando de modo violento, excusado sólo por los extremos de la acción despótica, se rebelaban, por miseria extrema o cólera santa, contra los detentadores del hombre.

Ese fue su carácter; que tan seguro de la suprema

justicia del amor a los hombres vehemente y desinteresado estaba, que jamás entedió el uso de la libertad contra la libertad, ni derecho contra el derecho; ni tachó de menos que de participio en la iniquidad todo recurso medio e incompleto, toda espera y lentitud, prudentes acaso, aunque repugnantes; toda arte de compromiso con las maldades que azotaba.

Esa fue su representación, no la de esas profundas y monumentales personalidades en que, como en grandes moles de piedra, se vacían, en su época de hervor y superabundancia, las condiciones distintivas de una época o un pueblo; ni la de esas incontrastables, derrumbadoras, tremendas y lumíneas en que –como si todo el dolor que destilan en noches cruentas y días mudos los hombres oprimidos se condensase y castigara– toman brazo y espada, y abrasadora lengua, dolores y abusos que han durado siglos; ni fue de esos tonantes y parleros, gigantescos, resplandecientes y voltarios, en que en sus horas de revuelta y acción pública, como en pujante y servicial agente que los refleja y acomoda, se entregan, por períodos nunca largos, los pueblos en desquiciamiento o en reenquicio; sino que fue Phillips de aquellos seres sumos que, venidos a la Tierra con las condiciones todas que dan derecho natural a la grandeza humana, el mando y el goce, a la vida sedosa, muelle y llana, a la gloria pacífica, áurea y cómoda, hizo con todo un haz ardiente y lo puso bajo los pies de los malvados. Se privó de sí, por darse. Y soberano de naturaleza, como vio que las gentes de corte no eran buenas, cambió la púrpura por el sayal de paño pardo, y el látigo por el cayado, y caminó del lado de los humildes.

Y ésa fue su oratoria: afilada, serena, flameante, profética, tundente, aristofánica.

*La América*. Nueva York, febrero de 1884.

## MARK TWAIN
## (Fragmento)

MARK TWAIN escribe libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva, sino de poner en claro, con cierta picardía de inocente, las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común, y en contrastar, con arte sumo, lo que se afecta pensar y sentir, y lo que se piensa y se siente. Pero lo hace de tan suelta manera, y con tan poco aire de dómine, que la gente se ríe de sí misma, al verse sorprendida en su interior, como niño a quien al punto de hurtar fresas de la cesta, alcanza a ver la madre cariñosa. Sus ideas le vienen directamente de la vida; y aunque bien se ve en sus libros la maña del letrado, no es de aquellos que por parecer culto, monda, tijeretea y recorta sus ideas, como si dama alguna en tren de baile fuera más bella que la Venus de Milo.

¿De qué nace, sino de desatentada coquetería, ese callar o desfigurar lo que se ve por sí propio, en el afán de demostrar que se está en cuenta de lo que otros dijeron? Bueno es saberlo y aprovecharlo; pero con ser un índice de su tiempo, no se pasará a los venideros. Mire cada uno por sí, y escriba por sí, y entre en sí por luz, y palpe en sí y en su torno la naturaleza.

*No escribir para sí*

De impresiones viven las letras, más que de expresiones. ¡Escombro, escombro! Todas esas frases rellenas, todos esos abalorios históricos, todos esos paramentos literarios, ¿qué dejan en quien lee, sino la presunción de que el escritor es sabihondo? Narciso no se ha de ser en las letras, sino misionero. No se ha de escribir para hacer muestra de sí, y abanicar como el pavón la enorme cola; sino para el bien del prójimo, y poner fuera de los labios, como un depósito que se entrega, lo que la naturaleza ha puesto del lado adentro de ellos. Los motivos, los abominables y

ruidosos motivos, se han puesto de moda en la literatura como en la música.

Este frasea la inspiración de aquél, y la diluye, la infla, la dora. Andan por el aire las ideas del siglo, porque cada siglo tiene su atmósfera de ideas: se las recoge en una cucharilla literaria: y se las presenta, inermes y pomposas, sin aquel brío, color e influjo que tienen las ideas vivas, surgidas, como un ave de nido sorprendido, de cada tajo en el pecho, o noche del cerebro, que trae luego la luz. Oficio de dorador se hace ahora en las letras: urge que se haga oficio de minero. Las manos duelen más; pero se saca, con las manos fuertes, metal puro. Sobran los ejecutantes y los ornamentistas. No es Mark Twain, a pesar de su fama, en el mundo de las letras, luz mayor; pero brilla con la suya, que es hoy cualidad rara, y merece su renombre, que es mucho, en Europa y América. No lo trajeron a vivir de la mano, ni le dieron mujer hermosa y buena, ni le pusieron casa y coche, como era en nuestras tierras regalonas uso, no bien salía del aula, con la muceta encarnada o amarilla, el caballero joven de la casa.

Empezó de impresor. Las aventuras le hablaban al oído, y se hizo hombre de mar: lo lleva aún en el rostro sonrosado y fresco. En el Mississippi tomó su nombre de escribir, porque lo original lo cautivaba. "Mark Twain", decía la voz de mando muchas veces: "En dos brazas", y no bien empezó, con su burlón desembarazo, a contar lo que había visto por el mundo y a sacar de dentro del hombre visible, el hombre verdadero, lo firmó con el grito del Mississippi: "Mark Twain". Luego anduvo, de secretario de un hermano, por tierras de minas, donde la gente se acuesta sobre una veta de oro, y se despierta con un puñal al pecho.

*Conoce a los hombres*

Ha estado en los talleres encendidos, donde el país se fragua: con los que yerran, con los que enamoran, con los que roban, con los que viven en soledad y la pueblan; con los que construyen. El vagar le placía, y luego que había visto al hombre en un lugar, se iba de él, ganoso de obser-

varlo en otro. Tiene el hábito de guiñar los ojos, como para ver mejor, o para que no le adivinen en la mirada sus pensamientos. Conoce a los hombres, y el empeño que ponen en ocultar o disfrazar sus defectos; y se divierte en contar las cosas de manera que el hombre real, hipócrita, servil, cobarde, lascivo, caiga de la última frase de su cuento, como de las manos de un payaso el polichinela con que juega. Y se asoma a su frase a verlo caer.

Dibuja con carbón, pero con líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos, los adjetivos que ahorran frases, y los apila sobre un carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo. De la práctica de ver le ha venido la seguridad en describir. Hay espíritus crédulos y ardientes, que lo ven todo, a la luz de sus propias llamas, o entre sus propias nubes, disparatado, enorme o deforme, falso o confuso: hay otros espíritus, como el de Mark Twain, incrédulos de puro experimentados, y aquietados, en fuerza acaso del padecimiento: y éstos lo ven todo en su tamaño natural, por más que a veces, como el defecto de su cualidad, no les sea dable adivinar las alas de las cosas. Le han dado fama y cuatrocientos mil pesos de provecho, sus libros de viajes. Dice sus chistes como quien no los quiere decir, y los produce sin intención de causar mal.

No le gusta enseñarse, para que los hombres no se recaten de él, y le escondan el carácter que él, con arte de buen cazador, les excita y espía. Debe tener, y creo que tiene, la melancolía incurable de todos los que conocen a los hombres profundamente. Casó con mujer rica, y ha estado en las Islas Sandwich, por toda Europa, por Egipto, por la Palestina. Lo insensato y lo hipócrita le mueven inevitablemente la pluma. Su chiste tiene de su propia vida la originalidad y la burdez. Lo ha ejercitado mucho tiempo entre gente elemental, y él ha debido ser calavera entre ellos, por lo que en todas sus páginas asoma el vulgo. Más tiene de Kock que de Chamfort. Pero sobre ellos tiene un exquisito sentido de la naturaleza, que a estar servido con más delicados pinceles, habría engendrado copias glorio-

sas. Su propia persona, chisteando y burlando, empequeñece sus vívidas pinturas.

*El viajero*

No vaya a ver a Atenas de noche, si no quiere ir, el que lea el cuadro en que Mark Twain la pinta, que es tal, que se la ve: ni vaya a las Pirámides: acomete el contar cómo, estando en el tope de una de ellas, apostó uno de los guías que bajaría de allí y subiría a la cumbre de la pirámide próxima, y de ella volvería a la cumbre en que estaban, en diez minutos. Y echa a correr el árabe veloz; lo pinta bajando a trancos; lo suelta en la llanura ardiente: ya lo ve como un perro: ya lo ve como una paloma: ya lo ve como una mosca: no le ve ya: ve un punto negro rampando pirámide arriba: sube: llega: saluda: baja: echa a correr de nuevo: ya toca a la base de la pirámide: ya vuelve como el viento: ya está otra vez en el tope y ha ganado la apuesta: no han pasado aún diez minutos. En veinte renglones apenas cuenta Mark Twain todo esto, y aunque no lo describe hilo a hilo, se ve la soledad magnífica, el sol quemante, la pirámide grande, la distancia que las separa, la arena arremolinada, el albornoz que flota.

Escribe novelas, todavía no bien cuajadas. Recita, como de mala gana y de corrido, incidentes de su vida o episodios de sus obras: sale de bastidores como cojeando y aburrido: dice su cuento al público como pudiera a sus propios hijos para entretenerlos y verse libre de ellos. En estas recitaciones, al chiste del pensamiento añade el que irresistiblemente produce el contraste de sus cuadros cómicos y exageradas descripciones con el tono malhumorado, nasal e imperturbable con que las recita. No logra efecto en chistes cortos, sino que los diluye y extiende por la masa, porque su picor no está en la felicidad de la expresión, que suele ser violenta cuando la rebusca o dilata; sino en la justicia de su crítica, y en la manera con que contrapone las apariencias y los sentimientos. Dejarse caer y vagabundear le ha complacido y servido siempre, y en los títulos de sus mejores libros se revelan este método y tendencias suyos: *Los inocentes en viaje*; *Los inocentes en casa*; "Un vaga-

bundo en viaje", que lleva por cierto un tirabeque ingeniosísimo.

A veces, sobre un átomo, alza y hace danzar, con prodigios de equilibrista, una tromba de chistes. El *Fígaro* de París se regala en sus libros, y lo traduce y celebra: por la fineza de estilo no es, que él conoce a su pueblo, y no se quiere fino, sino por la sutileza de la observación. Peina melena cana: los ojos acusan experiencia, profundidad y picardía; la nariz, aguileña y luenga, preside un mostacho marcial: el resto del rostro, de color sano, lo lleva lampiño: echa la cabeza hacia adelante, como quien escudriña: y es subido de espaldas como si hubiera decidido encogerse para siempre de hombros. Así es Mark Twain, o Samuel Clemens, el primer humorista norteamericano.

*La Nación*. Buenos Aires, enero de 1885.

# LA EXPOSICIÓN DE NUEVA YORK

*El 92 en Nueva York*

NUNCA LOS INTERESES particulares, azuzados a tiempo, han puesto en forma con más rapidez una idea atrevida, que ayer era ocurrencia de un diario, ayer no más, y hoy tiene comisiones, subcomisiones, ímpetu nacional, y centenares de miles a su crédito. En vano se pone en pie Chicago, y le dice injurias a Nueva York; Baltimore, con sus modos clericales, no quiere para sí la feria, no, sino para Washington, que está a la puerta de Baltimore, y le manda los huéspedes que no puede acomodar; Filadelfia hace de generosa, porque sabe que por lo de la campana del 4 de julio, le permitieron tener allí la exposición del 76, pero no le han de permitir dos: Washington, que lo tenía todo preparado, y se ha pasado dos años papeleando, grita "¡al ladrón!", e insiste en que allí se ha de hacer el 92 la feria, y no en Nueva York, que se estuvo callada cuando le pidieron su ayuda, y ahora se alza con la idea, por la insolencia de que no necesita, como Washington, de los dineros federales, sino que con su bolsa tiene "para levantar una torre más alta que la de Eiffel", o para echar abajo el Parque Central, ponerle encima la exposición, y luego rehacer el parque, "o para hacer una ciudad fluvial, con palacios flotantes, y luminarias como en Persia, que sea lo mejor del mundo, y tal que no se la haya visto nunca".

Pero Nueva York oyó al *Sun*, que fue el que sacó a luz la idea. Dana, el hombre del *Sun*, palpa en lo vivo al país, y sabe por donde peca y por donde se le puede llevar del ronzal: sabe el del *Sun* lo que se apetece entre la gente acaudalada, en que entra él y cree, como diarista, que el buen diario ha de ser como el juglar, que siempre tiene una pelota por el aire. Y toma siempre la pelota del cesto de las preocupaciones populares. Por el del *Sun* se puede ver por donde viene aquí el juicio público, porque fuera de lo político, en que el odio personal le enturbia los espejuelos,

es hombre que ve con singular claridad por donde se va hinchando la opinión, y no se le pone enfrente, aunque crea que viene mal, sino se le monta en la cresta, para llegar con ella: ¡ésa es gente que va y que viene, y su comida no es más que sueño, y su vida es asir el vacío!: el honor de luego, que es la forma mejor de la vida, no es para los que cortejan la injusticia del vulgo, sino para los que osan decirle la verdad.

No hay provecho privado, ni progreso público, si no se basa en el honor. El del *Sun* vio que la marea venía de hondo; que los prohombres vuelven de París como si trajeran la bofetada en el rostro, que su porción entre los pueblos expositores parece de mendigo junto a los palacios de los pueblos que están habituados a desdeñar; que no es hora ésta para los Estados Unidos de perder el crédito, y quedar como menores, ante los pueblos americanos.

¡Y en París los habían dejado atrás aquellos pueblos de quienes se proclaman naturales superiores! ¡Es preciso que vean que eso ha sido casualidad, y que acá en los Estados Unidos de un estirón de cintura, se mete la cabeza por el cielo! ¡Nueva York es la primera ciudad del mundo: no es París! ¿Tiene 1.000 pies la torre de Eiffel? ¡pues en Nueva York haremos una que tenga 1.500!

Y cuando un diario de Panamá dijo que el primer pueblo de la América del Sur tenía pensado, sin que fuera locura, celebrar una exposición en el mismo año 92, el *Sun* que se ha puesto a la vanguardia de esta empresa, estampó este atrevimiento: "¡Exposiciones allá abajo! Déjense de eso. ¡Allá para 1992 podrán pensar esos amigos en tener su exposición!" Lo que no quita que aparte del empuje del *Sun* sean concausas del proyecto del 92 la ira de verse tan míseros en la exposición de París, la conveniencia urgente de sujetar cuanto se pueda la admiración de la América a que se ofrecen de tutores, y el aliciente de la gran ganancia que, a los tres años de anuncio universal, se prometen cosechar las tiendas, los hoteles, los teatros, los ferrocarriles.

*Campañas y luchas*

Porque no bien se vio que no caía en la arena la idea del diario, y que en los clubs y en las sobremesas de gente mayor le daban asilo, se reunieron los hoteleros a decir que les convenía; los periodistas a comprometerse a atizarla; los ferrocarriles a calcular que a la exposición pueden venir veinte millones. De mañana y tarde restallaban en la primera columna del *Sun* los editoriales escritos como con látigo, y como si tuviesen el caballo entre las espuelas. Corrían los noticieros buscando opiniones.

Se decía, allá en donde se piensa, lo que no se puede publicar: que Europa es la enemiga, que el que tiene fuerza ha de aprovecharla: que de América hay que echar a Europa, que el comercio ha de rebajarse a competir con Europa con industria inferior o de buscarse mercados exclusivos en América: que la "América es de los norteamericanos", por rubios, por espaldudos, por ingleses, por fuertes.

Y lo que más le dio pies al pensamiento, fue que se le echaron encima las ciudades que se hombrean con Nueva York, y le pusieron a Nueva York motes, llamándola ambiciosa, espuria, traidora, extranjera, híbrida: Chicago dijo: Nueva York no es ciudad norteamericana, sino un pote revuelto, donde se guisan juntos italianos e irlandeses. "¡Calle la recién nacida!" le dijo Nueva York: "¡En los Estados Unidos no hay más ciudad que Nueva York! ¿Qué habla de extranjeros un pueblo que es el huevo del anarquismo, y tiene la dinamita debajo de la almohada? ¿No ve que Nueva York es el corazón de la república, por donde todo sale y entra, y donde se elabora la sangre?"

*Ventajas de la ciudad*

¿Para qué van a molestarse los europeos? ¿Para verle a Chicago la estatua de Lincoln, con la mano a la espada, y la cargazón de flores del parque de Lincoln, y los elevadores? ¡Lo que importa sobre todo es que sea de la América entera la exposición, "panamericana", y aquí hay hispanoamericanos, o pueden venir aquí por los vapores, a ver el milagro del mundo, la lonja del universo, donde

el pueblo de setenta millones compra y vende, donde paran todos los canales y ferrocarriles, como las varillas de un abanico en el mango; donde arriban los vapores de todos los puertos del mundo, como los dientes en la encía; donde los 215 hoteles, con poco que se estrechen, pueden darle cama y mesa a setenta y cinco mil visitantes y buscarles acomodo a cincuenta mil en las casas vecinas; donde hay teatros a granel, que bailan en ruso, y tocan en zíngaro, y gruñen en alemán, y se descotan en francés; donde con salir a la puerta se está ya en Long Branch, con su calzada de playa de más de doce millas, o en Coney Island, con sus hoteles babilónicos y su oleada pujante, o en Saratoga, que arde y centellea, como un diamante vivo; donde están mano a mano las fábricas y las escuelas, los grandes periódicos y las turbas alegres, los monstruos de Bowery y los óleos del Museo, la estatua de la Libertad y la aguja de Cleopatra, los policías famosos y el servicio de incendios; donde en la primavera de la exposición estarán floreciendo los parques, celebrará Brooklyn su fiesta de niños, en que marchan cincuenta mil de traje blanco, e irán y vendrán por las calles, como nuncios de un nuevo mundo, ¡los tranvías eléctricos! Por todo eso debe ser en Nueva York la exposición.

*La metrópoli del mundo*

Porque la majestad de la arquitectura comercial está dando a la ciudad una hermosura sorprendente y nueva; porque no hay calle que no esté echando al cielo un palacio, rojo o amarillo, con más pisos que la pagoda de Lahore, y el barro tallado, entretejido, punteado, como puntean la madera los ebanistas del Nepal; porque con pasear una mañana de domingo por el imperio silencioso de los edificios de la banca, por la calle de mármol y granito de Wall con la estatua de Washington en el corazón, y el cementerio de los patriotas a la cabeza, basta para que en el alma lleve el visitante una impresión de amanecer divino; porque para el 92 estará Nueva York como la flor del universo, con coliseos que le sacarán medio cuerpo al de Roma, con el arco de mármol que van a levantar en re-

cuerdo del centenario de la jura, con las conchas de música que están fabricando para que oigan el concierto decenas de miles, con las pistas grandiosas donde correrán, entre millares de mujeres enloquecidas, los caballos de caña aérea de los establos de Dwiger, de Lorillard y de la Langtry. Todo eso se enumera, punto por punto, con bufadas de gigantes y alardes infantiles, y ya parecen fuera de la liza Chicago, con su grandeza a medio hacer; San Luis, con su muchedumbre alemana; Washington, con sus oficinistas pedigüeños; Baltimore, con sus hospederías y sus iglesias. Nueva York se llama a sí misma "la metrópoli del mundo", ¿y han de venir a quitarle las ciudaditas de provincia, ni Washington misma, ciudad de empleados, de semihombres, de hombres-hembras, el puesto a que le dan derecho eminente sus dos millones de almas, su ir y venir universal, su poder de ciudad madre que echa los brazos por sobre los dos ríos, y se trae una ciudad en cada brazo? Este orgullo le puso ruedas a la idea del *Sun*; por los noticieros, continuó publicándose el favor con que la veían los que derriban o levantan, los grandes de la fortuna; en lo privado determinaban ayudar el plan los politicones de ambos partidos, por no parecer más morosos en las obras de progreso que sus rivales; y apenas se vio que los gremios empollaban el proyecto, y que ayudarlo de su bolsa, entre los artesanos, más desocupados de lo que quisieran, se acogía con calor, no esperó el *mayor* de la ciudad a más, ni anduvo con preguntas y respuestas, ni le pidió pareceres al Estado o a la Federación, que en las cosas de la ciudad nada tienen que hacer, sino que, con su poder de cabeza municipal, convocó una reunión que no será, cuando se escriban las crónicas, la menor maravilla y hermosura del certamen, porque allí se dieron la mano menestrales y cuelliparados; el presidente de los obreros y el de la bolsa; los maestros de los gremios y los directores del ferrocarril; zapateros y arquitectos; sociedades históricas y cuerpos científicos; las cabezas de los comercios, las de la banca, las de la política, las de los salones, las de los hoteles, las de los oficios; Jay Gould, el millonario; John Bogart, el

cajista. Hervía la sangre contenta viendo aquella beldad. Ni encogidos ni atufados.

El obrero se enjugaba con un pañuelo el sudor, y el millonario también. El que entraba allí, en aquella alegría, en aquel entusiasmo, en aquel abejeo, no podía decir "éste es obrero", "éste es millonario": antes se notó que los millonarios se parecían a los obreros en la barba fuerte, en la espalda encorvada, en el ojo sagaz, en la mano nervuda.

*Lo que hace el Alcalde*

El *mayor* no tenía planes cubiertos; ni amigos perdidos entre la concurrencia, que le propusiesen como cosa suya lo que deseaba, según suelen hacer los chalanes y rematadores: allí se iba a la luz a trabajar por la ciudad, y cada cual se puso en sus pies de artesano o de palatino, a decir lo que se le ocurría para el bien común. "Esto es cosa de la ciudad, y la ciudad la ha de llevar a cabo." "A la nación se le ha de mostrar respeto, pidiéndole su ayuda; pero puesto que acá nos interesa, con dinero de acá lo hemos de hacer." "Sin autoridad del Congreso no podemos invitar al mundo en nombre de la nación; pero nada más que, autoridad, y lo poco que nos haga falta sobre lo que logremos reunir; porque si le pedimos el dinero a la gente de Washington, de seguro que a Washington escogen para hacer la exposición." "¡Esto no es cosa de empleados, ni de compadres, ni de robos partidos por mitad entre el gobierno y sus homúnculos: esto no se hace para deshonrar a la nación, ni para que la echen los pícaros por delante, para ponerse a la bolsa nueve pesos por cada uno que a la nación le den: necesitamos demostrar al mundo que en este país hay algo más que esos políticos de penitenciaría, que crean empresas, acueductos, alumbrados, electricidades, para repartirse entre sí, como los ladrones en las cuevas, el dinero que le sacan a la población para el bien público: éstos son los mercenarios de esta época, que sirven a quien los paga, hasta que el fango les tapa la boca, y luego van por el mundo, con una querida de cada brazo, y la casaca hediendo a lodo; de todas partes les gritarán al pasar: ¡lodo! ¡lodo! ¡En esta exposición, mérito limpio, y un

*pílori* a la puerta, para poner donde cuelgue al que le venga a sacar con los caminos un bocado a la bolsa pública!"

Descanse el amigo: el que so pretexto de que la ciudad iba creciendo se hizo dar por sus paniaguados la concesión del acueducto, para repartírsela con ellos, se ha muerto la semana pasada de la vergüenza, porque desde que se puso en claro el robo, ni los otros ladrones querían darle la mano, y los otros "negociantes listos" del ayuntamiento, porque ahora les llaman a los ladrones afortunados "negociantes listos", están con el pelo al rape, donde no se ve la luz, en presidio, para que no vuelvan a recibir dinero de particulares en premio de adjudicarles las propiedades públicas. Y quedó en pocos instantes decidido lo que se había de hacer: –que si Nueva York quiere la exposición, Nueva York ha de levantar los fondos para realizarla: que la ciudad es reina y señora en lo que le atañe, y ni ha de pedir limosna al gobierno, ni soportar que por componendas políticas, o por venganzas, le quiten lo que es suyo, o le den a otros lo que le pertenece por preeminencia natural: –que no han de entrar, ni de soslayo, en esta empresa, los que la opinión pública tiene tachados de celestinos gubernamentales, porque donde hay contrata que repartir andan como esos galanes de dulcineas de alquiler, rondándoles las puertas para sacarle a la amiga la cuenta justa, y ver que no se les vaya con algún otro amante: –que en la exposición no ha de entrar un solo contratista de oficio, un solo concesionario de profesión, un solo cómplice del delito de distraer los fondos municipales para provecho privado; sino que han de escogerse personas de todo honor, y de fama nacional y universal donde se pueda, para que no sea albañal la grande obra del país, ni plato de perros, sino crédito de la nación, que al menos ha de ser decorosa en lo que tiene que verse de afuera: –que el trabajo se ha de distribuir, para que salga mejor hecho, y ha de haber como una junta permanente, que lo vigile todo, y otra junta de fondos, que proponga el modo de reunir los diez millones que son menester, y los reúna; –y la junta del lugar y edificios, que estudie donde éstos se han de levantar, sin comprometer cosa tan grande como ésta,

porque le quede cerca el sitio a un Tom, o salga favorecida la propiedad de un Miguel; –y la junta de legislación, que ha de ver por que el Congreso declare nacional la exposición de Nueva York, y suspenda en su beneficio aquella parte de los aranceles que la coartaría; y ponga su tanto de dinero en la empresa, como en la de Filadelfia puso, porque si Nueva York, entre chicos y grandes, junta ocho millones, dos millones es lo menos que puede darle a Nueva York la república, para los costos de un concurso que ha de traer provecho y honor a la nación entera. En eso se quedó. Todos se daban las manos. No hubo champaña, y pareció que lo había habido. El gusto, ¿no es un vino, vino puro? Que el *mayor* nombre las cuatro comisiones. Que cada comisión sea de veinticinco prohombres. Que no entre en ninguna de las comisiones, porque con uno bastaría para podrirla, un solo negociante político.

Y el *mayor* para no pecar, pidió a las cien industrias prominentes del país, un representante, que los industriales de cada ramo eligieron en unos casos sin disturbio, y en otros no eligieron, porque hubo los celos y rivalidades de costumbre. A todos los trabajadores les pidió un representante, para que no se pudiera decir que llenaba las comisiones de amigos, porque si ve el público compadrazgo en estas cosas, deja a los compadres solos, saludándose con la nariz y sin exposición de qué sacar tajada: como hay mucha industria menor, reunió las afines en un grupo genérico, para que no hubiese más de cien. A los abogados, con ser ocho mil, y con no haber uno que rehuyese la representación, les pidió un representante: y uno nombraron, sin envidias pueriles: nombraron a Evarts. Los de la electricidad, que entre luces y motores son como doscientas empresas, con un capital como de setecientos millones, un representante no más tienen. Los pianistas escogieron a Steinway. Los ferrocarriles a Chauncey Depew. Los del comercio de lana a E.H. Ammidown. Los del comercio de cueros a Jackson S. Schultz. Los del tráfico con Sudamérica son clase aparte, que es distinción en que se ha de meditar, pues de los que comercian con Europa no han hecho clase, ni de los del comercio asiático, lo cual

quiere decir que a Sudamérica es adonde se vuelven los ojos: William H. Grace fue elegido, el que quiere acabar la obra de Meiggs en el Perú.

Los editores designaron a John Foor. Los de material de imprenta a Little. Las asociaciones de obreros allí tienen su diputado, que es Samuel Gompers, junto a Vanderbilt, el representante de los *tramways*; junto a Jay Gould el de los ferrocarriles aéreos; junto a Morton, el Vicepresidente, que representa a los bancos. Los teatros tienen su diputado; y los ganaderos y los fabricantes de juguetes. Hewitt, el *mayor* que no quiso más bandera que la nacional en el ayuntamiento, cuando la fiesta de los irlandeses, viene asombrado de París: ¡si el universo va a ser todo de acero! ¡Si Bessemer, el del descubrimiento de 1867, es el creador del nuevo mundo! ¡De acero la armazón de las locomotoras y la de los vagones, sin que el poder del agua lo rompa como el cristal según sucedía veinte años antes! ¡y tan barato que en poco tiempo no va a haber madera ni cantería, sino acero y aluminio! Hewitt es, por supuesto, el de las industrias de metales. Pero como los pimpines de las industrias mínimas, como plumas y cosas así, no hallaron persona bastante magna para representarlos con la debida dignidad, y se están peleando el puesto con estruendo, sucedió que a la hora de nombrar las comisiones no habían respondido más que cincuenta y siete de los cien oficios. En las cosas grandes no se puede esperar. De entre lo más granado de la ciudad escogió el *mayor* cuarenta y tres hombres notables: –banqueros, periodistas, hombres de espíritu público, abogados, propietarios; –a los directores del *Sun*, del *World* y del *Herald*; –a los industriales que tienen obreros a miles, como Cooper; –a los miembros de más nota de la población extranjera, como Atendorffer y Kelly; –a todo lo que puede, piensa y guía. Y repartió a estos cien entre las cuatro juntas. "¡No puedo andar, dijo el *mayor*, porque la ciudad entera me cierra el paso a cartas: todos quieren verse el nombre en alguna de las juntas: lo del centenario se hizo a regañadientes, y quedó mísero, con tanto nombre de trapo, y tanta nobleza de reír: ¡ahora sí que no cuesta trabajo, y estos nobles sí que

nadie los niega! Son padres de sí mismos, y los que han peleado son ellos. Hay hombres, y hay grajos: los hombres son los que a codo honrado se abren paso por sí propios en el mundo, y sazonan su pan con la levadura de la vida: los que viven, sin vergüenza y sin remordimiento, del dinero o de la gloria ganada por sus padres, son los grajos. En las entrañas de la tierra, cuando cae un muerto, le preguntan: "¿Qué hiciste? ¡Enseña lo que hiciste!" Y si no lleva nada hecho, hecho con sus manos, lo echan otra vez al mundo, a que sude, a que pene, a que cumpla con la ley humana, –¡a hacer!

De esos galanes de la pluma teñida no hay uno solo en las cuatro juntas. En cada una están los que la pueden de veras servir, y no esos hombres de adorno, que son como el mucho paramento para los caballos, que no los dejan andar con la cargazón del bordado y la argentería. La de fondos es la junta madre, y allí han puesto a los grandes que se han creado de la nada: a Huntington, el del ferrocarril del Pacífico y las líneas mexicanas, que a los treinta años pagó con su trabajo de marinero el pasaje a Sacramento, y a los sesenta y ocho tiene treinta millones, y una hija hueca que se quiere casar con un fullero alemán, que tiene título de príncipe; a Brice, que sabe cómo se salvan de la ruina los ferrocarriles del Sur, y nació para ordenar y mandar; a Belmont, el alemán que hace crecer el dinero de los Rotschild; a Vanderbilt, el que le pone a su casa balcones de oro; a Mills, que ahora tiene palacios y bancos y ferrocarriles, pero empezó de buhonero, cambiando collares y portamonedas por pepitas de oro en California; al banquero Seligman; al bolsista Simons; al naviero Ochrichs; al príncipe del café, O'Donohue; a Smith, el presidente invulnerable de la Cámara de Comercio; a Samuel Babcock, el Néstor de los potentados; a Havemayer, el gargantúa del azúcar, que se quiere poner sobre el dulce del mundo; a Gould, el del gabán raído y los pantalones cortos, que juega a ojos vendados con los ferrocarriles, como el autómata del ajedrez, y de cada peón que mueve, se come un ferrocarril. Eso es la junta de fondos: para la de lugar y edificios, –los periodistas, que llevan sobre la cabeza el ojo re-

dondo del trilobites, que veía a la vez a todo el rededor, –los propietarios urbanos, los de los ferrocarriles, y líneas de vapores. Para la de legislación, abogados de los que no pierden pleito, como Evarts, y Fish, y los senadores del estado, y aquellos representantes que no lo son porque los irlandeses los levantan o los sacan a flor por un interés poderoso, sino porque el estado ha ido creciendo con ellos, en el trabajo lícito y común, así que se vuelve, cuando necesita defensa, al que abogará bien por él, como que se defiende a sí mismo. Y en la junta permanente, que ha de tenerlo todo andando, que ha de estar con el hacha afilada para cuando asome alguna mano de bribón, los miembros se llaman Grover Cleveland, el que crece en la derrota; Marquand, el enamorado de Rembrandt, que ha levantado en sus hombros el museo de artes; Stanton, que salvó de la ruina la empresa de la ópera, todos los que saben ponerle cuerpo a las grandes osadías, y sacar de la sombra las fuentes de oro.

*Cómo se sueña la feria*

En los diarios, mientras tanto, todo son ideas, y nadie se pone de pontífice, ni se le hincha el cuello a los de las juntas, ni se mandan hacer chalecos nuevos desde que son comisionados, sino que los periódicos publican cuanta idea se les da, y el que tiene algo que decir, aunque sea un vendepapeles, lo pone en carta con su firma, y lo manda a la junta que lo ha de discutir. ¡A pensar! ¡a pensar!

¡A ver quién imagina algo que no se haya visto jamás, y que no se pueda volver a ver! ¡Pues yo imagino, dice uno, hacer un cielo sobre la exposición, de luces eléctricas, de modo que se vean, como están en el cielo, todos los astros de la bóveda, y las masas de estrellas, y cuanto encierra el orbe planetario! ¡Yo imagino, dice otro, una flotilla de palacios, de palacios de pórfidos y columnas de cabeza de oro, como las mansiones bizantinas, y todo fabricado sobre el río y ligado con calzadas, como las ciudades lacustres! ¡Yo pido la contrata de los refrescos! ¡Yo, el primero, pido puesto para mis pastillas de chocolate! Yo tengo, dice un *crimmis*, doscientos mil pesos que darle a la

exposición entre veinte amigos. Hay 5.000 hombres en Nueva York, dice Brice, que para esto, para sacar a Nueva York un codo por encima del mundo, dan cada uno mil pesos.

Una tienda de ropa hecha se suscribe con diez mil pesos.

A docenas hay ofertas de miles. Por acciones, escribe otro: sáquense a la venta diez millones en acciones de a diez pesos, que unos comprarán mil y otros una, y entre todos se levantarán los diez millones. Otro quiere que se emitan bonos de $50,00, con cien cupones de cincuenta centavos cada uno, que servirán de entradas a la feria; véndanse los bonos a $40,00, no se vendan a la puerta de la feria entradas, y no habrá tienda, café, hotel, tabaquería, que no compre los bonos que cubren su costo con los cupones, y dejan $10,00 de ganancia. De otro viene la idea de emitir certificados a dos pesos, con el nombre del donante, y dice que no habrá varón digno que no quiera tener uno en la cabecera de su sala: "¡hay, por lo menos, 5.000.000 de varones dignos!" Un experto aconseja que se haga como en París, que emitió bonos por el total, redimibles a los setenta años, con cupones por el valor del bono, y éste sin devengar intereses, pero seguro de la redención, porque de lo recaudado, se pone en lo seguro una porción suficiente a que con sus rendimientos cubra a los setenta años el principal. Y bullen así las ideas de los ciudadanos fuertes y libres, que no tienen la nariz hecha para el narigón, sino piensan en lo que incumbe a todos, con el derecho de ser uno de los todos, y lo dicen en voz alta. Se reúne la junta de fondos, nombra una mesa ejecutiva que estudie el mejor modo de levantar el tesoro de la exposición, y cuando uno propone que, para plumas y papel cada cual de los veinticinco dé cien pesos, el presidente, a quien no dejan hablar los aplausos, dice que no es menester, porque tiene bajo su mano derecha el cheque de un periódico, el cheque del *Sun*, a la orden del *mayor* de la ciudad, por $10.000. Así, del pueblo libre, del pueblo fuerte, del pueblo activo, del pueblo arrogante, nace, sin manchas ni sombras, la exposición del pueblo.

*La Nación*. Buenos Aires, octubre de 1889.

# LATINOAMERICANOS EN WASHINGTON

*Hermanos y primos*

BOSTON lee mucho español y aplaude en la versión inglesa la *María*, de Isaacs y la *Maximina*, autobiografía como la *María*, del español Palacio Valdés. Filadelfia está de guante y colorete, para ver casar al barón de Pappenheim, calvo y chalecudo, con la millonaria Whecler; Louisville, sorbida por la tromba, cae despedazada, con los muros por tierra, las calles hechas ríos, y doscientos muertos. Chicago, en el apuro de la vanidad, anda sin saber cómo salir de la feria del 93, paseando en el elefante, plato en mano; Washington, sorprendida, oye y alaba lo que, sin pompa ni flojedad, han dicho a su hora, los delegados argentinos, el del Uruguay, el del Paraguay, el de Bolivia: la misma Costa Rica, pequeña como una esmeralda, se levanta y dice, después de seis meses provechosos, en que la admiración rudimentaria se ha serenado con el conocimiento real: "Pequeño es mi país, pero pequeño como es, hemos hecho más, si bien se mira, que los Estados Unidos".

Ni es posible ver sin júbilo, porque confirma el poder de nuestros pueblos para su gobierno y desarrollo, la identidad tácita con que, avisados desde el sigilo del corazón por aquel consejero sutil que puede más que la codicia de la tierra ajena o la desconfianza fronteriza, van como uno en lo esencial, por la sagacidad y nobleza características en América de la raza, los pueblos que no han dejado ver al extraño sus ropas caseras, ni las heridas que el hermanos les ha hecho, ni sus recelos vecinales; sino que, sin más liga que la del amor natural entre hijos de los mismos genitores, han ido acercándose, en esta primera ocasión, hasta palparse y entenderse, y ver, que cuando ronda la herencia, el primo artero que ha de heredar si los hermanos pelean, hay que salir a la defensa del hermano aborrecido, como los Parellada del drama español del *Heren*. Viene el primo a recoger la herencia, a ver que los Parellada

se odien más, a estimularles, con cuento acá y cuento allá, la cizaña, a echarlos con invenciones y astucias, uno contra otro, a preguntarles, cuando ya los cree bien envenenados, si la razón social "marcha bien"; y el segundón generoso le salta al cuello, lo echa por tierra, y con la mano a la garganta le devuelve al primo, empolvado y tundido, la pregunta:

"¿Qué tal marcha la razón social de los Parellada hermanos?".

*Reunidos con el Norte*

No es hora de reseñar, con los ojos en lo porvenir, los actos y resultados de la conferencia de naciones de América, ni de beber el vino del triunfo, y augurar que del primer encuentro se han acabado los reparos entre las naciones limítrofes, o se le ha calzado el freno al rocín glotón que quisiera echarse a pacer por los predios fértiles de sus vecinos; ni cabe afirmar que en esta entrevista tímida, se han puesto ya los pueblos castellanos de América, en aquel acuerdo que sus destinos e intereses les imponen, y a que, en cuanto los llame una voz imparcial han de ir con arrebato de alegría, con nada menos que arrebato, los unos arrepentidos, a devolver lo que no les pertenece, para que el hermano los perdone y el mundo no les tache de pueblo ladrón; los otros a confesar que vale más resguardarse juntos de los peligros de afuera, y unirse antes de que el peligro exceda a la capacidad de sujetarlo, que desconfiar por rencillas de villorrio, de los pueblos con quienes el extraño los mantiene desde los bastidores en disputa, u ostentar la riqueza salpicada de sangre que con la garra al cuello le han sacado al cadáver caliente del hermano. Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntar pronto, donde se vea, o donde no se vea. El corazón se lo pide. Sofocan los más grandes rencores, y se nota que se violentan para acordarse de ellos, y obrar conforme a ellos, en la tierra extraña. La conferencia de naciones pudo ser, a valer los pueblos de América menos de lo que valen, la sumisión humillante y definitiva de una familia de repúblicas libres, más o menos desenvueltas, a un poder temible

e indiferente, de apetitos gigantescos y objetos distintos. Pero ha sido, ya por el clamor del corazón, ya por el aviso del juicio, ya por alguna levadura de afuera, la antesala de una gran concordia. ¿A qué detalles indiscretos, y gacetilla prematura, si esa es, después de mucho oír y palpar, la lección visible de la conferencia?

Unos piafan, otros vigilan, otros temen, pero todos oyen en el aire la voz que les manda ir de brazo por el mundo nuevo, sin meter las manos en el bolsillo de sus compañeros inseparables de viaje, ni ensayar el acero en el pecho de sus hermanos. Se nota como una cita, y como si los delegados a la conferencia se dijeran con los ojos leales, más que con las palabras imprudentes: "¡hasta luego!". Las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan sus lazos. Acaso lave la culpa histórica de la conquista española en América, en la corriente de los siglos, el haber poblado el continente del porvenir con naciones de una misma familia que, en cuanto salgan de la infancia brutal, sólo para estrechárselas tenderán las manos.

*Tensiones latinoamericanas*

Ni es hora aún de ver si, después de estos meses de hablar andan tan recelosos de México los guatemaltecos como en el norte le han aconsejado hasta ahora que anden; ni se confían tanto en el norte los de Centroamérica como confiaban hasta ahora; ni si empiezan a ver los centroamericanos que el Norte, so capa de ayudar a la unión inevitable de las cinco repúblicas, las divide; ni si de veras quieren lo mismo todos los delegados de Colombia, o desean los colombianos el patrocinio del Norte con la vehemencia con la que parece solicitarlo el gobierno que se ha de mantener, porque otros sostenes no tiene, con el influjo de los caudales que espera le entren en pago de los derechos, no colombianos, sino americanos, que cediera al cambio de patrocinio. Ni se puede saber todavía si Venezuela tiene la fe de antaño, fomentada por el déspota que lleva aún en el hueso, en el Norte que, en pago de la complicidad futura en las casas americanas, y de ayuda en la

codicia del canal, había de librarla de obligaciones, y sacarla de peligros, con los pueblos europeos. Ni puede calcularse, por más que se le entrevea, el benéfico influjo de esta reunión de pueblos fraternales, sin preparación y sin intrigas, sobre aquellos que por arrogancia o avaricia hayan pecado, o estuvieran en el riesgo de pecar, contra la fraternidad de los pueblos de América. Pero cuando el delegado argentino Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el Zollverein, la frase que es un estandarte, y allí fue una barrera: "Sea la América para la humanidad" –todos, como agradecidos, se pusieron en pie, comprendieron lo que no se decía, y le tendieron las manos.

*Primeros resultados*

Lo visible de la conferencia, lo ha sido el telégrafo contando. Que por urbanidad más que por convicción, han convenido los delegados en recomendar el establecimiento de vapores subvencionados, porque era mucha la súplica de los navieros, y claro en Washington el empeño político de servirlos, y natural en los pueblos castellanos de América ser dadivosos, y considerados con la gente de servicio de su anfitrión. Que sin caer en este plan o el otro, apoyó el proyecto del ferrocarril continental la comisión donde Blaine puso a su consuegro Davis, que tiene mano mayor en uno de los ferrocarriles que quiere echarse por América y a Carnegie, el pequeñuelo, de ojos redondos, que paseó a Blaine en coche por Escocia y fabrica lo más del hierro y acero de los Estados Unidos. Que en sanidad, patentes, pesas, propiedad literaria, derecho internacional privado se estudie lo que aconsejó el Congreso de Montevideo, que para los delegados y políticos de acá era desconocido, y por mérito y prelación les lleva ahora, no sin mohína suya, la delantera, a punto que los diarios se han dado a estudiar las proposiciones del Congreso, y se hacen lenguas de ellas. Pero todo eso era lo menor, y como la cubierta de los objetos reales, que nunca podían ser, por la vigilancia y decisión terminantes de los delegados castellanos, lo que quería el senador Frye, y otros como él, que fuesen; pero

pudieran a lo menos llevar cierto vestido que no dejase ver al país lo flaco, sino lo nulo, de las resoluciones que de la conferencia se lograban alcanzar, y difieren tanto de las que de Maine a California propagaron los políticos, cuando las elecciones, que se alcanzarían. Los nombres había que salvar, ya que, por la fuerza y mesura desplegadas, por los pueblos que tenían por inermes, no osó la delegación descompuesta del Norte mostrar las intenciones verdaderas. Con el nombre de "tratados de comercio" quedaría cubierto, "ante esta gente que lee de prisa", el ofrecimiento de hacer algo por aumentar el tráfico con los países americanos. Y con el nombre de "arbitraje", que fue el lema con que corría la idea de la tutela continental, contentaremos "a esta gente que lee de prisa", y viendo el nombre recomendado, creerá que hemos llevado adelante la idea. Al arbitraje y a los tratados que era lo de interés local político, llegaban con tiento y miedo, y como queriendo que nunca se llegase. Los tratados, los ha recomendado la comisión. El arbitraje no será, de manos de americanos, el que esclavice a la América.

*Tensiones con el Norte*

Mas lo que la discreción manda callar aún sobre las escenas poco menos que dramáticas y de arrogancia saludable, en que un delegado de barba blanca, que lleva en sí el poder y la finura de su tierra, torció del primer arranque las tentativas débiles del famoso secretario de Estado, en pro de árbitros permanentes, y predominios encubiertos, sobre el proyecto ejemplar de arbitraje posible y equitativo, escrito de manos argentinas; sobre el acuerdo feliz de la América castellana en todo lo que pudiera ponerle en peligro la independencia y el decoro, puede decirse en lo que hace a los tratados, porque anda de público, y en los hoteles de Washington se comentaba de lleno el día de sesión el discurso de Sáenz Peña y al día siguiente que era domingo, iba como con alas uno de los delegados del Norte, para que el traductor, que pasó la noche encorvado, sobre las cuartillas, le enseñase aquellas donde se echa abajo el argumento de que el ochenta y cinco por ciento de lo

que viene de la otra América entra libre en el Norte –donde, calzadas con hechos irrefutables, y luego que resulta la censura de la presentación hábil de las estadísticas norteamericanas se tacha al Zollverein de "ensueño utópico", que los mismos que lo evocaron no habían osado proponer– de "Zollverein con cabeza de gigante", que es frase que basta para tenderlo por tierra–, de, "guerra de un continente a otro" –de consejo vano cuando "no son consejos los que necesita el comercio", ni se ayuda a la paz del mundo, y al desarrollo natural de los pueblos de América, con "tarifas beligerantes". "¿Pero dijo eso?" preguntaban en los hoteles. "Pero a esa gente no la conocíamos". "Pues no nos han dicho más de lo que merecemos". "¡Si el discurso es lo que dicen no sé con qué plazoletada le va a contestar Henderson!". Y alrededor de una mesa, ya muy entrada la noche, un representante de Boston, picado en lo vivo, negaba al acto los méritos que veía en él un senador anciano.

Porque no estuvo, a lo que parece, la fuerza del discurso en argüir contra el Zollverein, que está fuera de todo sentido, y con el dedo meñique se echa abajo, sin más que recordar que el alemán, que se saca de modelo, vivió por la política, que es justamente lo que en este caso no ha de ser, –y porque fue la primera forma posible del pensamiento unánime de la unificación nacional, que en Alemania era tendencia justa por ser toda de unos mismos padres, mientras que en América no cabe, por estar poblada por dos naciones que pueden visitarse como amigos, y tratarse sin pelear, pero no echar por un camino, porque una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos.

Ni en eso estuvo la fuerza del discurso; ni en poner de relieve los yerros económicos del norte, y la puerilidad de pretender que los pueblos a cuyos frutos cierra las puertas se obliguen a comprarle caro lo que les ofrecen barato los pueblos que les abren las puertas de par en par; ni en la claridad con que probó que estaba fuera del programa expreso de la conferencia y fuera de las prácticas internacionales y fuera del interés mismo de los Estados Unidos, recomendar como con el apoyo principal del ministro de

México había recomendado la comisión, que se celebrasen tratados de reciprocidad, "porque, si a reciprocidades vamos, ¿cómo podremos los argentinos conformarnos a ella sino gravando el pino y las máquinas, y el petróleo de los Estados Unidos con el mismo sesenta por ciento con que nos gravan los Estados Unidos nuestras lanas?".

*América castellana una*

"¿Ni a qué reciprocidad se nos convida, si cuando los argentinos la ofrecimos al secretario Fish, en 1870, nos dijo Fish que los tratados recíprocos eran inconstitucionales y contrarios a la política de los Estados Unidos; si ahora mismo rechaza el Congreso el tratado que ajustó con México el presidente Grant, como rechazó el que se había celebrado con Santo Domingo?" En la fuerza tranquila, presente desde las primeras frases, parece haber estado el mérito saliente del discurso de Sáenz Peña; en aquel sentir tan alto la patria en el corazón, que con toda ella se presenta, robusto y orgulloso y con tal fe que nadie la ofende ni la duda, sino que la respetan y juzgan por la energía y poder que infunde en sus hijos; y en el mérito mayor, en cosas de diplomacia, de no dar dictamen que no lleve el hecho al pie, ni adelantar censura que no vaya recta al blanco, ni censurar mucho, y por poca causa, sino cuando la causa sobra, y la censura cae inesperada y merecida, y entra en el pecho hostil hasta el pomo. No en irritar estuvo su fuerza; sino en tundir, –en oponer, sin soberbia, y del primer quite, la pintura de su patria, generosa y próspera, a la de las trabas con que el Norte le cierra al comercio de su patria las puertas, –en mantener, cabeza alta, que los Estados Unidos, pletóricos y desdeñosos, han de ver por su plétora, antes de tachar la de otros, y de curar sus malas leyes antes de poner mano en las ajenas, en hablar, como por derecho natural, de la América castellana como una, –y de un vuelo, con las palabras que se necesitan para fabricar una maza, declarar sin provocación ni imprudencia, y sin parecer que lo declaraba, que los pueblos de América son entidades firmes y crecidas, que se conocen plenamen-

te, viven abiertos al hombre en liza libre, y no entrarán en "aventuras peligrosas".

Una semana después cuando el delegado Henderson encomiaba, como única respuesta a Sáenz Peña, el poder y riqueza sobrante de los Estados Unidos, no presidía Zegarra, el primer vicepresidente, ni Romero, su segundo, sino Blaine, pálido.

*La Nación.* Buenos Aires, mayo de 1890.

# ÍNDICE

*Presentación de Julio E. Miranda* 5

Una campaña electoral 13
Coney Island 33
Instantáneas de una ciudad 40
Igualdad de la mujer 51
Emerson 55
Búfalo Bill (William F. Cody) 72
El día de los trabajadores 77
Los indios en los Estados Unidos 93
El poeta Walt Whitman 102
Los anarquistas de Chicago 117
Un país se expande 146
Indios y negros 158
El puente de Brooklyn 168
Wendell Phillips 181
Mark Twain 189
La Exposición de Nueva York 194
Latinoamericanos en Washington 206

La presente edición, se terminó en el mes de diciembre de 2003, en las prensas de Editorial Arte, Caracas. La edición consta de 1.500 ejemplares.